



PEDRO MIGUEL LAMET

DEJA QUE EL MAR TE LLEVE

Una novela sobre la superación interior
del dolor humano

Mensajero
COLECCIÓN *Litteraria*

13

Pedro Miguel Lamet

**Deja que
el mar te lleve**



NOVELA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com / 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Grupo de Comunicación Loyola
• Facebook / • Twitter / • Instagram

© Ediciones Mensajero, 2019
Grupo de Comunicación Loyola
Padre Lojendio, 2
48008 Bilbao – España
Tfno.: +34 944 470 358
info@gcloyola.com
gcloyola.com

Diseño de cubierta:
Félix Cuadrado Basas, *Sinclair*

ISBN: 978-84-271-4339-5

ADVERTENCIA

A pesar de las múltiples referencias
a la tierra natal del autor
y sus costumbres,
esta no es una novela autobiográfica,
y tanto las circunstancias de la misma
como sus personajes
son producto de la ficción literaria.
Por tanto, cualquier semejanza
con la realidad
es pura coincidencia.

El mar, la mar y no pensar en nada.

MANUEL MACHADO

Índice

1. La llamada del sur
2. La Veleta
3. El tesoro escondido
4. La puesta de largo
5. Preguntas al mar
6. La otra verdad
7. La soledad y el mar
8. El Vertedero
9. La invasión de los pobres
10. Los hombres no son islas
11. La risa y el llanto
12. En ese penal de El Puerto
13. Cuando declina el día
14. El río y el mar
15. Soy el que nunca estuvo
16. Testigo del dolor
17. El silencio de Dios
18. Ahora sé que eres tú
19. Pido no pedirte nada
20. Dime adiós y sonríe
21. El narcotraficante
22. El mar y no pensar en nada



La llamada del sur

Un olor fresco y húmedo, entre a yodo y salitre, anunciaba la proximidad del mar. Era como recuperar la respiración, la brisa original, el aire perdido, y sentirse acunado por olas presentidas y el graznido de familiares gaviotas, percibirse allá abajo, más allá de la serranía que le gustaba atravesar primero siempre para disfrutar de los contrastes. Levantó el pedal del acelerador con la intención de tomar conciencia del perfil blanco de las casas diseminadas como un rebaño en el valle y el verde de los pinos que cobraban un relieve troquelado en el azul. Se diría que el paisaje ceceara en andaluz y las curvas de la ascendiente carretera rasgaran «por alegrías» la sensación única de estar llegando. Como si la naturaleza le cantara una nana primigenia del ir y venir, subir y bajar, recordar y olvidar. También el sur producía la sensación de perderse en otro mundo fuera del mundo, de dejar la voluntad en volandas de un sopor donde se paraba el tiempo.

De improviso y antes de que pudiera darse cuenta, surgió el punto negro del que no quería acordarse, voluntariamente oculto en el subconsciente. Pero no quiso mirar. Volvió a apretar el acelerador a sabiendas de la peligrosidad de la curva, tan conocida como odiada, y del precipicio que angustiosamente la bordea con su abrazo de oscuridad. Se había pasado media vida intentando olvidar aquel momento, y ahora, a su regreso después de tantos años, impaciente por recuperar el tiempo y volver a contemplar aquel mar, su mar, el instante lo abofeteó de nuevo.

Un automóvil en sentido contrario bramó a un palmo del suyo como una exhalación al rebasar la curva. No tuvo más remedio que frenar con el corazón anudado a la garganta. Aprovechó un recodo de tierra sin arcén para detener el coche. Cerró los ojos y respiró hondo. Y de improviso el grito de Silvia atravesó hincándose como un estilete en un caos de nubes y negrura en su memoria, y rompió a llorar. No, no tenía fuerzas para bajar del coche y asomarse al precipicio. Se limitó a abrir la botella y beber un sorbo de agua. Lo demás era estruendo, miedo, caos, oscuridad.

Tardó veinte largos minutos en volver a arrancar. A partir de entonces condujo despacio, atenazado por el recuerdo. Para cobrar un hálito, decidió detenerse en Vejer de la Frontera, alzado sobre la colina como el último vigía. Quería volver a andar sus calles agarenas, retorcidas como un quejido flamenco, siempre en cuesta como el esfuerzo de vivir y asomarse al azul del mar desde su altura cercada de murallas fronterizas y pasado

moro y cristiano. Quería volver a oír a las madres gritar a sus niños desde las ventanas, llorar a una guitarra, caminar bajo los arcos de cal y piedra, sentarse en una taberna y paladear un fino abandonando al tiempo en brazos del tiempo. Había apagado el *smartphone* a sabiendas de que ya estarían poniendo el grito en el cielo en la redacción del periódico, la emisora, la editorial, medio mundo en su busca. ¿Dónde estará ese capullo? ¿De pronto se ha esfumado del mapa? ¿Le has puesto un *e-mail*, fulano? ¡Insiste! Quizás lo encuentres por *Facebook*.

Sonrió y subió la empinada y empedrada cuesta entre explosiones de geranios y balcones con ropa tendida al sol. La cal estallando en las paredes le limpiaba el alma. El aroma del sur lo embriagaba, le devolvía a grandes bocanadas niñez y quietud, sensaciones escondidas, dolorosas, felices e íntimas.

—¿La Eulalia, por favor?

—Al fondo, por ahí, en esa calle sin salida. Seguro que está. Ella ya apenas sale de casa —le dijo un camarero renegrido y sonriente.

Llamó a la puerta. Lentamente del fondo emergió Eulalia. Parecía igual, aunque con más arrugas y la cabeza nevada, luciendo la misma sonrisa, la mirada hogareña, su típico gesto de limpiarse las manos en el delantal, ese aire de no pesar, no estorbar, agua limpia entre los dedos, tan querida, con esa cercanía de familia de una sirvienta que es ama.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Eulalia, ¿es que no sabes quién soy? ¿Ya no me reconoces, mujer?

—¡Dios mío! *Zeñorito, el zeñorito* Rodrigo —exclamó alborotada—. ¡Qué alegría!

Y se empinó para abrazarlo con esa ternura de madre que derrochaba con todo el mundo, nacida para escuchar, recibir, arropar, consolar.

—Ay, ay. ¡Cuánto tiempo! ¿Pero qué lo trae por aquí? ¿Cuándo ha llegado? ¡Pase, pase a mi casa, *por Dió, por Dió!*

—La Veleta, Lalia querida. ¡Necesito pasar una temporada a solas en La Veleta! Pero primero cuéntame cómo estás, tus hijos dónde andan, qué es de tu vida. Perdona que no te haya escrito durante estos años. Soy un desastre. He andado perdido con el trabajo, el dichoso trabajo, ya sabes lo que absorben el periodismo, los libros; un caos, Eulalia. Acabas por olvidarte de lo mejor. Perdóname, mujer, que no te haya escrito antes.

—¿Y usted? Se le ve tan bien, tan joven todavía.

Inconscientemente le dirigió una mirada a la pierna.

—No, no te preocupes. Se curó completamente. No es una cojera que me moleste, ya sabes. Me duele más mi otra cojera, Eulalia —dijo señalándose al corazón—. Esa espero que me la cure volver a ver el mar y sentir de nuevo esta brisa, esta bendita brisa —respiró hondo.

—Pero siéntese, don Rodrigo. ¿Quiere un vinito? Ahora se lo traigo. Ay, ay, qué alegría tenerlo en mi casa. Parece mentira.

—Gracias, Lalia. Pero no me llames don Rodrigo, mujer. ¡Me has limpiado tantas veces los mocos! ¿Te acuerdas?

—¡Que si me acuerdo! Eras un niño tan tranquilo, tan serio, con aquellos ojos grandes y curiosos. Delgadito y pálido, con un deje de pena que no puedo olvidar, como si no

fueras de este mundo. Siéntese ahí, que ahora vuelvo.

El patinillo de Eulalia seguía como siempre: el aljibe encalado en una esquina con su cubo en el brocal, cuajado de geranios rojos; las sillas sevillanas de color verde junto a la pequeña mesa redonda cubierta con el mantel de flores; el cartel de la corrida de Rafa, su sobrino el novillero, que murió entre los cuernos de un toro bizco en la alternativa de la plaza de Ronda, colgado sobre la cal de la pared, borracha de sol, y el botijo rezumando fresca sobre el alféizar.

Sabía, además, que su marido había muerto hacía unos años y que sus hijos seguían emigrados. Pepe trabajaba en la Seat de Barcelona y Rosario, sirviendo en Madrid. Vino con una bandeja, dos catavinos, unas aceitunas y una jarra de blanco chiclanero.

—¡Pero qué alegría, Rodrigo, qué alegría volver a verlo! ¡Cómo echo de menos a sus padres, Dios mío! Me querían como a una hija, qué le voy a contar yo a usted. ¿Y su hermana Isabel, cómo se encuentra? ¡Cómo pasa el tiempo!

—Apenas la veo. Viaja mucho, trabaja de ejecutiva en una empresa de informática, ya sabes. Casi no tiene tiempo para sus hijos. Hoy todos vivimos una vida de locos. ¿No viene ella por aquí?

—No, hijo, no. Aquí no viene nadie. Estoy cada vez más sola. Es la vida, qué quiere que le diga. Igualito que la casa de ustedes. Si no fuera por mí, que sigo yendo a limpiar cada semana, estaría como un cuartel robado. Me lleva mi sobrino en la furgoneta de la panadería. ¡Qué pena me da verla, Señor! Pero la sigo cuidando como si fuera mía. Después de la limpieza, me siento en el porche a mirar al mar y recordar tiempos mejores, cuando erais niños —sonrió dejando volar sus ojos más allá de la parra trepadora junto a la tapia—. Las casas tienen alma, *zeñorito*, claro que sí, tienen alma, y esa casa, desde lo que ocurrió, la ha perdido para siempre —se sorbió una lágrima.

—¡Vamos, Lalia! Eso es agua pasada y tú siempre has sido unas castañuelas.

—Voy a por la llave —se levantó. Sus pisadas eran más lentas y arrastradas. Al entrar en casa, le pareció que desandaba años, que se hundía en un pasado que nunca había sido fácil para ella y que lo llevaba siempre sobre sus hombros con el garbo de las gentes de aquí abajo, entre pucheros y zurcidos, ahorro y regocijo, con la sabiduría y limpieza de una buena mujer de su casa.

—Echo de menos sobre todo a Paco —dijo al volver—, tan callado, tan cabal, ahí sentado remendando sus redes. «Mi cascabel», me llamaba, y no sabe cuánto los recordaba a ustedes. Sobre todo a la señorita Silvia. «No era para este mundo», repetía. Demasiado buena para los tiempos que corren. Fíjese, cuando Paco se murió, ¿sabe la última frase que me dijo? «Me voy a pescar» —gimoteó.

Rodrigo no quería hablar de Silvia. Así que se levantó.

—Bueno, Eulalia, necesito descansar. Ya nos veremos con más tiempo otro día. Me conforta charlar contigo. Tenemos que hablar largo y tendido.

Se guardó la llave en el bolsillo y presintió que ella, Lalia, era lo único que permanecía aún vivo de La Veleta.

De nuevo al volante, condujo despacio hacia la playa. Cada palmera, el faro a lo lejos, los recodos del camino desgranaban momentos, anécdotas, paseos en bici, risas de

muchachas, ilusiones huidas, voces muertas. Pero sobre todo sintió que de pronto lo abrazaba el mar en el ocaso, su mejor confidente, con aquellos versos preferidos de Manuel Machado:

*Para mi pobre cuerpo dolorido,
para mi triste alma lacerada,
para mi yerto corazón herido,*

*para mi amarga vida fatigada...
¡el mar amado, el mar apetecido,
el mar, la mar y no pensar en nada!...*

La Veleta

La Veleta empinaba su singular blancura en uno de los escasos acantilados al final de la playa. Se accedía al chalé por un sendero de tierra que, separado de la urbanización, serpeaba ascendiendo hasta un recodo donde emergía su fachada blanca interrumpida por contraventanas azules entre los pinos. Este ayuntamiento es un desastre, refunfuñaba siempre su padre cuando venían de Madrid, sobre todo de noche, los niños dormidos después de aquellos largos viajes en los que se cruzaba un Despeñaperros infernal con las pupilas saturadas de olivos y más olivos. No veo más que olivos, papá; y los kilómetros se hacían eternos. Aunque, al despertar, la visión de La Veleta tenía siempre sabor a playa, a vacación y libertad. Hasta que un «ya hemos llegado» liberador les abría los ojos soñolientos.

Hizo chirriar la cancela y metió el auto en el garaje. Dejó la maleta sobre la cama y se asomó a la terraza del salón que daba al mar. Allí permanecía la tumbona en la que habían transcurrido los años inmóviles de su niñez. Creía escuchar los pasos de Puri, la doncella, que le traía el desayuno:

–Hoy tienes que comer bien, pequeño. Tus padres me han insistido mucho para que te cures pronto. Ya sabes que los médicos dicen que la mejor medicina es que te alimentes, y mucho sol y mucha brisa de mar. Mira, Rodrigo, te he traído el bizcocho de la abuela. Le ha salido riquísimo, como siempre.

La abuela, la querida abuela Cristina, era entonces la única habitante perenne de La Veleta, en invierno y en verano. Permaneció allí hasta su muerte, siempre sonriente desde sus ojos serenos asomados al mar.

–¿Dónde está mamá, Puri?

–Ha ido al pueblo con Francisca, la cocinera, a hacer la compra.

–¿Y papá? ¿Tampoco está en casa?

–Ya sabes que tu padre anda siempre muy ocupado. Se ha ido temprano a Madrid, creo que iba a coger el cochecama anoche. ¡Venga, niño, tómate el zumito recién exprimido! Te va a sentar de maravilla, ya verás.

Entonces no comprendía aquella frialdad que lentamente como una sombra se iba apoderando de la casa, sustrayéndole su nube inicial de risas y juegos, las comidas alegres en el porche con las ocurrencias de la tía Luisa, soltera, maestra de escuela en

Chiclana, y auténtica madre vocacional de todos ellos.

Fueron los comienzos de su soledad, aferrada a los tebeos de aventuras, las primeras novelas, las preguntas al mar.

Se levantó y fue a deshacer la maleta. Sobre la cómoda del dormitorio continuaban mirándolo desde lejos las fotos amarillentas de antaño. Silvia, su hermana, anudada la cabeza con un pañuelo de flores y sentada en la bicicleta azul, al lado de Isabel, aún muy niña, y Jorge, también pequeño, jugando con Chuchi, el primer perro de la casa. Al lado, otra instantánea de él mismo tumbado en el carrito, serio y pálido, cubierto por una manta a cuadros, con un velero de juguete en las manos. ¿De veras era él?

No podía soportar los recuerdos que señalaban tres etapas bien diferenciadas de su vida: la de la felicidad de la familia unida, nimbada del sol de verano; la de su larga enfermedad, y la que se desencadenó después del desastre. Dejó la ropa a medio colocar en el armario y volvió a salir al balcón.

El sol sangrante se estaba poniendo más allá de la escollera, detrás del espigón y del faro, entre cárdenas y deshilachadas nubes como flecos de pañuelos imposibles, como cuando él dejó La Veleta para ir a estudiar a un colegio interno.

¿Cómo había podido sobrevivir a la sucesión de acontecimientos de infancia y adolescencia?

Decidió bajar a la playa.

Era de noche y el bramido del Atlántico se había ido amansando convertido en espuma acariciadora, olas humildes que morían rendidas en la playa, biseladas ya de una incipiente luna. Sintió hambre y se encaminó hacia la única luz que titilaba al fondo de la planicie arenosa desde un farolillo rojo. ¿No era aquel el chiringuito de Pepe?

El bar estaba desierto. Solo un magrebí secaba los vasos en la barra con la radio chillona de fondo, que estaba retransmitiendo un partido local.

–¿Qué desea el caballero?

–¿Dónde está Pepe?

–¿Qué Pepe?

–¡Qué Pepe va a ser! ¡El dueño, el dueño de esta casa!

–Uf, ¿de qué *hablar* usted? Hace mucho tiempo que ese señor dejó de ser el dueño de esto. Lo compraron unos de Sevilla. Yo no lo he conocido. Dicen que hará unos diez años, más o menos.

–Quisiera comer algo.

–Tenemos hamburguesas muy buenas, ¿quiere una?

–No, de ninguna manera. ¿No tiene algo de pescado fresco?

–Espere, voy a preguntar.

–Dice la cocinera que quedan unos salmonetes de hoy mismo.

–¿Están frescos?

–Sí, sí, señor.

–Pues póngame una ración, con pimientos asados, si puede ser, y un trago de vino.

¿Hay algo que sepa más a mar que unos salmonetes frescos recién fritos? ¡Qué bien los preparaba Francisca! El secreto, decía, está en el aceite, que sea bueno, bien caliente,

y en el punto al freír, no pasarse, dejarlos casi enteros, decía. Parecían saltar, rojo y plata, sobre el plato que solíamos devorar después de una mañana en la playa. Le supieron a risas, salitre en la piel, regaños de mamá.

Echó de menos a Pepe, sentado entre las volutas azules de su pipa y su sabiduría henchida de horizontes e historias de pescadores, verdaderas o inventadas, eso era lo de menos. Repetía mucho aquella del guiri americano que veraneaba en Tarifa.

Pepe solía escenificar el cuento con grandes gestos y mímica en la cara:

El gringo se sentaba allí fuera con su camisa de flores a ponerse tibio de cerveza y camarones. Un buen día llegó Perico, el Cañailla, con tres hermosos pargos recién pescados en su barca. El yanqui se levantó y, admirado por la pesca, le preguntó:

–¿Cuánto tiempo le ha costado capturar esos peces?

–Un par de horas, señor, más o menos –respondió Perico.

–Y si hubiera pasado toda la noche, ¿cuántos habría pescado?

–No sé, señor. Depende; quizás muchos más.

–¿Y por qué no sé ha quedado trabajando más tiempo?

–Hombre, porque no lo necesito. Estos los vendo en la lonja y con lo que pesco cada día me basta para ir tirando. Suelo levantarme tarde por las mañanas, pesco un poco, juego luego con mis hijos, duermo la siesta con mi señora, por la noche me tomo unos vinitos en el pueblo, charlamos y tocamos la guitarra con los amigos. Eso es todo y eso me basta.

El gringo frunció el ceño:

–Mira, amigo, soy graduado en Harvard y podría ayudarte, si quieres. Yo que tú, le daría más horas a la pesca y, con lo que ganase, me compraría una barca más grande que esa. Poco a poco podrías ir haciéndote con más botes, una flotilla incluso, ¿comprendes? A la larga llegarías a poseer tu propia lonja y hasta tu red comercial de distribución, y te librarías así de intermediarios, que son los que se quedan con el dinero. Acabarías dejando el pueblo y controlando tu empresa desde la capital, no sé, en Sevilla o Madrid.

El Cañailla se rascó la nariz.

–¿Y para eso cuánto tiempo haría falta?

–No sé, unos quince o veinte años como mucho –replicó el magnate americano, con una espectacular sonrisa bajo su roja nariz pecosa y sus gafas de sol de Armani.

–¿Y luego qué? –preguntó el pescador.

El gringo soltó una carcajada.

–¡Hombre, entonces viene lo mejor! En su momento vendes tus acciones y te haces rico. ¿Entiendes? ¡Ganarías millones!

–Vale, millones. ¿Y luego qué?

–¡Pues a vivir, amigo, a vivir! Te compras un chalé en la costa, pescas un poco, juegas con tus hijos, haces la siesta con tu mujer y por la noche vas a tomarte unos vinos y a tocar la guitarra con tus amigos.

–¿Ah, sí? ¿Y no es eso lo que ya estoy haciendo, *pisssha*? –respondió el Cañailla.

La historia del guiri, que no era propia –Rodrigo la encontraría con el tiempo en Internet–, la contaba Pepe, el dueño de aquel bar, para justificarse a sí mismo. Le habían

ofrecido docenas de veces ampliar su negocio y convertirlo en uno de los restaurantes lujosos de la costa. Su excelente pescado y la buena cocinera, su mujer, gorda y sudorosa como un botijo, lo justificaban. Pero era un local con poco más de media docena de mesas. Hacía falta adecentarlo, ampliarlo con adecuada decoración marinera y que figurara cuanto antes en la Guía Michelin. Tenía incluso el permiso del ayuntamiento, pues por entonces el alcalde era amigo suyo. Pero él decía:

–¡Estos me quieren hacer trabajar! ¡A quién se le ocurre!

Pepe tenía un corazón del tamaño del mar que contemplaba largas horas desde su chiringuito. Cuando lo de Silvia, días después, se presentó en casa con una gran cesta de mariscos y unas botellas de vino.

–Pensé en mandarles una corona de flores, ¿saben ustedes? Pero ¿para qué sirven? En donde está ella ya no las necesita. En cambio, ustedes siguen vivos, ¿no? Y donde se pongan unas buenas cigalas y manzanilla de Sanlúcar para ahogar las penas...

Así era Pepe. A veces se ofrecía:

–Deje que le dé un paseo al niño por la orilla. Nada mejor para sus huesos que los aires del mar y vitaminas: buen *pescao* frito, sí señor.

Eran los años de su enfermedad, cuando lo bajaban escayolado desde la cintura a la playa y tumbado en su carrito. Mientras, Pepe le contaba historias de piratas y sirenas que se inventaba sobre la marcha.

Al niño le aliviaba olvidarse de todo y navegaba en exóticos mares e islas remotas habitadas por corsarios en busca de tesoros escondidos. Pepe era para Rodrigo lo que luego sería la lectura, un libro abierto con barcos y navegantes, pues tenía un don especial para poner colorido a su relato, que acompañaba siempre de gestos y escenificaciones muy exageradas.

–¿Y encontraron el tesoro?

–¿Tú que crees? ¿No sabes que existen cientos de tesoros sin encontrar y miles de galeones hundidos repletos de doblones de oro? Ayer venían en *El Diario* noticias sobre un pecio de Trafalgar que se han llevado unos buceadores americanos.

Pepe señalaba con su pipa la línea perfecta el horizonte.

–¡Claro, Rodrigo! Solo hay que ir a buscarlos, hombre.

Y se inventaba otra historia de un amigo sanluqueño que encontró un mapa dentro de una botella en la playa y se embarcó en busca de una isla allende los mares.

Los días grises, cuando la inmovilidad era plomo en el alma, Rodrigo le pedía a su madre:

–Mamá, ¿me llevas con Pepe, el del chiringuito?

Con los años descubrió que el cantinero no había navegado en su vida, ni había viajado apenas fuera de ir a Cádiz al hospital de la Seguridad Social para llevar a su mujer, que murió de cáncer. Y que era muy aficionado a leer las novelas de Salgari, de donde sacaba muchas de sus historias. En realidad, se parecía algo al escritor italiano, pues este tampoco salió jamás de su casa, un semisótano de la ciudad de Génova donde, con ayuda de enciclopedias y sus charlas con los marineros del puerto, pergeñaba las fabulosas aventuras de Sandokán.

De Pepe aprendió que hay una geografía más poderosa que la que trazan los mapas y roturan los viajes, la que puede brotar de la imaginación y ensanchar el espíritu. ¿No tenía el mar enfrente? ¿Por qué no preguntarle al mar todo lo que bullía en su interior, todo lo que no entendía de la vida?

Aquella misma tarde pidió a su madre un cuaderno y un bolígrafo. Fue el comienzo de una manera distinta de sentir y vivir.

Al regresar a La Veleta, el mar, tan quieto como el espejo del tocador de una princesa, copiaba el rostro de una luna coqueta y tímida a la vez. La marea lo traía y llevaba del pasado al presente. ¡Su cuaderno de apuntes! Lo había olvidado casi por completo. Recordaba que no quería que nadie lo descubriera y pudiera leer sus secretos. ¿Qué habría sido de él? Solo estaba seguro de que un día lo escondió para que nadie lo viera en alguna parte de la casa, pero ¿dónde? Se había borrado de su memoria.

Había sido un día agotador tras el largo viaje, y las fuertes impresiones se daban codazos en su cabeza nada más llegar. Así que, mecido por el flujo y reflujo del mar, se desplomó en la cama y se quedó dormido profundamente. El mar, la mar volvía a acunarlo como una gran y familiar nodriza mece al niño recién nacido.

El tesoro escondido

Un timbre prolongado lo despertó. El sol entraba a raudales por el ventanal de la terraza. Se enfundó la bata y bajó las escaleras. Medio dormido abrió la puerta. Una mujer morena de unos treinta años con los brazos en jarra lo sonrió desde sus repintados labios rojos.

–¿El *zeñorito* Rodrigo?

–Sí, soy yo. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

–¿Yo? Soy Milagros, la sobrina de Eulalia –respondió con música en el habla–. Mi tía, que me manda, por si el *zeñorito* necesita algo.

Rodrigo no supo reaccionar, seguía soñoliento, restregándose los ojos por el derroche de luz sureña.

–Pues en principio no había pensado... Mire, la verdad es que estuve ayer con ella y no me dijo nada.

La joven morena, con grandes ojos negros y aros en las orejas, parecía arrancada de un cuadro de Romero de Torres.

–En fin, vengo, si a usted no le parece mal, para prepararle el desayuno, hacerle la cama, el «cuerpo de casa», ya sabe usted. ¿Puedo pasar?

–Claro, claro, mujer, adelante.

–¿Qué le pongo para desayunar? ¿Café y tostadas? ¿En la terraza? Aunque estamos en invierno, hoy hace una gloria de solecito, ¿verdad usted?

Y, quitándose la rebeca y anudándose el delantal, se metió muy dispuesta en la cocina, pues conocía la casa como la palma de la mano.

–Yo es que vengo mucho por aquí, ¿sabe usted? Ayudo a mí tía, sobre todo cuando está con la ciática. Se cuida poco esa mujer, pobrecita, ni se acuerda de los años que tiene. Y es que el tiempo pasa sin darnos cuenta, ya sabe usted. ¡Qué mujer! Si supiera cuántas cosas me ha contado de ustedes. Los quiere mucho, vamos, como si fuera de su familia. ¿Qué quiere que le diga? Lo sé todo, bueno, casi todo sobre ustedes... –reía a cada frase.

Rodrigo aprovechó para darse una ducha y afeitarse. Cuando salió del cuarto de baño, el desayuno estaba preparado, con zumo de naranja y unas flores en un jarrón que Milagros había cortado del jardín y que, con el mar enfrente, casi prestaban a la terraza

un aire de hotel de lujo.

–¿Quiere usted algo más? ¿Huevos, fruta?

–No, así está bien, Milagros. Muchas gracias. Pensaba haber ido al pueblo, pues ayer no compré nada y el frigorífico, ya ve, está vacío.

–Si quiere, le hago yo la compra y le preparo la comida. Sin compromiso. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

–Aún no lo sé. Bueno, por hoy está bien. Vaya, muchas gracias. Pero ya hablaremos mañana. En principio pensaba arreglármelas solo.

–Usted no se preocupe, que yo voy a la compra, limpio un poco y hago la comida. Pero no se ponga tan serio, *zeñorito*. ¡Con ese sol y esas flores! Anímese, hombre, y deje que lo cuide. Usted ha venido a descansar, ¿no? Pues descanse y no se preocupe de nada.

Milagros se quedó canturreando al fondo, como un pájaro feliz. Sus coplas le traían en cascada recuerdos de Silvia.

¡No te muevas tanto, Isabel, que así no puedo peinarte! ¡Mamá, dile a esta niña que se esté quieta!

Era un rutilante domingo, cuando aún toda la familia acudía puntualmente a misa de doce. Isabel tendría entonces cinco años; Jorge, el más pequeño, cuatro, y él, Rodrigo, nueve, aún saltarín por la vida, juguetón, con buena salud. Silvia acababa de cumplir quince y era una muchacha en flor, que apuntaba formas, representaba más edad y estaba siempre riendo. Entonces ocupaba el centro de la vida familiar. Se levantaba temprano y ayudaba a su madre con diligencia. Don Rodrigo levantaba sus ojos de las medias gafas, con las que leía el periódico, y sonreía al mirarla de aquí para allá pendiente de todo. La muchacha era su preferida, en realidad, la preferida de todos.

–Papá, ¿quieres más café? Acaba de llegar Lalia con los churros.

Silvia tenía el cabello castaño tirando a pelirrojo, ojos color miel, flexible como un junco, con música al andar.

Toda la familia de punta en blanco se sentaba en los primeros bancos de la ermita, que presidía una imagen de la Virgen del Carmen, patrona de los marineros. Flanqueaban el altar mayor dos capillas de San Pedro y San Andrés, los dos apóstoles hermanos y pescadores. Don Abundio, el viejo párroco, soltaba un sermón interminable, aunque lleno de sentido común. Ceceaba al predicar y se metía mucho con las beatas, que no paraban de cuchichear.

–Y Jesús dijo a Pedro que remara mar adentro. ¿Tengo que explicarles a ustedes, en este pueblo, qué es remar mar adentro?

Rostros de pescadores y campesinos, curtidos por el sol y la brisa, se mezclaban con los de los veraneantes. Mujeres de negro o en batas de flores de oronda cara, bisbiseos y un aletear de abanicos con música en sus varillas para matar el sudor cansinamente en medio del pastoso calor de la mañana.

–Remar mar adentro, queridos hermanos, es algo más que dejar la orilla. Remar mar adentro era para los apóstoles no solo obedecer al patrón, Jesús nuestro señor, sino sobre todo fiarse de él, echar las redes donde él dijera y escucharlo. ¡Qué buena voz debía de

tener el Maestro! ¿Escuchamos nosotros a Jesús? No olvidemos que su palabra salva. ¿Se lo figuran ustedes entre las olas del mar, ahí abajo, pidiéndole a Pedro que caminara sobre las aguas? ¿Cómo lo escuchamos nosotros? ¿Estamos dispuestos a confiar en él hasta andar sin miedo sobre las aguas de la vida? Porque cada día, hermanos, en nuestras vidas pasa como en el mar: sopla el levante o el poniente, hay calma o galernas, tranquilidad, rutina o preocupaciones. Y no, no nos atrevemos a confiar, no. Vivimos llenos de miedos, como si Dios no existiera. Sobre todo el miedo a la muerte, que es el miedo más gordo de todos. Ese es nuestro problema. Y en la vida, hermanos, hay que aprender a flotar, a andar con fe sobre las olas. Como aquella vez que los discípulos gritaban: «¡Sálvanos, que perecemos!».

Silvia seguía la misa sin pestañear. Con mucha fe desde pequeña, aunque nada mojigata, se diría que percibía a Dios como quien respira, como el vuelo de las gaviotas y la brisa de la tarde. Era naturalmente religiosa. Rezaba igual que andaba, cantaba o se paseaba en bicicleta. Quizás –pensaría más tarde Rodrigo– porque no había experimentado la desconexión con la luz original que sufren los niños cuando crecen y pierden su inocencia primera.

Cuando Rodrigo comenzó a cojear y lo llevaron al médico, al principio sus padres no se preocuparon. Será que el niño tiene pies planos, le dijo el especialista. Ya se le pasará. Pero el mal era más serio, y los galenos no acababan de dar con la enfermedad. Primero fue la escayola desde la cintura que lo obligaba a una inmovilidad casi total. Luego se fue quedando en los huesos y su palidez amarillenta, al mirarse en el espejo, copiaba el rostro de aquellos niños tísicos que había visto en viejas fotos de un hospicio o de los tiempos de la guerra.

Allí empezó el desmoronamiento de la familia. Don Rodrigo se pasaba largas temporadas en Madrid, inmerso en su estudio de arquitectura, como si huyera del dolor. O en el Ayuntamiento de Cádiz, donde tenía el cargo de arquitecto municipal. Isabel, su madre, se había quedado con sus hijos en La Veleta, porque el médico había recetado al niño mucho sol, aires de mar y buen comer. Salía con las amigas, iba y venía a Sevilla, donde había nacido, a comprar trapos y poco a poco comenzó a beber.

Las que más se ocupaban de él eran la abuela Cristina y la tía Luisa, que hacían de todo para que el niño comiera. Juguetes, cuentos, golosinas. Había noches en que todos en la casa jugaban al tren enlazados por la cintura para distraerlo y que cenara. Pero a Rodrigo lo que más le gustaba era hablar con Silvia. Ella le encasquetaba una gorra de marinero:

–¿Cómo está mi capitán? ¿A dónde llevas tu barco hoy, Rodrigo? Mira: ¿qué ves en el horizonte?... Una isla con palmeras. ¿La ves? A lo mejor es la isla del tesoro. ¡Es verdad! Pero cuidado. ¿No está anclado en su costa un barco pirata?

–Sí, sí, dame la pistola...

Y Silvia le traía el revólver de juguete para defenderse.

Ambos compartían imaginación y ganas de aventura. Varias veces le había contado el cuento de los piratas invisibles:

–Había una vez un barco invisible en el que habitaban unos piratas malvados. Estos

piratas iban navegando por todos los mares y océanos buscando un tesoro muy valioso, se trataba de un tesoro perdido, uno que aún nadie había logrado encontrar. Solo si eras un pirata, eras capaz de poder ver aquel barco navegando por los mares. El que fuera un barco invisible permitía a los corsarios navegar antes que nadie en busca de los tesoros perdidos, pues no dejaba ninguna pista a su paso. Hasta que un día lograron, siguiendo un plano, llegar a la isla perdida. Desembarcaron y, después de andar unas leguas, dieron con el lugar señalado en el mapa. Cavaron y encontraron un arcón muy viejo. Cuando consiguieron abrirlo, ¿qué encontraron?

—¡El tesoro!

—Sí, bueno, pero el arcón estaba repleto de arena. Aunque encima había un pergamino enrollado. Lo abrieron. Solo había unas líneas escritas en él.

—¿Sí? ¿Y qué decía?

—«Señor pirata: te pasas la vida buscando tesoros con doblones de oro, dinero, joyas, piedras preciosas. Viajas, atraviesas mares, tormentas, toda clase de peligros. Y no sabes que ya tienes el mejor tesoro».

Rodrigo seguía el cuento extasiado con los ojos muy abiertos, casi olvidado del intenso dolor de la cadera. Entonces Silvia le ponía el dedo en el pecho.

—¿Sabes dónde se esconde tu mejor tesoro? Ahí, pequeño, en tu corazón.

Entonces Rodrigo sonreía con ganas.

—¡Anda, ya! Eso te lo acabas de inventar.

—No, de veras. Eso está escrito. ¿No lo has leído en el Evangelio? Mira, te lo voy a enseñar —y traía el Nuevo Testamento para leerle el pasaje de Mateo 13.

Días después, cuando Rodrigo estaba triste y lloraba por no poder jugar con sus hermanos, Silvia le decía:

—¿Mi pirata se ha olvidado de que ya tiene un tesoro?

Y le hacía cosquillas diciéndole:

—Búscalos, búscalos. Venga, venga, vamos a navegar. ¡Valiente pirata estás hecho!

Las noches se hacían interminables. El niño no encontraba postura para poder dormir, por lo que la tía Luisa, que era reumática, llegaba con una aspirina y un termo de tila. En duermevela escuchaba las conversaciones de los mayores. No dan con el *quid*. Dicen que es una de esas enfermedades nuevas y raras. La semana que viene hay que llevarlo otra vez a Jerez. Rodrigo sabía que eso era tanto como entrar en una clínica, donde le sacaban pus directamente del hueso mientras mordía la almohada. Luego iban a la mejor juguetería, donde vendían los más nuevos y exclusivos juguetes, algunos traídos de Gibraltar, destinados a los hijos de los bodegueros: mecanos, trenes eléctricos, instrumentos musicales. Pero el niño no tenía ganas de nada.

—¡Vamos a casa, mamá! ¡Quiero volver a ver el mar!

Y regresaba a sus tebeos, sus libros de aventuras, que le permitían evadirse, volar con pilotos de guerra, correr tras los criminales, navegar a países remotos, enamorarse de bellas muchachas, llorar, reír, olvidar. Desde entonces los libros serían sus piernas, su sosiego, los amigos que no fallarían nunca. Andando los años encontró una sabia frase de Cicerón: «Mis libros siempre están a mi disposición, nunca están ocupados». Los

demás acaban por dejarte solo, especialmente si estás enfermo. Más tarde vendrían el cine, la televisión, el ordenador, las redes sociales con el protagonismo de una imagen omnipresente. Pero todos ellos cosificarían la realidad, encarcelarían el mundo en efigies demasiado concretas. Solo el libro le permitiría desde niño recrear desde su imaginación la realidad sugerida por el autor, poner cara a los personajes, revivir situaciones desde su interior como si las estuviera viviendo allí mismo.

Tendió su mano, atrapó el libro y leyó: «Los hombres de la canoa lanzaron un grito de alegría. –Que me trague el mar si no es una voz conocida –dijo Carmaux, y añadió–: Solo un hombre, entre todos los valientes de las Tortugas, puede atreverse a venir hasta aquí, a ponerse a tiro de los cañones de los fuertes españoles: el Corsario Negro...».

Cerró los ojos y pudo verlo de la mano de Emilio Salgari. Una voz lo despertó:

–Rodrigo, hijo, aquí tienes el huevo pasado por agua.

Era la abuela Cristina.

La puesta de largo

–Le he dejado boquerones fritos y *papas aliñás* para cenar, *zeñorito*. Solo tiene que calentar el pescado en el microondas. Tiene también fruta y yogures en la nevera. ¿Necesita algo más?

–Nada más, Milagros, muchas gracias. Mañana sin falta hablamos de tu sueldo, que van pasando los días.

–No se preocupe, que yo vengo muy a gusto. No hay prisa.

–De ninguna manera; de algo hay que vivir, mujer. Tendrás que alimentar a tu familia.

–¿Mi familia? Yo no tengo familia, y no necesito mucho, que como como un pajarito. Además, no quiero engordar, ¿sabe usted? –respondió riéndose y tocándose la cintura.

–¿Eres soltera?

Dio un respingo.

–Ahora mismito sí. ¡A Dios gracias! Mejor sola que mal *acompañá*.

–¡No me digas, una chica tan joven y tan guapa como tú! Seguro que has tenido un montón de novios.

A Milagros le subió el rubor a la cara.

–Pretendientes sí, *zeñorito*, a qué negarlo, pero aquí en el pueblo hay poco decente que echarse a la boca. Bueno, tuve un novio, sí: Juan, aunque todo el mundo lo llamaba el Bocinas. Más que novio, sabe usted. La verdad es que vivimos juntos tres años, y qué años. Marinero en San Fernando, *mu* guapo él, *renegrío* como un gitano; con el uniforme parecía una mosca en leche. Al principio todo muy bien, ¿sabe usted? Muy zalamero, me regalaba sortijas, zarcillos y *de tó*. Las niñas del pueblo me tenían envidia. Mira la Milagros, el pollo que se ha *mercao*. Hasta que lo embarcaron, lo mandaron en un destructor y se fue a navegar por esos mares de Dios, qué sé yo adónde. Cuando volvió era otra persona. Llegaba tarde y se iba derecho al bar. Puede imaginarse usted cómo volvía a casa muchas noches, que tenía que desvestirlo y acostarlo. Una pena. Hasta que me enteré de que tenía otra en San Fernando y lo eché a la calle. ¡Hombres, don Rodrigo, hombres! Bueno, con perdón –sonrió.

–Comprendo. No obstante, esto que haces aquí es un trabajo, mujer, mañana

hablaremos de tu salario. Pero dime, ¿cómo consigues estar siempre tan alegre?

—¿Sabe usted qué me dijo mi tía? «Cuando las flores están *chuchurrias*, se sacan del jarrón y se tiran a la basura». ¿Qué iba a hacer con un borracho *consentío* en casa, echarme a llorar? Hay que tirar *palante*, que la vida solo se vive una vez. Mi tía me llama «la Castañuelas». La verdad, tengo a quién salir.

Y entre risas y contoneos cogió el camino de regreso al pueblo canturreando.

Aquella noche Rodrigo se decidió a buscar con mayor ahínco. Ese cuaderno tenía que aparecer por alguna parte. Hurgó en la cómoda, debajo de la ropa limpia, en el secreter de su padre, aquel mueble chino negro y lacado con flores que compró en un anticuario; bajó la escalera, subió al desván. De pronto allí se tropezó con una caja cubierta de telarañas. Se hallaba junto al viejo futbolín, las muñecas de Silvia e Isabel, las miniaturas de coches, el tren eléctrico. Dentro de la caja de cartón descubrió otros pequeños tesoros: las chapas con cromos de ciclistas y jugadores de fútbol, y los tebeos, cientos de cómics que habían alimentado su imaginación en los años de inmovilidad. De pronto se topó con un fajo de cartas atadas con un lazo rosa. Se estremeció. Eran cartas de Silvia, ¡cartas de Silvia a Javier!

Parecía estar viéndola cuando su hermana se transformó en una pollita a los dieciséis años. Sus padres dieron un baile en el jardín. Aunque la costumbre entonces era celebrar la puesta de largo a los dieciocho, su madre, con ganas de evasión, pensó que, como la niña estaba tan desarrollada y apenas salía con chicos, era una buena ocasión para en aquel mes de agosto ponerla de largo, presentarla en sociedad. El jardín, ornamentado con luces indirectas, era un bullir de preparativos, mesas auxiliares, camareros, canapés y platos rebosantes.

A Rodrigo las fiestas le producían la melancólica sensación de habitar otro mundo que no era el suyo. Por más que lo insistían, se negaba a ser bajado al jardín, y en esas ocasiones se quedaba en la terraza, donde le traían algunos platos con jamón serrano y almejas, que era lo que más le gustaba, junto a cocacolas, muchas cocacolas, la novedosa bebida americana. Nunca había tomado tantas como aquella noche. De abajo subían con sordina oleadas de boleros de amor, pop francés e italiano de la época y una nube de voces ininteligibles con ese tono propio de los pobladores del jolgorio que beben, ríen, comentan. No era su fiesta. Era como si la lejana discoteca del pueblo, cuyos tristes rumores poblaban habitualmente las noches del sábado, se hubiera metido de pronto en casa. Desde entonces el baile sería como el cliché, el negativo de sus piernas inmóviles.

A media noche se presentó Silvia rozagante, encendida, dentro de un vestido blanco de tirantes y flores. Desde el tronche de su cuello y su brillante melena le dijo:

—¿Cómo está mi pirata? ¿Por qué no quieres que te bajemos abajo? Deberías venir, hombre. ¡No seas cenizo! Está todo precioso. Te encantaría.

Él prefería perder la mirada en un mar rielado de luna, tan ausente como él mismo, con un horizonte punteado por lejanas luces de barcos de pesca. Sentía que él pertenecía a ese mar, no a la fanfarria de abajo. Desde entonces nunca llegó a ser partidario de las celebraciones de más de dos o tres personas. Le parecerían siempre una felicidad de careta y carnaval, ficticia, provocada de fuera a dentro, no nacida desde el fondo, donde

nadie era auténtico. Se sentiría siempre asomado a la vida desde un balcón.

Antes de que llegaran los invitados, que vinieron expresamente de Madrid, Sevilla y Cádiz, se habían presentado sus padres con su hermana y una copa de *champagne* en la mano. Don Rodrigo de esmoquin, Jorge de pajarita, Isabel con vestido blanco de organdí y Silvia como una princesa.

Su padre le sirvió una copa:

—¡Venga, hijo, brindemos todos por Silvia! Es un gran día para ella y para toda la familia. ¡Por su éxito, su vida, su felicidad!

Al verla tan radiante, el brindis del niño enfermo fue sincero. ¡La quería tanto! Silvia lo besó en la mejilla y lo tocó con el dedo en el corazón.

—¡No olvides nuestro secreto, Rodrigo! ¡Nunca!

Después bajaron todos a penetrar en la nube de la fiesta y ser envueltos en palabras tópicas y típicas, el qué guapa estás; ¿has visto cómo va fulanita?; este jamón es de Jabugo, está exquisito, ¿dónde lo has comprado; ¿quieres otra copa de fino?; ¿de veras que a ese lo van a hacer ministro? La ventaja es que la nube llegaba a la terraza a oleadas como la banda sonora de un cine de verano, *Quiéreme mucho, Cha, cha, cha*, o la voz quebrada de Antonio Machín y sus angelitos, sus tronchadas gardenias, *Mirando al mar* de Jorge Sepúlveda o los gorgoritos de Luis Mariano.

Aquella noche mágica de su puesta de largo Silvia conoció a Javier. Javier era un veraneante de la urbanización cuyo padre era notario en Madrid. Tenía una hermana, Lucía, muy amiga de Silvia. Había estudiado en los jesuitas y se preparaba para ingeniero del ICAI. A Rodrigo Javier le parecía un buen chaval, deportista, muy educado, pero un tanto petulante, de los que entonces tomaban el aperitivo en la calle Serrano y jugaban al tenis en el Club de Campo. Su padre, aunque forrado de dinero por su trabajo, era más sencillo, de traje marrón y cuello arrugado, pasaba bastante de su familia. Pero su madre, Rosalía, era la típica niña bien de la capital, colgada del modelito, el masaje y la peluquería, tan insustancial como pretenciosa.

Cuando Silvia le presentó a Javier, Rodrigo intuyó que comenzaba una etapa distinta para su hermana. Y no es que dejara de ocuparse de él. Cada mañana iba a darle un beso o le traía los últimos tebeos que compraba en el pueblo. Toma, *Hazañas bélicas* y *Roberto Alcázar y Pedrín*. Pero comenzó a sentirla lejos, con la cabeza en otra parte, la mirada ensoñada y siempre con prisas.

Rodrigo desató la cinta y abrió el fajo de cartas. Eran veinte, perfectamente clasificadas a partir de aquel verano. Aún conservaban algo de su aroma, un perfume juvenil a madreselva, y aquella letra menuda y ondulada cuyo azul se había en parte desleído por el paso del tiempo. En ellas volcaba su alma romántica con las consabidas palabras vibrantes y algo cursis del primer amor. Rodrigo recorrió sus líneas como si la resucitara, como si en cualquier momento pudiera escuchar su voz cantarina y limpia por el pasillo. Entre sus deliquios amorosos asomaban rasgos que solo podían ser de Silvia:

A veces, querido Javier, me asalta un temor cuando te miro a los ojos. Me siento feliz, ya sabes, de compartir nuestro amor, te tengo presente cada minuto, buceo

dentro de ti, te echo de menos cuando no estás, mi vida eres tú. Pero de pronto me asola un vacío y el miedo de que algo se interponga entre nosotros, como un presentimiento. El otro día, cuando fuimos en pandilla a la discoteca, a tu lado me sentí tan sola. Tú disfrutabas de la tertulia, contando historias de la universidad, el fútbol, tu moto, tu vida en Madrid. Pero a mí me envolvió de pronto una sombra. ¿Seremos felices solo con mirarnos a los ojos, trabajar, montar una casa, tener hijos? Sentí como si eso pudiera ser una trampa, como tanta gente que conocemos y acaba por meterse en una burbuja, donde solo entran la familia, los amigos, las personas de nuestro entorno social.

¿Y el resto del mundo? Desde que a mi hermano le ocurrió lo de las piernas, he cambiado mucho. Como si ayudarlo, alegrarle la vida, conversar con él me completara como persona. Ahora, desde que apareciste –algo maravilloso, lo mejor que me ha podido ocurrir, pues te amo con toda mi alma– no sé, me ocupo menos de él. Y creo que Rodrigo lo nota. También he dejado de ir a la Cáritas de la parroquia y al asilo de ancianos. Por eso me pregunto, Javi, ¿no corremos el peligro de que nuestro amor exclusivo, casi obsesivo, acabe por secarnos por dentro y de mayores nos cansemos para convertimos en gente aburguesada, aburrída? ¡Conocemos tantos en nuestras familias! Espero que estas palabras no te molesten, pues solo intento caminar hacia delante, hacer crecer nuestro maravilloso amor no solo para nuestra felicidad, sino para que también caliente a otros. Todo el mundo cita la famosa frase de Antoine de Saint-Exupéry, el autor de El Principito: «Amar no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en la misma dirección». Aunque a mí me gusta más esta otra también del aviador novelista: «Si, al franquear una montaña en la dirección de una estrella, el viajero se deja absorber demasiado por los problemas de la escalada, se arriesga a olvidar cuál es la estrella que lo guía». Te adoro, Javier. Nada deseo tanto como pasar a tu lado todos los días de mi vida, pero ayúdame a no perder jamás mi estrella, nuestra estrella.

Rodrigo no pudo contener las lágrimas. Subió a la terraza y se acodó en la balconada frente a un mar revuelto bajo el invernal cielo gris y pesado que se le caía encima oprimiéndolo. Silvia nunca había dejado de ser ella misma, incluso en los tiempos en que él la había sentido más lejana. Aquellas cartas lo testimoniaban. Pero ¿por qué, por qué les fue arrebatada?, preguntó al mar. Esta vez, tantos años después, el mar no le respondía como lo había hecho en su niñez y adolescencia, cuando le interrogaba sobre el dolor de su pierna, la situación de sus padres, los acontecimientos que empañaron el brillo que había iluminado los primeros años la vida de su familia en La Veleta. ¿Por qué había enmudecido el mar, su mar de niñez?

Se planteó otra pregunta: por qué a pesar de los años transcurridos él seguía sin aceptar cuanto sucedió, quizás ni a sí mismo, como si su cojera no solo le hubiera impedido correr y jugar, sino que se hubiera convertido en cojera endémica dentro de sí mismo, una cojera del alma.

El mar no respondía. Pero las olas cantaban nanas al niño enfermo que él intuía

dormido allá en el desván de su ser, junto a la voz musical y acariciadora de Silvia, que lo llamaba por su nombre.

Si existen los ángeles, Silvia ha de estar aquí a mi lado, se dijo.

He vuelto, estoy aquí. Mi barco, hermana querida, sigue navegando en busca del tesoro, no me dejes, acompáñame. Un rayo rasgó el cielo en dos y desató la tormenta entre relámpagos. Él alzó el rostro y se lo dejó lamer por la serena lluvia cuyo desahogo se fundía con el bramido del mar.

Preguntas al mar

Siguieron dos o tres días grises que Rodrigo ocupó en ordenar sus recuerdos, leer y pasear por la playa, sin dejar de remover hasta el último rincón de la casa en busca de su cuaderno. Se lo comentó además a Milagros, por si en sus tareas cotidianas de limpieza o de «cuerpo de casa», como ella decía, en las que hacía desaparecer hasta la última mota de polvo hasta dejarla *escamondá*, pudiera dar con él.

Una mañana mientras Rodrigo releía uno de sus libros preferidos, el *Diario de poeta y mar* de Juan Ramón Jiménez, con fondo ruidoso de la máquina aspiradora de Milagros y el rico olor a coquinas al ajillo que procedía de la cocina, oyó un grito:

–¡Zeñorito, baje usted!

Milagros estaba detrás del sofá del salón blandiendo una carpeta azul.

–¿No será esto lo que busca?

–Creo que sí, Milagros. ¿Dónde estaba?

–Pues mire usted, al meter la aspiradora por ese zócalo de madera cubierto de pelusas, detrás del tresillo, me di cuenta de que tenía un clavo flojo y podía separarse de la pared. ¿Es esto lo que quiere?

–¡Sí, Milagros! ¡Mis cuadernos de hace más de cincuenta años! ¡Figúrate! Gracias. ¡Qué gran favor me acabas de hacer!

–Ande ya, don Rodrigo, ni que fuera un tesoro –respondió riendo la joven.

–Para mí lo es, Milagros, ¡te lo aseguro!

Subió a la terraza y se echó en la tumbona frente al mar. El sol andaluz, siempre vencedor de los más oscuros nubarrones, había terminado por rasgar las nubes y perfilar con luz diamantina el relieve de todas las cosas: las rocas, la lejana silueta del faro, un velero, el beso en el horizonte de dos nítidos azules.

Sopló para desempolvar la carpeta descolorida por el tiempo, la abrió y allí estaba, entre otros papeles y recuerdos, el famoso cuaderno. Encontró también una foto de Silvia, una de las que le hicieron con motivo de su puesta de largo en un estudio de Madrid. Sobre fondo blanco miraba hacia arriba como cautivada por la luz de los focos, la piel blanca de porcelana y su sonrisa de siempre. Debajo, una dedicatoria con tinta azul: «A Rodrigo, mi pirata preferido, para que no se olvide nunca de dónde está su tesoro, nuestro tesoro».

El cuaderno, un blog escolar color mezclilla de pastas duras y etiqueta en la cubierta, llevaba un título pretencioso con letra infantil: «Preguntas al Mar». Y en la primera página la famosa cita de su autor preferido: «Solo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible para los ojos», Antoine de Saint-Exupéry.

Respiró hondo y miró a la lejanía. Le temblaban algo las manos. En aquellas páginas había volcado su despertar, sus primeros sueños y preguntas de adolescente. El resto de su vida no había sido otra cosa que intentar olvidarse de aquello o, en el fondo, buscarlo de otra manera, andando y desandando sus verdades intuitas desde el sufrimiento de un niño soñador, al mismo tiempo que inmóvil e inquieto.

Comenzó a leer:

La semana pasada mi casa parecía una clínica. El doctor Salazar, amigo de mi padre, mandó sacar al jardín todos los muebles del salón y montó una camilla y todos los instrumentos de un quirófano. Con bata blanca, guantes y mascarilla, me dijo que no tuviera miedo, que iba a escayolarme para que pronto estuviera bueno, y que lo iba a hacer en mi casa porque me quería mucho, pues mi padre y él eran grandes amigos. Yo creo que mi padre alimentaba esa amistad a base de excelente jamón serrano, vino fino y puntual invitación a las mejores corridas de toros.

De aquel día solo recuerdo el salón todo blanco, su voz dando órdenes a las enfermeras y un intenso olor a yeso pastoso que rodeaba mi cuerpo, como si quisieran convertirme en una estatua de escayola. Mis padres me dieron un beso y se retiraron.

Desde entonces estoy en una cárcel, tumbado frente al mar. Todos me quieren, todos me miman, pero solo yo siento este silencio de no correr, no jugar a la pelota, no montar en bicicleta. Todos intentan, con su mejor voluntad, entretenerme, obsequiarme, hacer el pino por mí, pero nadie sabe que aquí dentro, en esta cárcel blanca, siempre estoy solo porque mi experiencia es solo mía. Te vas a curar enseguida, hijo, ya verás. Volverás a correr, nadar, jugar como siempre. Pero los mayores son torpes cuando consuelan, se les nota la media lengua y luego disimulan muy mal cuando cuchichean entre ellos a tus espaldas. El niño tiene un color fatal, ¿no lo ves? De aceituna. Yo creo que esos médicos no tienen ni idea. Deberíamos llevarlo a un especialista en Madrid o Nueva York, si fuera necesario, ¿no te parece? El oído se afina con la enfermedad. Creen, ilusos, que, como somos niños, también somos tontos.

Por eso he empezado a escribir en este cuaderno frente al mar, porque me da la sensación de que solo el mar me entiende y me acompaña. Yo a Dios no lo veo, pero el mar que mis ojos no pueden abarcar me tranquiliza, me llena, me acuna. Me imagino que sus olas son los brazos de Dios y que puedo hablar con Él y hacerle preguntas. ¡Tengo tantas en la cabeza!

Rodrigo volvió a levantar la mirada. Una gaviota planeó con grandes y osados giros sobre la terraza desde ese aire de libertad que siempre le había fascinado. Luego se posó en el pretil y lo miró como a un semejante. Ellas eran las verdaderas dueñas del paisaje y

siempre estaban allí, tan estáticas y contemplativas como locas. «Abuela, eres como las gaviotas, contra más vieja, más loca», decía Batillo, la famosa marioneta de Cádiz que lo llevaron a ver un día y no había olvidado.

Milagros subió con la comida: coquinas y papas con choco.

–¡Qué ricas! ¡Madre mía, cuánto tiempo hace que no las como!

–Venga, don Rodrigo, que ya lo veo con mejor cara. Aquí se va a reponer, se lo digo yo. Cuando llegó, tan triste y *chuchurrío*, parecía que acababa de salir del Penal de El Puerto.

–Me vas a hacer engordar, con lo que ha costado bajar la barriga. Pero deja de llamarme «don», que me hace sentir viejo.

–Es que no me sale. Aunque, la verdad, está usted muy joven, nadie diría que es mayor. Mi tía dice que está igualito que cuando se marchó la última vez.

Lo dijo atusándose el pelo, con una insinuante sonrisa.

–¿Necesita algo más? Parece contento con lo que le he encontrado, ¿no? ¡Qué casualidad! Son cosas muy antiguas, ¿no, verdad?

–Tan antiguas como yo, Milagros. Cuadernos de un niño enfermo.

–Hijo, hombre, don Rodrigo, no exagere. ¿Sabe lo que me ha dicho Mari Pepa, mi vecina? Que está usted de buen ver, divinamente, y que esa cojera le da un aire, un no sé qué especial. Seguro que ha sido todo un conquistador, ¿eh? En el pueblo cuentan que su padre lo era.

–Anda, venga, sube la fruta y márchate, que ya has trabajado bastante por hoy.

Su padre se vestía impecablemente de crudo con rutilantes zapatos de verano blanquinegros y cuidadas corbatas de seda natural a las que era muy aficionado. Lucía una espectacular sonrisa de brillante relaciones públicas y nos quería a todos a su modo. Pero su hijo notaba que, a medida que aumentaban sus éxitos como arquitecto, se iba separando de la familia, las obras en Cádiz escaseaban y sus viajes al estudio de Madrid se hacían cada día más prolongados. El cuarto de Rodrigo daba entonces pared con pared con el de sus padres. Una noche lo despertaron grandes gritos. Aguzó el oído.

–¿Es que no te das cuenta, Rodrigo? No pareces el mismo. ¡Apenas estás en casa! Te largas y desapareces meses enteros. ¡Esto no puede continuar así!

–¿Qué quieres que haga? Esta casa, la de Madrid, el tren de vida que llevamos no caen de las nubes. Lo sabes mejor que yo, hay que pagarlo. ¿Crees que me voy de vacaciones? El trabajo exige tiempo, te absorbe sin querer.

–Pero me dejas cada vez más sola. Siento que ya no cuento para ti. Cuando vuelves, estás en la casa como un fantasma, como deseando largarte en la primera ocasión.

Don Rodrigo levantó la voz:

–¿Y yo, Isabel? ¿Eh? ¿Crees que yo no me siento solo, que me voy por gusto? Y mientras tanto tú, ¿qué haces? Vives como una reina. Te vas a Sevilla cuando quieres, con tus amigas, y te hartas de comprarte modelitos. ¿Quién costea esas facturas, eh? ¿Acaso se te ha ocurrido venirte a Madrid a hacerme compañía alguna vez?

El tono de la discusión se encrespaba y los chillidos desde el cuarto de al lado se le clavaban dentro como estiletes.

–¿Hacerte compañía? ¿Y el niño? ¿Qué hacemos con nuestro hijo? ¿Lo dejo solo, así como está? ¡Eres un imbécil y un creído! Pareces ciego o tonto, por Dios.

–¡No me insultes, Isabel, por favor! Sabes mejor que yo que tu madre y tu hermana son las que en realidad se ocupan del niño. ¡Tú no paras de salir! Y empieza a preocuparme otra cosa.

–¿El qué? Dímelo.

–Creo que te estás pasando con la cerveza, me consta. Sobre todo cuando yo no estoy.

–¿Estás de broma? ¡Solo bebo un par de cervezas al día! ¡Vete a la mierda!

Aquella noche Rodrigo se echó a llorar y no pegó ojo. Es más, se sintió culpable de estar separando a sus padres. Y al día siguiente, Silvia lo encontró más triste, con ojeras más pronunciadas de lo habitual.

–¿Qué le pasa hoy a mi pirata?

–Nada.

–No me lo creo. ¿Es que ya no me vas a contar tus secretos?

–No hay ningún secreto que contar, Silvia. Anda, tráeme mi cuaderno. Tú sabes dónde lo escondo. ¡No se te ocurra decírselo a nadie, eh! Venga, tráemelo.

–Vale, pero tómate al menos ese zumo de naranja. Necesitas alimentarte bien para ponerte pronto bueno.

Oh, mar, amigo mío, hoy estoy muy triste. Tú lo sabes todo, tú sabes lo que pasó anoche. Tengo sus gritos clavados en mi alma. No he podido dormir pensando en mis padres. Hoy me duele más la pierna y me siento más solo que nunca. Pero el dolor por ellos es más fuerte que la punzada en la cadera. Oh, Dios, dime, ¿qué culpa tengo yo? ¡Contéstame, por favor!

En el diario había puntos suspensivos. Rodrigo recordaba que no había podido escribir más, que se quedó mirando al mar, y que al amor de la brisa y las caricias del sol se quedó profundamente dormido. Cuando despertó, era consciente de que había tenido un extraño sueño que reprodujo tal cual en su cuaderno.

Navegaba en un barco pirata, embarcado como grumete, con las velas al viento. El capitán era Paco el del chiringuito, aunque con un ojo cubierto por un parche y una pata de palo. Él, Rodrigo, estaba encaramado en lo alto del palo mayor vigilando el horizonte. Disfrutaba de la brisa y del panorama. De pronto se levantó un viento huracanado y a lo lejos divisó a babor un barquichuelo que se debatía entre grandes olas. Ajustó su catalejo y atisbó que sobre la embarcación estaban sus padres discutiendo acaloradamente hasta zarandearse el uno al otro a pique por el balanceo de naufragar. Mientras, sin que ellos se dieran cuenta, al lado nadaba Silvia, que parecía haberse caído por la borda. Pero ellos no la miraban, enfrascados como estaban en su discusión. Rodrigo gritaba para llamar la atención, pero el capitán con la borrasca no lo oía. Su hermana parecía ahogarse debatiéndose entre las olas. Entonces Rodrigo bajó la escala del palo a toda velocidad y

le lanzó un salvavidas desde cubierta. Ella sonreía, se abrazó al salvavidas, pero el mar se la tragó y de pronto sobrevino una gran calma. En ese momento Rodrigo se despertó sobresaltado.

He estado meditando sobre ese sueño y no lo he logrado descifrar. Lo de mis padres lo veo cada día más claro: viven en medio de una tempestad y su matrimonio está naufragando, mientras yo desde lo alto soy testigo angustiado de lo que les está ocurriendo. Pero ¿y Silvia? ¿Por qué se hunde para siempre? ¿Qué le va a suceder a mi hermana? Sin embargo, tengo que reconocer que después, saboreando el sueño, me quedó una gran sensación de paz al ver la sonrisa de Silvia y el mar quieto, sereno y enrojecido por el crepúsculo. ¿Qué me quieres decir, Dios mío, con este extraño sueño?

Sus padres debieron advertir que fue una imprudencia imperdonable haber discutido a grito pelado olvidando que el niño podría haber escuchado detrás de la pared tan airada conversación. Lo intuyeron al día siguiente al ver a Rodrigo tan serio y negándose a probar bocado. De modo que decidieron no repetir escenas parecidas dentro de casa.

Pasados unos días, Rodrigo se decidió a comentarlo con Silvia mientras jugaban a los barcos. Y entre los vocablos del juego, «tocado», «hundido», «agua», de pronto le preguntó a su hermana:

–¿Tú sabes lo que les pasa a papá y mamá?

–¿A papá y mamá? Nada, que yo sepa –intentó disimular.

–¡Anda ya! Con lo lista que tú eres, vamos, niña. ¿Es que no los oyes discutir? Están fatal.

–Bueno, son cosas de los matrimonios, de las parejas. También Javier y yo discutimos de vez en cuando y nos queremos muchísimo. Luego se nos pasa enseguida. Es lo normal.

–¡Venga, Silvia, no me trates como a un crío! Lo de nuestros padres viene de hace tiempo. ¿O es que no lo notas?

–Bueno, papá tiene que trabajar mucho, ya sabes. Está muy liado. Se ven poco y...

–Ya. ¿Se están separando porque se ven poco o se ven poco porque no se aguantan? Silvia sonrió.

–¡Eres un pillastre! No te preocupes. Todo se va a solucionar pronto, ya verás.

Rodrigo se puso muy serio.

–Silvia, ¿no tendré yo la culpa? Porque mamá dice que no puede irse a Madrid con papá al estar yo malo.

–No seas bobo, cariño. ¡Qué vas a tener tú la culpa! ¿No están aquí la tía y la abuela? Mamá se va a Sevilla o Cádiz cuando le apetece. Siempre le ha gustado salir, viajar, ir de compras. También podría irse con papá a Madrid si quisiera, ¿no crees? ¡Venga, vamos a seguir jugando!

–¡Tú juegas conmigo porque te doy pena! Silvia, tú lo que estás deseando es irte con Javier. ¿A que sí?

–¡No digas tonterías! Además, Javier está de exámenes en Madrid.

–Por eso. ¿Sabes que he tenido un sueño en el que salías tú?

–¿Sí? ¡Cuéntamelo!

–Ni hablar, no pienso contártelo. Ahora te fastidias.

Silvia empezó a hacerle cosquillas y los dos se enzarzaron en risas, como cuando era pequeño.

Rodrigo acarició la tinta azul de su letra en el cuaderno. Al principio pensó que estaba desleída por el paso del tiempo, pero enseguida advirtió que los caracteres de aquella página estaban especialmente borrados. Recordó que había llorado al escribirla; eran sus lágrimas de niño. No era su primer llanto, sobre todo por el dolor de la pierna y cuando semanalmente le sacaban pus en la clínica. Pero aquellas lágrimas eran distintas, anunciaban el despertar adolescente a otra cara del planeta del sufrimiento, la caída de ese muro que separa el idilio familiar de la infancia de la realidad dura de la vida, la incomunicación, la aversión, la violencia, la amargura entre seres humanos. De pronto se habían caído las paredes del hogar como un castillo de naipes, y con ellas la seguridad, la confianza, la plenitud de un tiempo feliz. Los días de geranios rojos y lunas de verano se habían vuelto neblinosos de un húmedo color gris, como si descubriera de improviso que la mayoría de los seres humanos caminaran en medio de una espesa niebla. ¿Por qué estamos en el mundo? ¿Quién nos ha pedido permiso? ¿Por qué unos tienen tan poco y otros mucho? ¿Cuál es la causa de que a muchos se les acabe el amor? ¿Qué culpa tiene un niño de nacer pobre o ponerse enfermo? Ese dolor, ese sinsentido –constató– era superior al dolor físico de su pierna, era como una pena más intensa que lo mordía en las entrañas.

En aquel momento preguntó de nuevo al mar, y el mar callaba.

Pero pasado el tiempo, el niño meditó sobre aquel incomprensible sueño. Era inquietante, desde luego. Sin embargo, había en él una sensación que le consolaba mucho. Cuando el mar se tragaba a su querida Silvia, la quietud posterior lo había sumido en algo diferente, una curiosa y extraña paz, un hondo sosiego que lo arrullaba misteriosamente y sin causa. Entonces supo que el mar en su fondo lo acunaba, lo consolaba como una gran madre. Aprendió a cerrar los ojos y sumergirse allí, acurrucado sobre una barquichuela bañada de sol, solo siendo, sin darle vueltas a sus pensamientos. «El mar, la mar y no pensar en nada».

No sabía explicárselo, pero sentía que en su seno se ocultaba un silencio sin límites, una almohada suave donde reclinar su dolorida cabeza.

Recordaba cómo él más tarde, de adulto, había intentado escapar de esa sensación y buscar en el trabajo, el éxito y otros abrazos su felicidad. ¿Por qué huía de aquella vivencia infantil? Entonces el timbre de la puerta lo despertó de su ensimismamiento.

La otra verdad

El timbre volvió a sonar. Rodrigo pensó, por la hora, que Milagros ya se habría ido. Bajó a abrir y en la puerta encontró la silueta de un hombre anciano apoyado en un bastón. Al principio, a contraluz, no lo reconoció.

–Buenas tardes, Rodrigo. ¿No sabes quién soy?

–Perdone, no lo veo bien. ¡Ah, sí! Pero bueno, Salvador, ¡qué alegría! ¡Cuántos años!

Envejecido, cargado de hombros, el recién llegado se quitó lentamente la visera. Su gran mostacho se había vuelto de nieve y apenas podía reconocerse su mirada tras los párpados caídos. Pero el entrecejo poblado y su abierta sonrisa eran inconfundibles.

–Me he enterado de tu venida, hijo, y me he apresurado a hacerte una visita, si no te molesta.

Salvador debía de haber cumplido más de noventa años. En aquellos tiempos, cuando lo conoció, era un joven sargento al mando del cuartelillo de la Guardia Civil, un joven andaluz intuitivo y avisado que logró en pocos años ascender a capitán y ser destinado a Sanlúcar y más tarde a Cádiz. Llegó a ser muy querido por los padres de Rodrigo, uno más de casa, se podía decir, cuando lo de Silvia. Su presencia le removió una mezcla de sentimientos encontrados, de recuerdos tristes y lejana simpatía, pues llegaron a ser buenos amigos, a pesar de la diferencia de edad y las luctuosas circunstancias.

–¿Cómo estás, Salvador? ¿Qué es de tu vida? Pero pasa, hombre, no te quedes ahí. Entra, entra y siéntate.

Lo condujo al salón. Echó una ojeada.

–Pero si todo en esta casa está casi igual: las marinas sobre la cómoda, la maqueta del galeón, la chimenea. ¡Es como si no hubiera pasado el tiempo! ¡Y esa cristalera! ¡Ah, qué vista, Dios mío! Siempre me ha gustado la ubicación de esta casa. Lástima que la tengan ustedes casi abandonada.

–Siéntate, hombre. ¿Quieres una cerveza?

Nos aposentamos en el tresillo, mirando al mar.

–¡Cuéntame, Salvador! ¡Qué grata sorpresa volver a verte!

Abrió una lata de aceitunas y trajo una bandeja con dos botellines.

Por sus primeras palabras, tranquilas y lúcidas, advirtió que el anciano guardiacivil se mantenía lúcido de cabeza. Comenzó por contarle a grandes trazos el devenir de su vida

desde su último encuentro. Después de sus diversos destinos, ya jubilado, había vuelto al pueblo, donde falleció su esposa hacía algunos años. Su hijo Vicente seguía en el Cuerpo, integrado en la unidad marítima, patrullando la costa gaditana especialmente en la vigilancia de incursiones de alijos de droga y pateras de inmigrantes.

—Mi hijo está bien. Estoy satisfecho de él. Ha salido a su padre y me ha dado dos nietos preciosos. Cuando persigue a los traficantes, me llena de orgullo. Pero te confieso que, cuando detiene a esa pobre gente que no para de llegar muerta de hambre a estas costas, lo paso peor. Entonces aquí no llegaba casi nadie, quitando a las estraperlistas de poca monta, ¿recuerdas? ¡Ah, qué tiempos aquellos de las medias de cristal, las chokolatinas y las pastas inglesas! Los estraperlistas y los gitanos eran nuestra única preocupación en tiempos de Franco.

Después de conversar sobre personas conocidas del pasado —el alguacil, el médico, la dueña del estanco—, se quedó en silencio, entornando los ojos.

—¿Qué te pasa, Salvador?

Se sacó un pañuelo y enjugó sus enrojecidos ojos.

—Mira, Rodrigo, han pasado muchos años y no es tiempo de andar con rodeos.

Imaginaba de qué le iba a hablar. Rodrigo tragó saliva.

—Parece agua pasada, pero no se me olvida, ¿sabes? Aquel caso lo tengo clavado en la memoria y a veces aún ahora me sigue quitando el sueño.

—¿Por qué, Salvador? Tú te portaste con nosotros no como un guardia, sino como un amigo, más aún, me atrevería a decir que casi como un hermano. Nadie nos acompañó tan bien en aquel trance. Cuando llegaron los de la comisaría de Cádiz, tú ya habías hecho todas las diligencias que se podían hacer. Era un caso claro. Un triste accidente, terrible, pero un accidente más, como tantos otros que ocurren en carretera todos los días.

Salvador carraspeó y se rascaba la oreja. Se notaba que le costaba hablar.

—No tengas miedo. ¡Habla, hombre! ¿O es que no somos amigos?

El ex guardiacivil se arrellenó en la butaca sin poder ocultar su nerviosismo.

—Cuando ocurrió —tartamudeaba—, yo me encontré en un caso complicado, entre dos aguas: mi profesionalidad como guardiacivil y mi cariño por ustedes. Quería resolver cuidadosamente todos los pormenores del accidente, pero sobre todo no quería aumentar el sufrimiento de una familia tan querida. Más que nada pensando en ti, Rodrigo, que adorabas a tu hermana y eras solo un niño, un niño enfermo. Además, no tenía certezas, solo indicios. De modo que redacté un parte de accidente y no quise indagar más.

Rodrigo se puso de pie.

—¿Qué estás diciendo? ¿Silvia no murió cuando se despeñó el coche? ¡Habla claro, Salvador! ¡Me tienes en ascuas!

Salvador se enjugó de sudor la frente.

—Sí, sí murió, Rodrigo. Murió despeñada, desde luego. Pero había algo más.

—¿El qué? —gritó Rodrigo—. ¡Desembucha, por el amor de Dios!

El anciano respiró hondo.

—Verás, aquella noche yo estaba de guardia. Cuando Alfonso, el granjero, me llamó

alarmado porque había visto un coche caer entre los pinos en las inmediaciones de su casa, avisé a Jaime, mi ayudante, que estaba en el bar con los amigos. Sacamos el coche-patrulla y fuimos echando leches hasta la curva y con dificultad descendimos hasta el valle, donde nos esperaba Alfonso con una linterna. Tuvimos que romper la puerta del vehículo, que estaba destrozado, con un martillo y un escoplo. Tardamos media hora en sacar el cuerpo de Silvia. Te ahorro descripciones. Puedes imaginarte cómo estaba. Enseguida vimos que se hallaba atrapada entre el asiento y el volante. Pero yo advertí un extraño detalle: la puerta del asiento del copiloto, aunque en ese momento después de la caída era inaccesible, por las trazas, tras precipitarse por el barranco, se podía apreciar que había sido abierta durante la caída del vehículo. Enseguida sospeché que tu hermana no iba sola. Luego, todo se resolvió en pocas horas. Llamamos a la comandancia, vinieron mis superiores y un forense de Cádiz. Todos concluimos que el caso no tenía vuelta de hoja: muerte por accidente, a consecuencia del tremendo golpe sufrido por tu hermana en la cabeza. Ya está. La autopsia, realizada rápidamente al día siguiente y según los medios forenses de la época, no revelaba nada más. En conclusión, la muchacha, sola, sin acompañante, había perdido el control del vehículo en una curva peligrosa, se había despeñado y estaba muerta. Así lo hice constar en mi informe.

—¿Y qué más? No entiendo nada.

—Espera, no te pongas nervioso. Ahora viene lo que nunca he contado a nadie, solo a Vicente, mi hijo, el año pasado para desahogarme. Mi instinto policíaco no estaba satisfecho. ¿Por qué aquella puerta había sido abierta de par en par y se encontraba sin seguro? Mis compañeros lo explicaron por la forma en que cayó el automóvil, estrellándose contra las rocas por el lado del conductor, lo que provocó que el impulso del aire abriera la otra puerta, la cual minutos después quedó destrozada. Pero a mí no me convencía esta versión, no pegué ojo aquella noche y, nada más amanecer, me fui al taller donde la grúa municipal se había llevado el coche. Lo examiné detenidamente. Encontré un pedazo de fibra atrapada bajo la alfombrilla y, en el asiento de atrás..., no sé si decírtelo.

—¡Habla de una vez!

—Un pañuelo de papel que llevé al laboratorio. Contenía esperma.

Rodrigo se echó a llorar. Luego se levantó y caminó nerviosamente por lo ancho del salón sollozando.

—¡Silvia! ¡Silvia! ¡Silvia!

Y a gritos increpó a Salvador blandiéndole amenazante su brazo.

—Pero ¿cómo has podido ocultar ese importante dato durante tantos años, hombre de Dios? ¿Estabas loco? ¡Nosotros, su familia, teníamos derecho a la verdad!

Salvador se levantó con esfuerzo y se apoyó en su bastón.

—¿Qué verdad, Rodrigo, podía contaros? Yo era consciente de lo que significaba esa chica en esta casa. No solo era una hija y una hermana querida. Era para todos vosotros un ángel de luz, el alma de la familia, el ideal de hermosura, pureza, la alegría de todos. La teníais en un altar, especialmente tú, hijo mío. Tú, un niño enfermo e impedido. ¡Estaba muerta! ¿La iba a resucitar con mis pesquisas? ¿Os la iba a devolver? ¿Iba

romper la imagen de una niña santa? Hasta la gente del pueblo la adoraba por su alegría. No, iba a aumentar vuestro sufrimiento, ¿iba a hacer pedazos una imagen que así quedaba intacta en el recuerdo? Te lo aseguro, Rodrigo, pudo más mi cariño a vuestra familia que mi profesión de sabueso. ¿Me lo reprochas?

Rodrigo se desplomó en el sillón exhausto.

—¿La verdad, siempre la verdad! ¿Cuál es la verdad? Me he pasado la vida escudriñando en libros de filosofía, maestros orientales, gurús y teólogos, y sigo sin saber qué sentido tiene todo esto, para qué sirve esta puñetera vida. Por esos mundos donde he caminado siempre me ha acompañado la soledad de aquel niño enfermo que miraba y preguntaba a este mar. ¿Y sabes que me mantenía en pie? El recuerdo de aquella hermana que era como un sueño real, un icono para sobrevivir entre tanta miseria. Creer en Silvia era creer en la vida. Y ahora tú, Salvador, te presentas para hacerla añicos de una patada. Si no querías manchar esa imagen, ¿por qué, después de tantos años, lo haces ahora?

Salvador señaló hacia el horizonte del mar surcado por dos velas blancas.

—Le he dado muchas vueltas. Han pasado muchos años, sí. Pero ¿sabes qué he descubierto en la vejez? Que esto que llamamos realidad no existe. ¿Soy yo el mismo que aquel sargento? ¿Dónde están mis amigos de aquellos tiempos? La mayoría ya se han ido al otro barrio. Mariquilla, mi querida mujer, tampoco está. ¿Has mirado ese mar con detención? Sé que te gusta el mar desde niño. Pero ¿has observado su variedad? Nunca está del mismo color. ¿Lo puedes abarcar con tu mirada? No, y por eso te subyuga. El mar se parece a los ríos que lo alimentan, fluye continuamente, se encrespa en tempestades o llega manso a la arena. Nunca es el mismo, se evapora y vuelve en forma de lluvia; oculta cientos de peces de una variedad que aún no conocemos del todo, y es tumba y fuente de vida para los pescadores. Quizás ahora podrás querer mejor a Silvia, como un ser humano, no como un espíritu o un fantasma. Los ángeles no existen, Rodrigo. Al menos yo no he visto a ninguno. ¡Todos somos gente menuda, Rodrigo, y nada más, nada más, convéncete!

Salvador se dirigió hacia la puerta con paso torpe pero con gesto firme.

—Adiós, Rodrigo. Lo quieras o no, siempre serás mi amigo.

Su interlocutor no se movió. Como si se le hubiera caído una enorme piedra encima, se quedó en el sillón inmóvil, derrotado, inerme. ¿Por qué se le había ocurrido regresar a La Veleta? ¿Por qué remover escombros de un ayer perdido? Y, sobre todo, ¿qué le había pasado realmente a su hermana? ¿No estaría Salvador en un error imperdonable?

Se levantó como un resorte. Tenía a su alcance dos fuentes en las que encontrar explicaciones: las cartas recién encontradas de Silvia y su propio diario. En ellos debía bucear hasta dar con alguna pista o indicio de lo que había sucedido en realidad. Recordaba vagamente su paulatina transformación desde que se hizo novia de Javier, pero había un largo periodo en sombras durante el cual las sonrisas y las bromas de la joven no eran las mismas. Tenía que ordenar sus ideas para encontrar alguna luz. Así se pasó el resto de la tarde y toda la noche, sin probar bocado, sin mirar el reloj, hasta que derrotado se quedó dormido.

La soledad y el mar

Unos pasos y el tintineo de una cucharilla lo sobresaltaron. Delante de sí brillaba el lozano rostro de Milagros con un café y unas magdalenas sobre la batea.

–Pero, válgame Dios, don Rodrigo. ¿Ha dormido usted aquí? ¿Es posible que se haya pasado toda la noche en ese sillón? Tiene aspecto de no haber pegado ojo. ¡Qué mala cara! ¿Se encuentra usted bien?

Rodrigo, entumecido, se desperezó trabajosamente. Lo rodeaban docenas de manuscritos dispersos, su cuaderno y varios cojines en el suelo.

–Hola, Milagros. Sí, me debo de haber quedado frito sin darme cuenta. Gracias. Necesito una ducha. ¡Uf, no puedo con mi cuerpo!

–¿Quiere usted algo más? Lo veo muy *chuchurrío*, la verdad.

–Bueno, tráeme algo de comer, no sé, fruta, o mejor un sándwich. Anoche no cené.

–Enseguidita. ¡*Osú*, qué carita! ¿No se habrá ido usted de juerga, verdad?

–No, no, ojalá –sonrió–. Gracias, Milagros. Son cosas mías.

Bajo la ducha caliente todos los pensamientos se agolparon tropezándose en cascada: la visita de Salvador, la desconcertante noticia, el amontonamiento de párrafos leídos precipitadamente. Sí, había encontrado una carta, una sola carta de Silvia a Javier que podía arrojar alguna luz sobre su desazón y desconcierto.

Querido Javier:

Recibí tu última carta del día siete de abril. En ella me contabas que andabas muy liado con tus exámenes y que no ibas a venir para pasar aquí las vacaciones de Semana Santa. Hace un mes que han cambiado muchas cosas en mi vida y necesito ponerte al día. Es verdad que me hubiera gustado contártelas personalmente en uno de nuestros paseos por la playa. Pero quizás sea mejor así, con pluma y papel, pues por escrito siempre es más fácil ordenar las ideas y que no se me escape nada.

Ya te he dicho varias veces que llevo un tiempo dándole vueltas a mi vida y con una sensación de que mi mundo o, si prefieres, nuestro mundo, se me está haciendo pequeño. Me siento mal, como atrapada en un corsé que apenas me deja respirar. No es que haya dejado de quererte, sino que el entusiasmo de los primeros meses se ha ido empañando, como si una neblina me rodeara y no viera claro mi futuro.

Verás, mi amor, mi niño querido, hace un mes aproximadamente me fui a la ermita del pueblo y me arrodillé para pedirle a la Virgen que me echara una mano y aclararme algo. Luego me senté y le pedí: «Madre mía: estoy muy agobiada. De pronto tengo la sensación de que todo se me ha vuelto del revés, he perdido la alegría, no sé qué hacer con mi vida. Sigo queriendo a Javier, pero en casa no sé qué está pasando. Mis padres están muy raros, esquivos, tristes, a veces insoportables. Por menos de nada se enfadan y gritan por cualquier cosa. Se diría como que ambos quieren huir de La Veleta. Papá apenas para en casa; creo que se refugia en sus trabajos, al menos esa excusa pone, y rara vez nos visita. Mamá, tres cuartos de lo mismo y, cuando está en casa, me regaña por tonterías y apenas se ocupa de Rodrigo. Un día me atreví a revolver en los cajones de su cómoda y descubrí un rollo de fotografías. Eran solo clichés, pero los examiné al contraluz y ¿sabes lo que descubrí? Fotos de mi padre con otra mujer, tomadas en un restaurante de no sé dónde. Se me cayó el alma a los pies. Es tal la situación que mis padres han decidido enviar a mis hermanos Isabel y Jorge a un colegio interno».

Por otra parte, seguía dándole vueltas a lo que más me angustiaba. No me veía contigo en el mundo cerrado de un hogar sin más horizontes que una vida doméstica alicortada, vulgar, de ama de casa burguesa e instalada, como tantas que conocemos. No encontraba respuestas. ¿Qué hacer? ¿Meterme a monja? Era una posibilidad. Pero, aunque me lo he planteado varias veces, creo que no tengo vocación. Sería incapaz de someterme a unas reglas y, sobre todo, de vivir en una comunidad de mujeres. Soy demasiado independiente y libre para eso. ¿Qué hacer? Me senté, respiré hondo, como había leído en un libro sobre meditación, y no pensé en nada. «Dios mío, dame tú la respuesta», dije, y así estuve un buen rato en silencio.

De pronto se abrió la puerta de la capilla y sonó detrás de mí un revuelo de chiquillería. Era don Abundio, el párroco, con un grupo de catequesis. Pero no de la parroquia, sino otro grupo de niños y niñas gitanos que se sentaron en las primeras filas. El sacerdote me saludó cariñoso y comenzó su instrucción. Al cabo de un rato sentí como una llamada, un ímpetu de ocupar mi tiempo libre en algo útil para la sociedad. Cuando acabó la catequesis, me dirigí a la sacristía y le planteé mi problema a don Abundio. Me miró extrañado: «¿Sabes de dónde proceden estas criaturas, Silvia? Vienen aquí todos los jueves del poblado gitano de El Vertedero, un sitio donde nadie quiere ir, una verdadera ciénaga donde hay de todo, ladronzuelos, hambre, suciedad, droga». Le planteé la posibilidad de echar una mano. «Tú eres demasiado “señorita” para andar por allí. ¡Ni se te ocurra! Yo mismo paso miedo cuando tengo que acudir por razón de mi ministerio. El que se ocupa más del poblado es don Ramón, mi coadjutor, el cura joven que me acaba de mandar el obispo. Pero eso no es para ti, niña, desengáñate. A veces van algunas señoras de la Conferencia a llevarles alimentos. Pero tú no estás preparada para asomarte a ese suburbio. Ya tienes un buen trabajo en Cáritas y puedo darte más en

las oficinas, si quieres».

Pero, ya me conoces, Javier: cuando veo algo claro soy cabezota y me lancé sola a la aventura. Hace veinte días que visito El Vertedero regularmente. No puedes imaginar cómo subsiste allí la gente: chabolas de uralita y cartón miserables, donde malviven familias enteras hacinadas en un cuchitril entre enfermedades y mucha hambre. No soy una ingenua y sé que allí dentro hay de todo, además de desgracias. He visto a un gitano con una cadena de oro, un Mercedes, y un grupo de matones con muy mala catadura que van con él. Pero, por ahora, yo me relaciono con las personas más necesitadas para echarles una mano. Sé que es poca cosa, pero te confieso que hacerlo me da paz y me voy a la cama con el alma más llena, al menos con la sensación de haberme ocupado en algo útil. Ayer me tropecé con Ramón, el coadjutor, que me preguntó qué hacía allí sola. «¡Esto es un volcán, Silvia, no sabes dónde te metes!»). Le prometí que andaría con cuidado, pero que no estaba dispuesta a renunciar porque ayudar solamente con ropa y alimentos de la parroquia no me convencía; sentía la necesidad de relacionarme con aquella gente desde allí mismo, intentando romper la sensación de estar visitándolos desde arriba. Y le supliqué que, por favor, no le diera el chivatazo a mis padres.

No sé qué piensas de todo esto, querido Javier. Yo te sigo queriendo con toda el alma, pero te aseguro que no voy renunciar a esta nueva llamada. Un millón de besos.

Silvia.

La carta estaba fechada dos meses antes del accidente. Rodrigo rebuscó en el fajo a ver si encontraba una respuesta de Javier. Pero nada, solo había otras cartas del novio anteriores a esta, ninguna respuesta. ¿Y en su propio diario? ¿Habría olvidado algún detalle de aquellas fechas? Encontró unos apuntes significativos sobre una conversación con la tía Luisa.

Fue una de esas tardes de levante en calma que caía sol como plomo sobre la costa, enervándola en un arenoso sopor de inmovilidad y malos pensamientos. La tía Luisa movió el carrito de Rodrigo hasta una sombra.

—Hijo, ¿no quieres que te meta dentro? Se está más fresco. ¡Aquí no hay quien pare con tanta *caló*! No se mueve ni una hoja.

—No, tía, déjame aquí debajo del toldo. Me gusta ver el mar.

Y lo abanicaba sonriente con su *pericón*, mientras el niño se rascaba la pierna por detrás del yeso con una aguja de punto.

—Tía, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, hijo mío.

—¿A ti no te parece que Silvia está muy rara últimamente?

—Umm, bueno, un poco sí. Pero no te preocupes. Son cosas de la edad y los primeros amores, ya se le pasará.

—No sé, tía, yo creo hay algo más serio. La veo muy triste. Conmigo intenta sonreír, pero ya no es lo mismo. ¿Tú crees que está enamorada?

Doña Luisa se echó a reír.

–¡Qué preguntas! El corazón no tiene razones y este es su primer amor. Dicen que los primeros amores no duran. Que me lo digan a mí, que Leopoldo me dejó como quien dice a las puertas del altar. Pero esta niña es muy especial. Si quieres que te diga la verdad, para mí que ese Javier no acaba de llenarla. No sé, como que es poca cosa, entre tú y yo, ¿eh?, un pajarito frito.

–¡Un pajarito frito!

–Bueno, tú me entiendes. Un poco niño de Madrid sí que es –se secó el sudor de la frente con un pañuelo y aceleró el gran abanico ilustrado con un paisaje de mandarines chinos.

–Ahora está muy poco en casa, tía. ¿Tú sabes dónde va?

–Ella dice que a la parroquia.

–¿A la parroquia? ¿Todo el tiempo? ¿Y qué hace? Últimamente la veo muy pálida y como nerviosa. Algo le pasa.

Rodrigo escribió en su diario aquella tarde un resumen de esta conversación y un párrafo enigmático:

Dios mío: cuida de Silvia. Algo me dice que no está bien. Si le ocurriera cualquier cosa mala, no lo podría soportar. Si tienes un ángel libre, envíaselo para acompañarla. Todos la necesitamos en casa. Ella mantiene a papá y mamá unidos, ella es el alma de La Veleta.

Aquel párrafo, que había olvidado, lo estremeció. El adolescente enfermo, compenetrado entonces con su hermana, había intuido la tragedia. Dejó el cuaderno sobre la mesa y se levantó a mirar el mar. Luego se acercó a la biblioteca. El momento le pedía encontrar el *Diario de poeta y mar* de Juan Ramón. Sí, allí estaba el libro querido, viejo y decrépito como un amigo de antaño. Lo abrió por cualquier parte y el poema respondió a su inquietud:

SOLEDAD

*En ti estás todo, mar, y sin embargo,
¡qué sin ti estás, qué solo,
qué lejos, siempre, de ti mismo!*

*Abierto en mil heridas, cada instante,
cual mi frente,
tus olas van, como mis pensamientos,
y vienen, van y vienen,
besándose, apartándose,
en un eterno conocerse,
mar, y desconocerse.*

Eres tú, y no lo sabes,

*tu corazón te late y no lo siente...
¡Qué plenitud de soledad, mar solo!*

Y, sin embargo, este es uno de los libros más felices del poeta de Moguer, porque iba al encuentro de su amada Zenobia. Hipersensible como él, Rodrigo había encontrado en los libros de Juan Ramón un hermano, un compañero de camino: desde la presencia continua de la muerte –«y yo me iré y se quedarán los pájaros cantando»– hasta la búsqueda de la unidad en lo absoluto. Pero sobre todo la compañía del mar en este libro que luego retituló *Diario de un poeta recién casado*.

La contradicción la encontró más tarde al leer una biografía del poeta. Zenobia, una excelente mujer con la que tradujo a Tagore, otra alma hermana, fue sin duda su gran amor, pero le hizo la vida imposible con sus múltiples manías de hipocondríaco, como vagar de casa en casa porque no soportaba los ruidos; y cuando finalmente encuentran la finca ideal en medio de un bosque, tienen que abandonarla porque al poeta le producía melancolía el olor, que le recordaba a los campos de la infancia en Moguer.

Es muy raro que la poesía se convierta en vida. Juan Ramón se convertía en casi un místico cuando estaba inspirado, pero era un desastre en la vida cotidiana. No obstante, hay un verso en este diario que conservaba Rodrigo en su memoria vivo y resplandeciente, porque justificaba su propia experiencia:

El mar sale del mar y me hace claro.

Entonces volvió a convencerse de que tenía que seguir perdiendo la mirada en el mar, como en su infancia, sin pensar, sin darle vueltas a sus tortuosos pensamientos. Y si de allí una vez surgió la paz y la verdad, habrían de volver de nuevo con las olas al amanecer.

El Vertedero

La contemplación del mar no solo le devolvió cierta tranquilidad, sino lucidez para dar el primer paso orientado a emprender nuevas indagaciones. Al día siguiente, tras algunas preguntas a viejos conocidos, empuñaba de nuevo el volante de su automóvil esta vez rumbo a Cádiz, disfrutando del estallido de cal de la isla de San Fernando y con esa sensación de navegante que le reportaba siempre dirigirse a la tacita de plata por el istmo que la une al continente. La pista la encontró en una «reliquia» de la parroquia.

–¿Don Ramón? Sí, el coadjutor de don Abundio. Claro que lo recuerdo, era entonces un cura joven muy preocupado por los chavales del pueblo.

Micaela, una de esas mujeres que se pasan la vida en la iglesia mascullando rosarios y fregando el presbiterio, lo recordaba bien. La gente las llama «beatas», se ríe de ellas, pero Micaela, como tantas otras, mantiene la luz encendida en los templos, lo que no es poco en los tiempos que corren, pensaba Rodrigo.

–¿Qué fue de él? ¿Dónde podría encontrarlo?

La anciana iluminó con una sonrisa de niña revoltosa la precariedad de su rostro de pasa.

–¿Pero es que no lo sabe? ¡Colgó los hábitos! Se enamoró de Pili, una catequista muy resultona de Acción Católica. Fue durante la desbandada que se organizó después del Concilio. ¡Una pena con lo que valía ese sacerdote! ¡Qué tiempos! ¡Fue un desmadre! Hijo mío, ¿no recuerda? Pero entonces ustedes se habían ido ya a la capital, ¿no, verdad?

–Me gustaría hablar con él. ¿Sabe usted dónde podría encontrarlo?

–Umm... Creo que vive en Cádiz, pero no sé dónde. ¡Hace tantos años! Me parece que luego se dedicó a la enseñanza, aunque ya a estas alturas debe de estar jubilado. ¿Quiere que le busque la dirección?

–Claro, Micaela, se lo agradecería mucho.

Ramón Ortega vivía a la sazón en uno de los nuevos bloques que miran la bahía cerca de los espectaculares puentes que la atraviesan. No había sido difícil concertar una cita con él, pues «como jubilado, dispongo de todo el tiempo del mundo», le dijo.

El matrimonio había tenido dos hijos que, como los padres, habían salido muy estudiosos y ya estaban fuera de casa. La pareja vivía en un piso modesto y ordenado con un balcón desde el que se podía disfrutar de una vista panorámica al mar.

Ramón lo recibió afectuoso. Conservaba ese acento andaluz de los gaditanos ilustrados, que redondean las palabras aunque se coman alguna «ese» final de vez en cuando con cierto tono profesoral.

–¡El pequeño Rodrigo! ¡Válgame Dios, claro que lo recuerdo! Lo que pasa es que por entonces el que los atendía a ustedes era don Abundio. Yo estuve una sola vez en La Veleta, acompañándolo. ¡Qué dolor! Lo de tu hermana fue terrible, cayó como una bomba en el pueblo.

–¿Quieres un cafelito, Rodrigo? Acabo de prepararlo –apareció Puri con cierto aire de circunstancias.

Puri tendría la edad de Silvia si viviera. Delgada como un silbido, había perdido el brillo de moza de buen ver y miraba con desconfianza como elucubrando: «¿A qué vendrá este aquí ahora a meter las narices?».

–Lo que sentimos lo de tu hermana, hijo mío. No lo puedes imaginar, ¡Tan alegre, tan lista, tan guapa! Recuerdo que yo casi no podía cantar en el coro el día del funeral. ¡Lo que tuvieron que pasar ustedes! –comentó Puri.

Nos sentamos en el balcón, donde olía a yodo y se divisaba el segundo puente, un brazo alargado con el que Cádiz parecía querer atrapar a El Puerto de Santa María.

–Efectivamente, la muerte de Silvia fue algo más que un accidente, descompuso nuestra familia, acabó con ella. Pero siempre hubo una sombra no desvelada en los meses anteriores a la tragedia. Silvia apenas contaba nada de sus actividades y ahora hay indicios de que pudo ir acompañada en ese coche.

Ramón frunció el entrecejo.

–¿No iba sola? ¡No me digas!

Rodrigo le contó lo que había descubierto las últimas semanas, reservándose los aspectos más escabrosos de la historia.

Ortega respiró hondo y se ajustó las gafas en un gesto muy clerical, presionando con el dedo anular el puente del entrecejo.

–Bueno, te explico, Rodrigo. Han pasado muchos años, pero lo recuerdo muy bien. Yo había llegado a la parroquia lleno de ilusiones. Figúrate, recién ordenado era mi primer destino y quería comerme el mundo. Por entonces me había metido entre pecho y espalda toda la literatura religiosa francesa del momento, desde Bernanos y Mauriac a los teólogos en boga: Congar, De Lubac, en fin, ya sabes. También las últimas corrientes de Le Mercier y los curas obreros. Todo aquello al párroco don Abundio, un santo por otra parte, aunque del Concilio de Trento, le parecían peligrosas modernidades. Él concebía su pastoral como siempre: misas, confesiones, catequesis, limosnas, visitar a los enfermos y dar lustre a las procesiones. Pero yo, a mi manera, intenté en aquellos años imprimir a mi sacerdocio cierta dimensión social. Me hablaron de El Vertedero y allí me presenté todavía con sotana, imagínate.

–¿Fue donde conociste a Silvia?

–No, antes la había visto en la parroquia. Ya sabes que era una muchacha muy religiosa y estaba metida en todo: Cáritas, Acción Católica, catequesis, Hijas de María, el coro. Todo el mundo la quería. Entonces se había relacionado sobre todo contigo, Pili,

¿no? –se dirigió a su esposa.

Esta, que no ocultaba cierto nerviosismo, asintió con la cabeza.

–Claro, claro. Andábamos siempre juntas, bueno, con todas las demás. Aunque, a decir verdad, ella era la estrella, la protagonista, la niña bien del grupo, qué quieres que te diga, la señorita de la capital, y eso estaba a la vista.

–¿Qué quieres decir? –interrumpió Rodrigo.

Pili irguió la barbilla hacia el infinito.

–Que éramos amigas, pero no tanto.

Ramón carraspeó y medió con una forzada sonrisa.

–Hablando en plata, Rodrigo, las dos eran las muchachas más guapas de la parroquia, ya me entiendes.

Pili saltó:

–¿Qué insinúas, Ramón? No sé qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando. Bueno, aunque a ti muchas veces se te iban los ojillos por la niña rica y ella te devolvía las miraditas. No lo negarás.

Ramón se echó a reír:

–Éramos unos críos, Pili, y tienes que reconocer que Silvia era un encanto. Pero, al final, ¿por quién lo dejé todo y acabé secularizándome, eh?

Rodrigo cortó la tensión:

–Bueno, a mí lo que me interesa es la etapa de El Vertedero; venga, sigue contando.

–Descubrí ese arrabal, compuesto sobre todo de advenedizos y gitanos, un mes después de comenzar mi trabajo en la parroquia. Me sorprendieron enseguida los contrastes de aquella barriada abandonada de la mano de Dios y de las autoridades, pues, junto a una cochambre y pobreza inimaginables, pronto descubrí una banda organizada en toda regla dedicada al tráfico de drogas en la que mandaba el Genaro, un capo sin escrúpulos que había aprendido el oficio de un mafioso napolitano que seguía viviendo en Marbella, y con su ayuda había creado su pequeña red en contacto con Marruecos. Mientras la mayoría recogía basuras y malvivía en El Vertedero, él había entrenado a un grupo de jóvenes gitanos incluso en el uso de las armas, y ocultaba un par de lanchas rápidas en el interior de unas cuevas secretas de las cercanas playas para traer la droga. Como puedes imaginar, acabé quitándome la sotana y haciéndome amigo de algunos de esos muchachos. El Genaro montó en cólera y me amenazó de muerte. Pero yo, con mi inconsciencia e idealismo mesiánico de aquellos tiempos, me empeñé en seguir trabajando en aquel difícil apostolado de frontera. Y en esas apareció Silvia.

Rodrigo devoraba la historia con los ojos muy abiertos. Pili no abandonaba un rictus de prevención en la boca.

–¿Y tú se lo permitiste? –intervino Rodrigo.

–¡Espera, hombre! Claro que no. Le pregunté qué hacía ella en aquel infierno. «Ayudar, como tú», respondió con firmeza. «Yo soy un hombre, y tú una niña muy guapa que acaba de entrar en un matadero, por si no lo sabes, ¿qué pretendes, insensata?». «¿No lo has visto? –respondió–, echar una mano. Ayudar a esas madres, lavar a esas criaturas, darles alimento, medicinas, cariño. ¿Te parece mal?». «No, no me

parece mal, pero no tienes ni idea de dónde te estás metiendo, ¿lo saben tus padres?». «¡Ni se te ocurra decírselo, Ramón, o dejamos para siempre de ser amigos!» –me dijo con tal contundencia que no me atreví a intervenir de nuevo.

–Supongo que acudirías a denunciar la situación a la Guardia Civil.

–Por supuesto. No les hablé de Silvia, porque no quería enemistarme con ella, pero sí del tráfico de drogas. Y, o no me creyeron o no quisieron creerme de momento. Para mí que algún pez gordo del pueblo, y quién sabe si de más arriba, estaba implicado.

–¿Notaste algo raro en Silvia?

–Sí, la encontré muy cambiada, muy excitada. No parecía la misma. Varias veces la descubrí paseando por la playa con algunos de esos mocetones. Se juntaban al atardecer, tocaban la guitarra y bebían cerveza.

–¿Silvia bebía?

–Sí, supongo que para congraciarse con aquellos muchachos, pero no me consta que se drogara. Me dio pavor, aunque pensé que no era más que una chiquilla inconsciente y que, más adelante, cuando cayera en la cuenta, me las ingeniaría con tiento para convencerla de que no eran buenas compañías. Un par de meses después ocurrió el accidente. Es todo lo que puedo contarte. Yo acabé por abandonar El Vertedero, a instancias del obispo, que se enteró porque don Abundio acabó por informar al vicario y a partir de ese momento comenzaron mis problemas con la Iglesia institución.

–¿Te secularizaste entonces?

Ramón respiró hondo.

–No, qué va, eso fue más tarde, en los sesenta, cuando lo del Vaticano II. Antes me cambiaron de parroquia. Estuve de coadjutor aquí cerca, en San Severiano, donde de nuevo a la larga acabé tarifando. Pero esa es otra historia.

Ramón entornó los ojos hacia el horizonte, como si añorara aquellos años juveniles. Pili comentó secante:

–Bien, no sé si te habremos ayudado mucho, pero es lo que hay.

–Vale, no os entretengo más. Dime, Ramón, ¿recuerdas a algún joven en concreto con quien se relacionara entonces Silvia más especialmente?

–Pues no. Solo recuerdo que Sebastián Rodríguez era el cabecilla de ellos. Valía mucho. Creo que luego se enroló en el grapo y dicen que sigue en la cárcel acusado de asesinato. No lo sé, un desastre, porque tenía grandes cualidades humanas ese muchacho. ¡Maldita droga!

Añadió que El Vertedero con los años acabó desapareciendo. Un día llegaron las excavadoras y arrasaron el poblado para dejar paso a nuevas urbanizaciones y la consabida especulación de la costa.

–¿Y el narcotráfico?

–Se trasladó a La Línea y Algeciras. Ya sabes, contra ellos no hay excavadoras que puedan, aunque los pobres siguen siendo pobres, y eso nadie lo arregla, ni los de derechas ni los de izquierdas.

Agradeció Rodrigo la acogida que le ofreció la pareja, aunque no quedó muy satisfecho de la entrevista. Estaba convencido de que le ocultaban algo. Ramón

disimulaba más, pero ella estuvo todo el tiempo en guardia, como temiendo que a su marido se le escapara algún dato que pudiera comprometerlos.

Bajó en el ascensor un poco confuso, pero al menos con cierto alivio: había conseguido ampliar información sobre los últimos meses ocultos de Silvia.

Para reflexionar, decidió dejar el coche en el aparcamiento de Canalejas y airearse un poco. La ciudad comenzaba a ruborizarse con la frescura del atardecer y los gaditanos a pasearse con indolencia por sus callejas, que son como los pasillos de una gran casa entre colonial y pícara, familiar e ilustrada, popular y ultramarina. En Madrid le decían que había nacido en Cádiz por casualidad, pero Cádiz, medio isla medio península, es un dulce veneno que te inyectan al nacer y llevas para siempre por el mundo como un elixir de ensueños. Te corre por las venas la llamada del navegante y la añoranza de pañuelos que siempre están diciendo adiós, el azulamiento de su mar y su cielo, que se besan apasionadamente cada mañana al restallar el sol en la cal de sus casas y torrecillas, que siguen cantando esa cultura milenaria de fenicios, romanos, árabes e italianos con un deje de dejar al tiempo pasar con cierta filosófica indolencia y hacer volar sus pañuelos del adiós.

Volvió a encontrar a Cádiz durante sus viajes como corresponsal en América, en Cuba, Nicaragua, El Salvador y Cartagena de Indias, con sabor de murallas y galeones perdidos, su mezcla acendrada de culturas. Pues solo al pisar sus adoquinadas calles y plazuelas, entrar en sus tabernas y saborear un fino con *pescaíto* frito en las cercanías del puerto, volvía a detener el reloj al compás de charlas interminables y esa guasa muy mascada, mezcla de tristeza y alegría.

Llegó callejeando hasta el hotel Atlántico –una pena cómo lo han dejado despojándolo de su blanco sabor marinero al convertirlo en un descomunal resort vacacional de cualquier parte–. Entró por Columela, hasta la plaza de San Francisco, y recordó de nuevo a Juan Ramón frente al hotel Francia y París, donde en una de sus habitaciones el poeta garrapateó sus primeros versos de su *Diario*. Saboreó la fachada neomudéjar del Gran Teatro Falla y perdió su mirada en la Caleta, el espigón por donde su buen abuelo desafiaba las galernas en bicicleta para encender cada noche el faro. Un sol sangrante besaba los azulejos dorados de la bóveda de la catedral entre dieciochesca y decimonónica, cuando una voz lo despertó por detrás:

–¡Rodrigo!

Se volvió. Antonio estaba allí agitando su bastón. Amigo de la infancia, era un ejemplar de gaditano a carta cabal, más viejo y arrugado, pero sonriente y regordete como siempre.

–Pero ¿qué haces tú por aquí, *pissha*? ¿Qué se te ha perdido en *Cai*?

Antonio era una síntesis de carnalero y capillita que lo mismo se disfrazaba en las chirigotas de carabinero que vestía de mantos bordados a las Vírgenes llorosas en Semana Santa. Devoto y guasón, había estado embarcado en un transatlántico, trabajado en el mostrador de un bar y en un consignatario de buques.

–¡Hombre, ya podrías haber avisado de que venías, hay que fastidiarse!

–Insensato de mí. Pensaba que iba a pasar inadvertido en las calles de Cádiz.

Cualquiera se esconde. Esto sigue siendo el patinillo de tu casa. ¡Venga, Antonio, vamos a tomar algo!

Se abrazaron y se sentaron en uno de los bares de la plaza. Entre raciones de pipirrana, bienmesabe, *papas aliñás* y tortillitas de camarones regados con manzanilla de Sanlúcar, desgranaron el tiempo perdido. Rodrigo le hizo una síntesis de los últimos acontecimientos. Con Antonio tenía toda la confianza del mundo. Sus padres se conocían desde niños, habían estudiado en la Mirandilla y coincidido en el ayuntamiento. Pero el niño no salió buen estudiante y acabaron mandándolo interno al colegio de los jesuitas de Villafranca de los Barros en Extremadura. Allí coincidió de nuevo con Rodrigo, aunque por razones distintas. Este, después de un año escayolado y dos más con aparatos ortopédicos, había estudiado por libre con el maestro del pueblo y sensiblemente mejorado de su enfermedad, fue finalmente enviado a Villafranca.

—¿Te acuerdas de «el pirata»? —preguntó Antonio a la tercera copa de vino.

—¡Cómo no me voy a acordar! ¡El padre Lauren! Le pusieron ese mote porque cojeaba. Entonces era «maestrillo», todavía no sacerdote, y encargado de tercero. Me ayudó ese cura en medio de aquel desierto, donde lo más importante del pueblo era precisamente el internado. Recuerdo que, cuando el primer día nos dejaron en la puerta, olía al tomo de la siega y las ventanas estaban cubiertas de tela metálica para evitar que entraran los bichos. Ni siquiera me llevaron mis padres. ¿Recuerdas que fue el chófer el que nos acompañó juntos a los dos? Me pareció a primeras un destierro.

—¡Qué quieres que te diga! Un internado siempre es un internado. Tú ibas pálido aún y muy delgado, pero la verdad es que no lo pasamos mal en Villafranca. Cuando no hay nada fuera, acabas haciendo buenos amigos dentro, y allí, en aquel edificio rojo y grande, había buen ambiente.

—Tú, Antonio, eras el más trasto del cole, siempre suspendías. Me acuerdo del día en que saltaste la tapia para ir a ver a una niña del colegio de las carmelitas. ¡Menudo escándalo!

Así fueron desgranando las vicisitudes de su bachillerato y los distintos rumbos que marcaron luego sus vidas, para acabar como siempre en lo mismo: Silvia. Una vez más optó por desahogarse con Antonio sin reservas.

—He vivido arrastrado, Antonio. No soy más que un velero empujado por todos los vientos.

—Siempre te ha podido la vena de poeta, Rodrigo —sonrió Antonio—. ¿Arrastrado o conducido? A mí, Rodrigo, solo me he ayudado creer en algo, ¿qué quieres que te diga? Llevar la cruz de guía en la procesión de la Virgen de los Dolores el Viernes Santo y también, para qué negarlo, estos buenos ratos delante de un fino y unas tapas con los amigos. ¿Tú sigues teniendo fe?

—No sé qué decirte, yo ya no sé en qué creo. A veces, cuando miro al mar, me viene a la mente una frase que Lauren me soltó en el cole: «Siéntate en tu cielo interior y deja que la hierba crecer». Le pregunté: «No sé qué significa». Me contestó: «Sé tú mismo y deja que las cosas sucedan. Hay un plan». El mundo, tu mundo interior, no se arregla pensando, dándole vueltas a las cosas. Después de tantos avatares, solo me consuela

mirar al mar e intuir que soy parte de él. Por eso he vuelto.

Antonio por una vez se quedó callado. En la plaza se había hecho de noche y la humedad cercaba de luz neblinosa las farolas como deteniendo el tiempo.

–Una cosa te pido, Rodrigo, una sola cosa: que no te obsesiones con lo que le pasó a Silvia. Eso no te va ayudar. No juegues ahora al detective. ¿De qué te va servir darle tantas vueltas? ¿Qué vas a arreglar? Abandona el pasado, vive el presente. Mira al mar, sí, pero no le des vuelta al coco, piérdete en él. Aunque ¿te va a hacer bien estar allí solo en La Veleta encerrado en tus recuerdos?

–Bueno, ya veremos. Gracias por este rato, amigo. Ha sido una terapia. Te voy a contratar como psiquiatra...

–¡Convéncete, Rodrigo, lo que a ti te cura son las tortillitas de camarones y las papas *aliñás*! –rio a carcajadas.

–Bueno, corta el rollo, que se hace tarde y tengo más de cuarenta kilómetros por delante.

A esa hora la catedral parecía un gran animal dormido junto al que los gaditanos continuaban festejando la vida y su querido tiempo fuera del tiempo. El cielo, troquelado en la cúpula, conservaba aún un azul oscuro como la gorra de gala de un guardiamarina.

La invasión de los pobres

El teléfono móvil llega a ser, aun apagado, una continua amenaza a la intimidad y el silencio. Y aun cuando se quiere enmudecer, se acaba tarde o temprano dependiendo de él. Rodrigo lo había vuelto a encender exclusivamente para gestionar su visita a Cádiz pero, al olvidarse de apagarlo, percibió que los mensajes de familiares y conocidos habían inundado la pantalla al día siguiente: «¿Pero dónde te has metido?». «¡Te he llamado cien veces!». «¿Te ha tragado la tierra?». «Tu hermano y yo estamos preocupados, dinos algo», y las mil idioteces, noticias falsas, mensajes y vídeos absurdos que suelen contaminar el día a día.

Mientras desayunaba, se dedicó a responder con poco más que monosílabos para tranquilizar a los más allegados, evitando algo que le horrorizaba: chatear *online*. Pero había un mensaje que requería mayor detención. Era de un colega, Fernando Urrutia. Habían compartido redacción en varios periódicos al cabo de los años y le debía mucho puesto que, como director, lo había llegado a defender varias veces, sobre todo cuando Rodrigo fue expedientado por la censura franquista a causa de un artículo a favor de la libertad de expresión y el pluralismo democrático. Ahora con la decadencia del papel y el auge de Internet, Fernando había fundado un periódico digital, con el título de *El Vigía Digital*, y andaba bastante apurado por la falta de publicidad. De modo que le devolvió la llamada.

Una retahíla de maldiciones y tacos atronaron al auricular.

–¿Pero dónde coño te has metido, cabrón? Te he llamado doscientas mil veces. Te necesito urgentemente para un favor especial. ¿Estás vivo?

–Estoy en el sur, en un viejo chalé de mi familia. ¿Qué demonios quieres?

–Lo suponía; conociéndote sospechaba que habías huido a tu tierra. Pues bien, tanto mejor porque andas cerca de la noticia. No me puedes negar lo que te voy a pedir, por los viejos tiempos.

–Venga, desembucha de una vez.

–Mira, tengo una chiquita ahí en el Campo de Gibraltar cubriéndome lo del narcotráfico de Algeciras y las oleadas de inmigrantes en Ceuta y Melilla. Pero está un poco verde, no ha salido de becario, qué quieres que te diga.

–Fernando, ¿no me estarás pidiendo que vuelva a los tiempos de reportero? Tengo

muchos años de profesión encima y mucho aburrimiento también. Además, el periodismo ya no es lo que era, desengáñate.

–No, hombre, no. Solo te pido algo que para ti es coser y cantar. La opinión pública está muy alertada con la presión que tiene la Guardia Civil de los narcos y el efecto llamada de la inmigración. Sin duda, este es el gran desafío para la Unión Europea. El futuro está en esa puerta del sur. Lo que quiero es que eches un vistazo a aquello y me escribas un par de artículos de opinión, pero definitivos, como tú sabes hacerlo, nada más.

–¡Precisamente ahora que pretendía estar solo y retirado del mundo! Mira que eres. Siempre apareces en el momento más inoportuno.

–¿No vas a hacer eso por un amigo? Necesitamos que nos citen, lograr más visitas para que nos llegue de una vez la maldita publicidad. Esto de Internet es una lotería.

–Vale; sabes muy bien que no te puedo decir que no. ¿Para cuándo?

–Para antes de ayer.

–Ya. Como siempre. ¿Y caracteres, palabras?

–Los que te dé la gana. Esto de la red es como un acordeón. Eso sí, no me escribas *Guerra y paz*, que te conozco. Algo contundente, sucinto e impactante.

Rodrigo avisó a Milagros de que iba a estar ausente unos días y tomó la carretera de la costa, por Tarifa hasta Algeciras. Los nuevos molinos de viento ensombrecían amenazantes un azul impoluto y el mar serpeaba en cada curva azotado por un impenitente levante. La radio anunciaba continuos desembarcos de pateras y denunciaba la impotencia de la Guardia Civil ante el recrudecimiento del narcotráfico. Era curioso: él siempre se había pasado la vida detrás de la noticia y ahora era la noticia la que lo perseguía a él.

Macarena lo había citado en un café de la Plaza Alta, en el corazón de Algeciras, a cien metros del mercado, entre azulejos, cerca del parque y frente a la iglesia de la Palma. Le costó encontrarla porque, aunque había visto su foto en Internet, ocultaba la cabeza detrás de su ordenador portátil aporreando una crónica. Finalmente levantó su mirada color uva y le extendió una sonrisa a lo *Twenty Century Fox*.

–¡Finalmente! Llegó el sabio. ¿No me veías? –se atusó el pelo.

–¿Y cómo, si te escondes detrás de la melena? ¿Qué escribes?

–La crónica de hoy para tu amigo Fernando. Me tiene frita. Está convencido de que el futuro de Europa está aquí, en la frontera con África. Me parece que está un poco *majara*, ya lo conoces. Pero, qué quieres que te diga, es el jefe. Desde que lo echaron del *paper* anda obsesionado con su web. Pero ya sabes, los digitales no dan un euro y proliferan como chinches. Por cierto, ¿sabes que soy fan tuya? Me encantó tu libro sobre Cuba y tus crónicas desde El Salvador. ¿Y ahora qué escribes?

Era vivaracha y saltarina como un trago de *champagne*.

–Nada. Estaba descansando en un viejo chalé de la familia. Pero Fernando es mucho Fernando. Además, le debo demasiado. ¿Puedo echar un vistazo?

Macarena le pasó el ordenador.

–Está sin pulir, que conste –dijo curándose en salud.

–Solo quiero saber de qué va, mujer.

ESTRASBURGO CUESTIONA LAS EXPULSIONES
EN CALIENTE EN CEUTA Y MELILLA

«Toda persona que llegue a España, incluidos los que salten las vallas fronterizas en Melilla y Ceuta, debe estar protegida contra la devolución y las expulsiones colectivas, con la posibilidad real de tener acceso a un procedimiento de asilo eficaz y justo», lo dice el representante especial del secretario general sobre migración del Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo, Tomáš Boček.

En un informe publicado hoy, el Tribunal constata las dificultades que afronta España en la gestión de las vallas, pero advierte que, como ya constató el Tribunal en casos anteriores, el envío inmediato a Marruecos de inmigrantes que tratan de entrar en las ciudades autónomas escalando las alambradas «constituye un caso de expulsión colectiva y es una violación de la Carta de Derechos Humanos».

–Otra vez, lo de siempre. ¿Has estado en Ceuta? ¿Qué dice la Guardia Civil?

–En Ceuta y Melilla están hechos un lío. No tienen gente ni medios suficientes y carecen de directrices adecuadas sobre todo respecto a cómo tratar a las personas que cruzan las verjas de manera irregular. No hay comunicación, ¿sabes? Los agentes, por una parte, apenas hablan con los extranjeros. Dicen que los inmigrantes que cruzan son generalmente violentos y no buscan comunicarse con las autoridades, sino escapar de ellas. Total, que los subsaharianos o marroquíes no plantean ninguna petición de protección internacional durante o después de cruzar las vallas. Poco después de recibir ayuda de la Cruz Roja, son enviados de regreso a Marruecos a través de puertas especiales a lo largo de la frontera, pero separados de los puestos fronterizos. Lo de siempre. ¿Recuerdas a los que se cargaron en la playa con pelotas de goma?

–Claro, menuda patata caliente. ¿Con quién has hablado?

–Con varios. Sobre todo con uno que me «he ligado», bueno, en el buen sentido, ya entiendes. Un joven sargento, un tal Vicente.

–¿Vicente? ¿Vicente qué?

–Ruiz, Vicente Ruiz.

Rodrigo se quedó sin palabras.

–¿Qué te pasa?

–Nada, es hijo de un viejo amigo mío, también guardiacivil. Pero sigue, sigue, que me interesa.

Macarena era atractiva, en ningún caso la típica reportera sufragista que ha roto el espejo. Coqueta, burbujeante, se veía niña bien, sevillana intuitiva y alegre, aunque con una gran insatisfacción detrás. Había acabado harta de las envidias y rencillas de un periódico de su provincia, pero seguía viva, con mucha necesidad de triunfar. No paraba de hablar; expresiva, tenía el don de la imitación remedando a los políticos y famosos; y le puso al día del conflicto. Había asistido a la última avalancha, y fue testigo de los últimos enfrentamientos.

–Un horror. Hay que verlo allí, en persona. No sirven las imágenes desde las cámaras, que hasta pueden parecer bonitas: su negra piel envuelta en mantas rojas. Pero allí también donde llegan las pateras te das cuenta de que no son cifras. Niños y madres exhaustos, muertos calientes, sangre, cuerpos deshidratados. No sé cómo explicártelo. Cuando escribo, me tiemblan las manos y luego las palabras de mis reportajes siempre son frías, no llegan a transmitir esa verdad. El mediterráneo es un agujero, se ha convertido en la mayor tumba de nuestro siglo. ¿Tú qué piensas de todo eso, Rodrigo?

El veterano periodista se rascó la barbilla.

–Que estamos viviendo sin inmutarnos algo parecido al exterminio nazi y que vamos a ser juzgados por la historia como culpables de la mayor lacra del siglo. Hemos cerrado el continente como un castillo inexpugnable para salvar a esta maldita «sociedad del bienestar». No comprendo cómo entre gente sensata, incluso entre conocidos, amigos de toda la vida, crece la xenofobia como una peste. Andamos ciegos, mientras aquí la sociedad envejece y amontonamos basura. Más que de solidaridad es un problema de inteligencia, de mirar a largo plazo.

Macarena lo escuchaba extasiada.

–Pero ¿qué se puede hacer? Los nacionalismos egoístas y los partidos ultraconservadores proliferan ahora en los países europeos. Y, por otra parte, abrir las puertas dicen que tiene un efecto llamada. ¿Hay que dejar entonces que se produzca «la invasión de los pobres»?

–Es complejo, desde luego. Pero, mira a los chinos, saben lo que hacen. China es hoy el primer socio comercial de África, ya desde hace una década, tras desbancar a Estados Unidos. Además de los miles de millones de euros invertidos en la obtención de recursos naturales, especialmente minerales, el continente se ha convertido en el gran campo de pruebas de la construcción de infraestructuras con tecnología y financiación china. El fenómeno se ha acentuado en los últimos años con el proyecto de la Nueva Ruta de la Seda, una ambiciosa red de construcciones que busca unir China no solamente con África, sino también con Europa y el centro y sudeste de Asia a través de puertos, carreteras y ferrocarriles.

–Bueno, ¿y eso no te parece estrategia política más que solidaridad, otra forma de poder interesado, de egoísmo e invasión? –preguntó Macarena en continuo trasiego con su melena.

–Claro, los resitúa geopolíticamente. Pero a la larga es inteligente y es la única manera de detener el flujo migratorio. ¿No te das cuenta de que la postura de cerrazón y a la defensiva de la Unión Europea está llamada al fracaso? Ante la crisis de Lesbos de hace años Europa parecía replantearse su política migratoria. Sin embargo, aquel borrador de compromiso con una cuota mínima de acogida por país se esfumó en cuanto las cámaras abandonaron la isla griega. Tan solo Alemania dio un paso al frente, con un alto coste en las urnas para Angela Merkel. El resto de los socios comunitarios miraron para otro lado mientras miles de vidas se ahogaban en el Mediterráneo. Una inacción que ha aumentado la presión de tal manera en las costas italianas que se ha traducido en un Gobierno populista que ha cerrado sus fronteras.

–Pero en la misma Italia el papa Francisco está en contra de todo eso. ¿Le harán caso?

–El papa ha fijado cuatro verbos transversales –acoger, proteger, promover e integrar– que vertebran los veinte puntos de acción que deberían incluirse en los Pactos Globales sobre Migrantes y Refugiados que prepara la ONU, y que la Unión Europea debería enarbolar. Entre estas medidas figuran el fin de las expulsiones arbitrarias, el cierre de espacios como los CIE (verdaderas cárceles encubiertas), la concesión de visas humanitarias, garantizar la atención jurídica, social y sanitaria, perseguir la explotación y la trata, proteger a los menores, abrir corredores humanitarios... Sin caer en demagogia, desde luego, equilibrando los derechos inalienables de las personas con la seguridad nacional y comunitaria. Pero para eso hace falta dinero. Estas propuestas no se sostienen si no cuentan con una importante dotación presupuestaria y sensibilización. La ciudadanía, lejos de ver las migraciones como un problema, debería contemplarlas como oportunidades de crecimiento. La gente no cae en la cuenta de que Europa no le está haciendo un favor a los migrantes, sino más bien a la inversa. Son los migrantes los que están enriqueciendo a Europa con su trabajo, con su riqueza cultural, con su juventud, con su fecundidad. Son los gritos de los buques a la deriva los que están intentando salvar a la Unión Europea del naufragio de su adocenamiento, su comodidad, y no a la inversa.

–¡Guau! No sabía que eras tan radical, y encima papista... ¿Eres creyente?

–No sé lo que soy, Maca. Desde luego en esto estoy con el papa, este papa. Pero vamos al grano: para mis artículos me gustaría entrar en contacto con gente. ¿Qué me puedes ofrecer?

–Lo que quieras: ir a las vallas, hablar con detenidos, guardiaciviles, ONG. Pide, pide por esa boca.

–Primero, una historia que contar.

–De acuerdo, te voy a presentar a alguien.

Rodrigo se dejó llevar durante tres días por la vivaracha Macarena, quien le mostró los puntos calientes del narcotráfico y la migración. Visitaron las vallas de Ceuta y Melilla, los repletos e insuficientes centros de internamiento de emigrantes, las tiendas de campaña habilitadas por la Cruz Roja, los miembros de las ONG que colaboran desinteresadamente.

Finalmente Rodrigo dio con una historia que le impresionó.

Martín Ngoe salió un día de casa por la noche, sin despedirse de nadie. No quería ver llorar a su madre. Tampoco iba a soportar una nochevieja más sin poder dar nada de comer a su hermana y a su hermano. Su país, Camerún, no le ofrecía ninguna posibilidad de prosperar.

Martín en ese momento ayudaba en una ONG. Lo invitamos a comer en un bar del puerto. A pesar de los años transcurridos en España, aún devoraba con ansiedad. Macarena tomaba notas sin perder ripio.

–En Camerún no hay medicinas. Si te pica un mosquito y coges el paludismo o unas fiebres tifoideas, te mueres. En las farmacias y en la calle te venden pastillas falsas.

Tampoco hay posibilidad de estudiar. Muchos niños no han ido ni irán jamás a la escuela, y de la universidad para qué hablar, la pública cuesta unos cien euros al mes. Ni con dos salarios íntegros consigue una familia normal pagársela.

El viaje de Martín duró dos años. Coincidió con compañeros de todo tipo y pelaje: unos ya habían saltado a Europa; otros nunca habían visto la luz eléctrica; los primeros les describían a los segundos los códigos de color de los semáforos.

–El camino se hace de noche, para que no te pille la policía y te obligue a volver. El objetivo: la frontera de Marruecos. Está en lo alto de una montaña. Llegas arriba después de noches y noches de andar y de días durmiendo escondido. Abajo, en el valle, hay un tapiz de luz. Es Ceuta, es Europa, es el paraíso. ¡Adelante!

Pero entre el paraíso y la realidad media una valla triple, electrificada y plagada de punzantes concertinas. ¿Que no se pueden poner puertas al hambre? Sí. De aquí no se puede pasar. Sin papeles y sin dinero hay que andarse alerta para que no se vaya todo al garete. El momento mágico se puede repetir tantas noches como uno decida subir al monte y ver las luces desde la frontera, las luces del sueño imposible.

Martín respiró hondo y bebió un sorbo de cerveza. Gesticulaba expresivo y sus ojos ensangrentados se abrían con el asombro de su propio relato.

–Al año de estar en Marruecos, encontré a un amigo que volvía de Francia. Llevaba un móvil. Le pedí que se acercara a mi pueblo, que buscara a mi madre. Yo llamaría a su número unas semanas después, a una hora concertada. Él lo hizo por mí. Así supo mi madre que estaba vivo.

Martín tardó dos años y medio en juntar los mil trescientos euros que le pedían por pasar la frontera. Trabajó en lo que pudo, ahorró cada céntimo, y conoció a unos hombres que se ofrecían para cruzar a nado el Estrecho. Los portadores se visten con trajes de neopreno. El ilegal se sujeta a su espalda y, como un gran galápago con una carga al hombro, se echa a la mar.

–Un amigo y yo nos decidimos a dar el salto. Esperamos varios días hasta que el mar estuvo en calma. Era de noche, el agua estaba fría, todo era negro alrededor. Las olas inundan la boca, la nariz; los ojos pican del salitre y, sí, pasas miedo, mucho miedo a morir ahogado. Porque no son pocos de nuestros compañeros los que se ha tragado el mar.

A la fuerza de la mar hay que sumar la pericia de los vigilantes de costa. La Guardia Civil patrulla el Estrecho para evitar que los sin papeles entren. Un riesgo que se diluye cuando la alternativa es perecer ahogado. Convertirse en una cifra incierta, en un cuerpo que se encontrará hinchado y varado en cualquier playa o que jamás se hallará, sin nombre, sin tumba, como tantos otros.

–Desfallecía, estaba a punto de perder el sentido. Vemos acercarse a la policía española. Quería gritar, pero no debía. No podía poner en riesgo el paso de mi compañero, ni descubrir a los que nos estaban llevando. Si lo haces y por cualquier cosa has de volver a Marruecos, los portadores no lo habrían olvidado, tendrías problemas. Pero la policía acabó por pillarnos; bueno, en realidad nos salvó.

Martín pasó tres meses internado en un «centro de acogida» en Ceuta. En un juicio

contra los portadores tuvo que declarar. Pidió asilo político, pero se lo denegaron. Contó su historia a quien lo escuchó y escuchó las historias de sus compañeros. Cada vez que en el centro alguien le preguntaba a otro compañero dónde quería ir, la voz unánime era «¡pe-nín-su-la!».

—A la hora de marchar, me preguntaron hacia dónde quería ir. Pensé que en Navarra, que está tan al norte, se hablaría francés, y allí me mandaron. Me dieron un billete y un papel en el que ponía que tenía permiso de residencia durante seis meses y me comprometía a volver a Camerún después. Cuando bajé del autobús, no sabía qué hacer. Me quedé el último para ver qué dirección tomaban los demás. Estaba aturdido. Todo lo que me rodeaba era nuevo. Me sentía perdido, tremendamente solo.

Europa, la península, el paraíso, no resultó tan idílico como Martín pensaba. Encontró compañeros de aventura que lo ayudaron en sus primeros tiempos. Corrió de albergue en albergue y de casa en casa de amigos. Desde luego nadie hablaba francés en Navarra. Ni en Tafalla, ni en otros lugares que visitó. Y todos los colegas que lo recibieron le explicaron que la vida allí era muy dura.

—Cuando salimos del pueblo africano, íbamos con la absurda idea de que en Europa le dan a uno dinero cuando lo necesita: cien, doscientos euros, sin esfuerzo, porque sí. Que aquí todos son ricos. Que las mujeres se enamorarán de ti. Que esto es una fiesta permanente para disfrutarla. Ningún africano deja a otro tirado, eso sí. Nos ayudamos en lo que podemos, que casi nunca es mucho. Pero en Navarra todos estaban decepcionados con el norte. Nos hablaron entonces de Madrid como el sitio de las verdaderas oportunidades.

Entre las razones que lo condujeron a la capital, una de las más poderosas fue la existencia de albergues donde dejan estar durante seis meses seguidos, un tiempo útil para planificar la vida, estabilizarse en un trabajo, formar un grupo de amigos.

—No me pongo metas. La vida te va llevando hacia lo mejor o hacia lo peor. He visto hombres fuertes e inteligentes perder la cabeza por no poder adaptarse a esta nueva sociedad. He conocido a chicas africanas a las que les exigen acostarse para conseguir un trabajo. A niños hacinados en residencias donde no hay medios suficientes para alimentarlos, educarlos. Duermen en el suelo. Yo, a pesar de todo, tuve la suerte de superar el *shock*. No soy muy amigo de pensar a largo plazo. Estoy acostumbrado a improvisar y tomar la mejor de las opciones que se me van presentando.

Experto en música africana, Martín tiene un grupo de amigos con los que va a conciertos y que le han permitido integrarse. Gracias a personas como ellos empezó a estudiar. De fuertes convicciones religiosas, cristiano y buena gente, dedicaba ahora parte de su tiempo en Ceuta a ayudar a personas que, como él, han llegado a Europa sin papeles, y se siente satisfecho por ello.

—Puedo enviar cada mes cincuenta euros a mi madre. Me he comprado un móvil y hablo con ella cuando quiero. Sé que así mis hermanos pueden comer a diario. Allí ese dinero proporciona una situación privilegiada. Mis vecinos creen que soy afortunado. Por eso, si ellos quieren venir, yo podría decirles que esto es muy duro, pero no me creerían. Siguen con el mito del paraíso. Ahora bien, si a pesar de todo se les ocurre

venir, desde luego que voy a ayudarlos.

Sueña con terminar Derecho, que ha empezado sacando adelante un acceso a la universidad para mayores de veinticinco años. Cada paso de su camino parece acercarlo al éxito. Pero, al pensar en el regreso, una temerosa sombra empaña su mirada:

–La esperanza de vida en mi país es de treinta y cinco años. Yo tengo treinta y dos. A la vuelta, ¿cuántos de mis amigos habrán muerto?

Sus ojos tristes y brillantes se quedaron para siempre en la memoria sobre la noche de su piel y la húmeda oscuridad de Ceuta.

Macarena y Rodrigo pasearon en silencio junto al puerto. Las luces rielaban sobre el mar relatando una falsa quietud al balancearse los yates de recreo.

–Al fin y al cabo, dentro de todo, la historia de Martín, aunque dura, tiene un final feliz –comentó Rodrigo.

–Ese muchacho guarda una honda tristeza en la mirada. Sí, de acuerdo, ha tenido suerte a pesar de todo. Pero ha estado varias veces al borde de la muerte y, no sé, he visto en el fondo de su alma una tremenda decepción hacia el ser humano.

–Nuevos esclavos, nuevo exterminio, la frontera del hambre. Para muchos, una anécdota, imágenes de otro mundo mientras cenas delante del telediario.

Macarena cambió de conversación.

–Bueno, dime, Rodrigo. ¿Tienes suficiente? ¿Qué nos queda?

–Quisiera conversar con tu guardiacivil.

–¿Quién? ¡Ah, sí, Vicente Ruiz! El hijo de tu amigo, ¿no? Bien, mañana lo hacemos. ¿Y ahora?

–Necesito un *gin-tonic*.

Siguieron su camino en silencio como si acabaran de salir del cine, de una película claustrofóbica, de esas que te dejan sin respirar con sensación de lunes perpetuo en el alma.

Al cabo de un rato Maca abrió los labios.

–No lo entiendo. ¿Por qué unos nacemos con todo y otros sin nada? ¡No es justo!

–Esa misma pregunta me hacía yo de niño, enfermo e inmóvil, mirando al mar, este mismo mar.

–¿Y el mar te respondió?

–Sí, pero no sabría expresarlo. El mar siempre me habla, pero sin palabras. Quizás porque las mejores respuestas no son verbalizables. Solo el silencio responde, pero no es fácil saber escuchar el silencio.

Los hombres no son islas

Le quemaban las sienes como plomo líquido cuando sonó el teléfono del hotel.

–¿Qué haces? ¡Espábilate, que perdemos el ferri!

Macarena esperaba dentro de un taxi, impaciente, con la puerta abierta. Rodrigo llegó en diez minutos sin afeitarse y con legañas en los ojos.

–¡Vamos, sabio, se conoce que has perdido la costumbre de madrugar!

–Pero ¿qué te pasa, Maca? Como si hubiera un solo ferri a Algeciras. Creo que de Ceuta salen docenas cada día.

–Sí, pero he quedado con Vicente dentro de hora y media en el puerto. ¿No querías verlo? –y dirigiéndose al taxista–: Corra, señor, que no llegamos.

–Tranquila, *zeñorita*, menos bulla, *joé*, que esto no es Manhattan. Aquí todo está a la vuelta de la esquina. Mire, ahí *mizmito* está el puerto.

Bramaba la sirena e iban a izar la escalerilla y cerrar la compuerta del ferri cuando se embarcaron por los pelos. Tomaron asiento en cubierta para una travesía de poco más de una hora. La brisa jugaba con el cabello de la periodista y Rodrigo aún no acababa de estar despierto. Pidieron un café.

–Tienes un resacón de cuidado, Rodrigo, y eso que solo tomaste dos copas.

–No es eso, es que me costó conciliar el sueño. Tengo clavada aquí –se tocó el pecho– la mirada de Martín, los heridos de las vallas y, sobre todo, el montón de cadáveres de la última patera. Es de locura.

–Sí, a veces nos olvidamos de que las noticias son personas, no titulares o *scoops*. Pero, si me permites, te diré algo: a ti te pasa algo más. ¿Qué haces allí solo en ese chalé? ¿No tienes a nadie con quien compartir tus penas? ¿No me lo cuentas?

Rodrigo se echó a reír.

–¿De qué te ríes?

–Lo estaba esperando: tus miradas escrutadoras, tus sonrisitas de sabelotodo. Las mujeres por lo general sois curiosas; no digamos las chicas de la prensa. Tenéis rayos X en los ojos, cubicáis al personal. Por ejemplo, tú ya tienes en la cabeza mi ficha completa, casi sin conocerme. ¿A que sí? ¿Por qué no la subes a Wikipedia?

Macarena se sonrojó por primera vez.

–No exageres. Es que despiertas curiosidad, reconócelo. Eres una *rara avis*. Tienes

un no sé qué misterioso, algo de enigmático. Además, me dejaste fascinada anoche cuando dijiste que le preguntabas cosas al mar cuando eras un niño.

–Bueno, son manías mías. No me hagas mucho caso.

–Intuyo que has tomado en tu vida la opción del lobo solitario, ¿no es cierto? ¿Algún desengaño?

Rodrigo empezaba a sentirse molesto por la atrevida invasión por parte de la jovencita en un terreno que había considerado siempre vedado para los demás, su vida privada. Pero no quiso parecer mal educado ni cortarla en seco.

–Soy como tantos otros, Maca, un hombre no muy afortunado en amores. Tuve una bonita experiencia cuando estudiaba la carrera, un amor idealizado, una creación de mi mente soñadora, pero se esfumó como un barco entre la niebla cuando descubrí la realidad que había detrás: simplemente una mujer más, sí bella, cautivadora, pero buena actriz para esconder su verdad oculta, suficientemente sensible para ser camaleónica, conmigo y con otros. Supongo que en todo eso ha influido también mi infancia, mi enfermedad –añadió señalando su pierna– y, sin duda, una experiencia traumática: perdí de niño a una hermana maravillosa a la que adoraba. Supongo que tengo demasiado idealizado el eterno femenino, que desde luego no existe en realidad, al menos eso creo. ¿Te basta con eso?

La joven se quedó en silencio mirando el mar y el perfil de la cercana costa. Luego le apretó el brazo y exclamó mirándolo a los ojos:

–Rodrigo, ¿puedo serte sincera? Estoy de acuerdo contigo en que todos tenemos algo de solitarios, de intransferibles. No sé si has leído a Thomas Merton, el monje trapense de Kentucky. En una época me tragué algunos libros de espiritualidad cristiana. Tiene uno que se titula *Los hombres no son islas*. Y dice algo así: «El hombre está dividido contra sí y contra Dios por su egoísmo, que lo separa de sus hermanos. Esta división no puede ser sanada por un amor que se coloca solitario en uno de los dos lados de la hendidura; el amor debe alcanzar ambos lados para poder juntarlos. No podemos amarnos a nosotros mismos si no amamos a los otros; y no podemos amar a otros si no nos amamos a nosotros mismos». Se me antoja que quizás te vendría bien cruzar esa hendidura, romper tanto silencio y abrirte con alguien. Tanta soledad nunca es buena, ¿no crees?

Rodrigo miró a otro lado y encendió su pipa.

–¿Qué sabes tú de mis búsquedas, mis lecturas, mis viajes? Quizás un día hablemos más a fondo de todo eso, ¿vale? Mira, estamos llegando.

Desde cubierta Macarena saludó a un joven guardiacivil que esperaba en el puerto.

–Es Vicente. Acude puntual a nuestra cita. Esta reportera será curiosa e inoportuna, pero eficaz, ¿no te parece? –rio.

Enfundando en un impecable uniforme, un fino bigote subrayaba con firmeza facciones algo aniñadas. Le recordó a su padre de joven, cuando se presentó en La Veleta a informar sobre Silvia. Buscaron un cafetín cerca del puerto.

–Usted dirá, don Rodrigo.

–No me llames de usted, hijo. Soy gran amigo de tu padre. Estuve con él hace unos

días. Para mí él es como de la familia. Te supongo al corriente de la historia.

–Sí, sí, señor. Mi padre me lo ha contado todo. De hecho, lo sé hace tiempo, pues tenemos mucha confianza entre nosotros. Además, el pobre siempre ha estado obsesionado con aquel accidente o lo que fuere, por el aprecio que tiene a «su», perdón, a «tu» familia. Pero yo no sé más que lo que él le ha contado.

–Bueno, tu padre está jubilado y no quiero importarlo más. Al pobre le costó mucho contarme el otro día toda la verdad, que fue para mí una tremenda sorpresa. Quizás ahora tú puedas ayudarme. Estoy detrás de una pista. ¿Sabes en qué cárcel cumple actualmente condena, creo que por asesinato, un antiguo grapo, un tal Sebastián Rodríguez, que también estuvo hace años en el narcotráfico?

–No, pero puedo investigar y decirte algo. Aquí hay guardias mayores que seguro que lo conocen. Y si no, hoy con la informática no es difícil.

La conversación giró luego en torno a la lucha contra el narcotráfico; la escasez de medios; la complicidad de un sector importante de la población; la prohibición de las narcolanchas de alta velocidad, rígidas y neumáticas; la colaboración de los helicópteros; la agresión recibida por algunos agentes en un barrio.

–Rodrigo es un periodista famoso y un gran escritor. Quizás escriba más adelante algún artículo sobre el tema –apuntó Maca.

En ese momento chilló su radioteléfono.

«Código B12. Urgente. Posible desembarco de alijos en playa del Chinarral. Son órdenes. Desplácese de inmediato».

–Hablando de Roma. Así estamos todo el día. Tengo que irme. Os llamo cuando sepa algo.

Vicente corrió al puerto a embarcarse en un guardacostas en el que lo esperaban dos compañeros.

Rodrigo abrió la cartera para pagar.

–Parece un buen muchacho. Me ha caído bien. Bueno, me vuelvo a casa. A ver si esta misma noche o mañana a primera hora mando el artículo y me quito eso de encima. ¿Y tú, qué piensas hacer?

–Hay una rueda de prensa en el ayuntamiento sobre Gibraltar, a ver qué dicen. Otra papeleta después del *brexít*. Ya sabes, Fernando no quiere que me mueva de aquí. No tengo tiempo para aburrirme.

–Tu familia, ¿la tienes cerca?

–Mis padres viven en Sevilla. Familia numerosa, católicos de toda la vida. Iré a verlos el fin de semana. Siempre andan con miedo por mí.

–¿Por qué? Ya eres mayorcita.

–No respondo al modelo tradicional de mis hermanas: novio formal, boda de campanillas, profesión segura. Fíjate cómo será mi madre que le dice a mi padre: «Pepe, Macarena está tan loca que tengo miedo de que se enamore de un narcotraficante».

Rodrigo rio a carcajadas.

–Aunque seguro que vives con algún facineroso.

–Más o menos. Luis, un pintor, un artista sin futuro, que hace yoga, lee cosas de la

New Age y come alpiste. Pero en realidad nos vemos poco. Ya sabes cómo es esta profesión. Por cierto, no te puedes ir sin prometerme que volveremos a encontrarnos pronto. Estás muy cerca, así que busca un sitio intermedio para seguir charlando. La historia de tu hermana, ese asesino al que quieres visitar..., ¡tío, me has dejado en ascuas! Y sobre todo cuestiones más serias de las que intuyo que tú sabes mucho y a mí me apasionan.

–Ya veremos. Por lo pronto, corre, que llegas tarde al ayuntamiento. ¡Hasta pronto!

Ella se fue cascabeleando después de darle un abrazo fuerte y susurrarle al oído:

–¡Sabio, nunca serás un verdadero sabio si no compartes tu sabiduría!

El regreso fue como una meditación sobre ruedas. Su breve excursión de tres días lo había sacado en parte de su encapsulamiento en el pasado. ¿Cómo podía vivir volcado en acontecimientos de su historia personal que ya no tenían remedio mientras personas jóvenes y llenas de vida se la jugaban para perforar el muro del egoísmo? ¿Cómo era posible que una Europa de milenaria cultura cristiana levantara nuevos y crueles muros de la vergüenza? ¿Y qué falsa imagen del progreso y el bienestar exportan nuestros medios a la paupérrima África para crear en los inmigrantes tan falsas expectativas? Dichosa tele. Por otra parte, este consumismo que nos invade, los falsos ídolos que promete la publicidad junto a la escasez de la crisis también en España arman las conciencias para el enriquecimiento fácil del narcotráfico. ¿Podíamos creer hace pocos años que la policía fronteriza y la Guardia Civil se iban a encontrar a veces hasta indefensas?

Encendió la radio a ver si con música podía evadirse, cuando entró en onda un boletín informativo con noticias de nuevas pateras y barcos de rescate a la deriva que no encontraban puerto. Detrás estaba la pregunta de siempre, la que Macarena volvió a formularle ante las luces fantasmagóricas del mar de Algeciras: el mal, el dolor, la injusticia entre dos mundos, el de la opulencia y el del hambre, la de su inmovilidad de niño, la de la muerte de Silvia. ¿Por qué?

Cuando llegó a La Veleta, se dejó caer como un fardo sobre el sofá, y en los reflejos del faro recién encendido creyó sentir la mano cálida de Silvia que lo acariciaba al frente:

–Rodri, Rodri, ¿me comprendes ahora un poco más?

La noche tendió una túnica de estrellas sobre el mar y sintió que su bramido sordo le cantaba en melancólico portugués la nana de los navegantes:

Meu senhor dos navegantes

Venha me velê!

Meu senhor dos navegantes

Venha me velê!^[1].

[1] «Mi señor de los navegantes, ven a protegerme (valerme)» (Canción tradicional portuguesa).

La risa y el llanto

Al día siguiente madrugó, se hizo un café cargado y redactó durante la mañana los dos artículos. No hay cosa que le repugnara más que dejar cosas pendientes, pues desde joven había aprendido que el periodismo requiere inmediatez. Las imágenes vivas y escalofrantes pugnaban por salir de su mente, y las ideas, maduras el día anterior durante la conversación con Maca, volaban en el teclado del *laptop*.

Arrancó de una descripción de los pobres de Benito Pérez Galdós en sus novelas madrileñas –había estudiado a fondo en su juventud *Misericordia* y *Fortunata y Jacinta*–, para analizar luego la transformación de los pobres del siglo XIX a los nuevos pobres del siglo XXI –un rechazo que ha dado lugar a un neologismo, «aporofobia», odio al pobre– y desembocar en el «Holocausto del Mediterráneo». Así tituló su primer artículo, donde nadie quedaba con cabeza, comenzando por las grandes potencias y la Unión Europea, y terminando por los últimos Gobiernos, los partidos políticos y la falta de previsión de futuro. El segundo, titulado «El muro de la ignominia», iba más allá: la necesidad de crear un nuevo orden internacional para salvar el futuro de la humanidad, que debería basarse en una ecología de las conciencias, el cuidado del «animal vulnerable», el ser humano como prioridad, y la inversión multinacional más inteligente, incluso desde un punto de vista egoísta, contra la concepción miope y cerrada del mundo actual. «Para ello se requiere –escribía Rodrigo–, un cambio transpersonal y transversal, una revolución previa de los espíritus, un nuevo concepto solidario de la “aldea global”. El peor cáncer colectivo de nuestro mundo es el odio».

A media mañana tenía Fernando las dos piezas en la redacción: «Muy bien, monstruo, gracias. ¡Ya verás mañana cómo nos reproducen! ¡Sabía que no me ibas a fallar, tronco!» –decía en el *e-mail* de respuesta–. Y, magia de la endemoniada tecnología, ya estaba colgado el primero, ilustrado con una foto del autor y recientes instantáneas de las vallas y desembarcos de las últimas trágicas pateras. Entre ellas, un cadáver de bruces en la playa.

Se estaba duchando, para desintoxicarse de la paliza periodística, cuando sonó la voz de Milagros:

–Don Rodrigo, ¿ha vuelto usted?

–Sí, estoy aquí arriba, Mila. Ahora bajo.

–¡Dios mío, hoy se ha levantado como las gallinas, qué temprano! ¿Sabe usted? Lo he echado de menos. ¿Ha terminado el trabajo?

–Y dale, me sigues llamando de usted.

–Es que usted me impone, *zeñorito*. En el pueblo dicen que lo han visto salir varias veces en la tele. ¿Es verdad?

–Sí, alguna vez, pero no mucho. Ocasionalmente, para alguna entrevista. No me mola la caja tonta, ¿sabes? La gente te habla de la corbata que llevas y no de lo que dices.

–Mire, el cartero me ha dicho que le entregue esto –le tendió una carta–. ¿Ha desayunado ya?

–No, solo he tomado un café.

–¿Le preparo otro con leche y tostadas? ¿Las quiere con aceite o con *manteca colorá*? ¿Y un zumito?

–Vale, Milagros, como quieras, da igual, muchas gracias, eres un sol. ¿Has descansado estos días?

–¡Qué va! Me he aburrido en el pueblo como una tonta. La verdad, no crea, me entretiene subir aquí por las mañanas. ¿Qué le pongo de comer hoy, carne o pescado?

–Lo que decidas tú estará bien. Eres una cocinera estupenda.

–¿Le apetece una berza? Hoy hace fresquito, es un buen día para un plato de cuchara, ¿no cree?

–Uf, Milagros, qué maravilla, hace siglos que no como berza.

Ese cocido gaditano, auténtica bomba, compuesto a base de garbanzos, judías blancas, habas o guisantes, y todos sus «avíos», carne de cerdo y sus derivados (morcilla, chorizo, jamón o papada), que le otorgan parte de su peculiar sabor y consistencia, y que contiene también verduras, como calabaza, coles, cardos, tagarninas y acelgas, con diversas variantes según los pueblos de la provincia, le traía un sabor a infancia con sopor de siesta sudorosa y aleteo de abanicos de la abuela y la tía espantando moscas, o la «Siesta de Puerta de Tierra» de José María Pemán:

*¡Quita el dulce de membrillo,
niña, del aparadó!
Mareo de mecedora
y bata blanca, y gomosos
pelos negros en bandós.*

... ..

*En la tarlatana lila
de los visillos, las moscas
toman su baño de sol.*

–Uy, esto requiere *conversación* –decían ellas al ahondar en el caldo caliente entre dulzón y salado, invento al parecer de hambrientos gitanos de la campiña de Jerez.

–Vale, Milagros. Aunque hay que prepararse para tamaña comida, y reservar luego una buena siesta, «de pijama y orinal».

–Usted prepárese *pa* lo que quiera, que va a relamerse los dedos, que ya ha *trabajao*

bastante. Ea, ahora a *descansá*...

La tinta violeta y la letra del sobre que acababa de entregarle Milagros eran inconfundibles: Beatriz, su «ex», había adivinado finalmente su paradero. No le extrañó porque imaginaba que Bea andaba en su busca los últimos meses.

Madrid, años sesenta. Rodrigo desembarcaba proveniente del internado de Villafranca en medio de un otoño dorado e inquietante. Mientras nacía Brasilia, el símbolo de la ciudad del porvenir, un muro dividía a otra ciudad, Berlín, y diecisiete países africanos obtenían la independencia nada más empezar la década.

Al año siguiente Gagarin iba a tomar conciencia de ser el primer ser humano en dejar huella en los espacios siderales en una cápsula espacial llamada Sputnik. Más abajo, los hombres, como siempre, seguían sin entenderse. Argelia, con la moderna guerra de guerrillas, inventaba un sistema de minar los poderes establecidos, lo que más tarde se convertiría en un cáncer internacional: el terrorismo.

En el 62 la «crisis de los misiles» desenmascaró la auténtica filosofía de la carrera armamentista, mientras Fidel Castro se apuntaba su primer éxito en la Bahía de Cochinos; y al tiempo que los ideales de John F. Kennedy sufrían los primeros golpes, Estados Unidos y el mundo lloraban la muerte de una estrella, Marilyn Monroe, aquejada de una enfermedad cada día más frecuente en la opulencia de las grandes ciudades: la soledad. Era la crisis interna de valores que también segó la vida, con un disparo, en Dallas, del trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos a manos de un asesino casi fantasma, porque detrás se ocultaba una mano más poderosa: la propia corrupción del sistema. Nada podría ya ser lo mismo después de la muerte de Kennedy, como nada podría ser igual en la sensibilidad artística del futuro después de que surgieran en Liverpool cuatro jóvenes armados de guitarra, entonces desconocidos, que habrían de revolucionar el mundo de la canción, los Beatles.

Tales acontecimientos dieron paso a 1964, año con el que arrancaba la década de Krushev, lo que significaba en Rusia nada menos que el deshielo del estalinismo. Japón estrenaba su milagro económico, y el mundo entero se convertía en aldea global de la imagen gracias a la conexión por mundovisión. Pero la juventud no soportaba una sociedad así, soñaba con apearse de ese mundo demasiado complicado: primero fueron los *beat*, luego los *rockers*, y en pleno años sesenta, la invasión de los *hippies*. En la Tierra se acentuaban los contrastes entre el progreso y la angustia. La tecnología y el consumismo invadían los hogares del primer mundo, mientras que el hambre assolaba ya al tercer mundo. No hay sitio para los soñadores como Che Guevara y Luther King. Lo hay, en cambio, para continuos golpes de Estado en África y América Latina, para guerras relámpago como la de «los seis días», para los bombardeos norteamericanos en las zonas desmilitarizadas de Hanoi (Vietnam); para una desenfrenada carrera espacial; o para que los seiscientos mil soldados del Pacto de Varsovia hicieran estremecer la primavera de Praga...

Total, en París los estudiantes no pudieron más e invadieron también las calles, alzaron barricadas que se creían olvidadas desde los tiempos de la Comuna, llenaron las paredes de consignas a medio camino entre la provocación y el humor, hicieron estallar

el mes de mayo, zarandeando el aburrimiento de una humanidad cansada, y decretaron el derrumbe de la sociedad industrial: «La imaginación al poder», «Sed realistas, pedid lo imposible», «La revolución es el orgasmo de la historia», «Haz lo que te plazca» eran algunos de los eslóganes que decoraban las paredes de París y que reflejaban una conciencia sobrecargada en todo el mundo. Eran esos mismos jóvenes, al fin y al cabo, sobre los que cargaba la policía, con los que ensangrentó la plaza de las Tres Culturas de México, el 2 de octubre del mismo año, 1968.

En medio de aquellos conflictivos y apasionados sesenta, un joven pálido y algo cojo irrumpía en las calles de Madrid para estudiar periodismo. Todo un contraste: de los muros protectores de un internado silencioso de pueblo al tumulto de la gran ciudad, hervidero de sueños y libertades aún imposibles durante el franquismo. Algo tímido y desnortado, le costó insertarse entre estudiantes capitalinos, más desenvueltos, que iban a manifestaciones, estrenaban la revolución sexual y tanteaban la contestación política.

Al principio se centró en los estudios en la Escuela de Periodismo, cuando aún no existía facultad. Siempre le había gustado empuñar la pluma. Además, rellenaba los vacíos de fines de semana con cinefóruns, visitas a museos y, sobre todo, lecturas. Devoraba los poetas del 27, la novela rusa y francesa, el teatro de vanguardia. Hasta que hizo migas con Pablo, un cinéfilo que escribía crítica cinematográfica y compartía colegio mayor en la Universitaria. Delgado como un silbido, llevaba tirantes, gafas a lo Harold Lloyd y quería fundar una revista de cine.

—Nada como el cine americano, Rodrigo, convéncete. El cine es acción, vida, es *La diligencia*, *Sed de mal*, *La ventana indiscreta*, *Tiempos modernos*, *Casablanca*... El cine ha nacido para rodar al ferrocarril y al Séptimo de Caballería.

—Estás loco. Sí, de acuerdo, dominan la técnica, el *western*, la comedia frívola. Pero no pasan de ahí. Es exteriorizante. Me quedo con el europeo: el neorrealismo de Rossellini, la *nouvelle vague* de Truffaut, Godard, Rohmer. Quizás se salve Orson Welles con su plano-secuencia. Pero el cine europeo es más hondo, indaga más en el hombre, en su situación social.

Eran las dos tendencias que pugnaban entre sí en aquella época, por no hablar de los partidarios de la estética marxista de Lukács y su biblia en imágenes, *El acorazado Potemkin*. Iban juntos a los cines de sesión continua, donde se quedaban a ver dos o tres veces las mismas películas.

Pablo, que era de Valladolid, tenía una hermana en otro colegio mayor de chicas regentado por monjas. Una tarde perfecta de otoño, cuando el aire en Madrid respira una transparente claridad velazqueña y las terrazas prestan a la ciudad aspecto de gigantesca y reposada tertulia, Pablo le dijo:

—He quedado el sábado con mi hermana y su amiga Ana, cerca de la Plaza Mayor, junto a la Casa de la Panadería, para ir de mesones. ¿Te vienes?

Beatriz, con su pañuelo azul, su falda escocesa y su cabellera rubia, hirió sus pupilas como una secuencia de película, a medio camino entre Audrey Hepburn y Grace Kelly. Frágil, tronchó su cuello como una flor inédita y dejó al resto del mundo desenfocado, y a Rodrigo boquiabierto, extasiado, inmóvil, pisando nubes. Aquella muchacha encarnaba

el eterno femenino. En parte sintió como si su hermana Silvia hubiera vuelto a la vida, con un plus de encanto, el hecho de que precisamente no era su hermana, sino una mujer real de carne y hueso que le brindaba sonrisas y miradas incitantes. «Y en el alto cielo su fondo estrellado / Y en las multitudes el hombre que yo amo», daba la razón a Joan Báez.

Le costó salir de su ensimismamiento, pero la labia y desenvoltura de ella fueron rompiendo su timidez y distancia, y acabaron charlando de todo, mientras Pablo lo hacía con Ana, su compañera, una morena bajita y chistosa.

Desde aquel momento Madrid se transfiguró. Las farolas eran hitos de calles que desembocaban en ninguna parte y el tiempo dejaba de medirse por horas, minutos y segundos para transcurrir sin medida con sabor a eternidad. Descubrieron juntos umbrosos recodos de El Retiro, bancos donde compartir charlas interminables, lecturas, experiencias y, sobre todo, los primeros besos, que abrían puertas y ventanas al infinito como un *travelling* de Hitchcock.

Rodrigo se abrió por dentro como nunca en su vida, y volcó en ella las más duras y felices horas de infancia, de enfermedad, la historia de su hermana, su dolor más íntimo. Aquello fue un bálsamo y una conquista. «Gracias a la vida que me ha dado tanto / Me dio el corazón que agita su marco / Cuando miro el fruto del cerebro humano, / Cuando miro al bueno tan lejos del malo, / Cuando miro al fondo de tus ojos claros».

También en el plano sexual, en medio de una España censurada, con guateques reprimidos y un pecado impuesto por un nacionalcatolicismo omnipresente, tuvo que hacer camino. Si Dios existía, se asomaba a los ojos de ella.

Al terminar la carrera, decidieron vivir juntos. Alquilaron un pequeño apartamento en Argüelles y emprendieron la búsqueda de trabajo, con el consiguiente escándalo de la familia, sobre todo de la de Bea, cuyo padre era fiscal, franquista y muy conservador. Por entonces los padres de Rodrigo ya vivían separados; la abuela Cristina y la tía Luisa habían fallecido, y sus hermanos Jorge e Isabel seguían internos sus estudios de bachillerato. De modo que Beatriz era toda su familia, su universo, el sentido y la fuerza para rozar con la punta de los dedos una felicidad posible.

Rodrigo se levantó de la butaca sin haber abierto la carta. Dio unos pasos y se acodó en la baranda de la terraza. El mar tenía ese color cárdeno de los días fríos y soplaba un poniente algo violento que jugaba con la arena y mantenía a las gaviotas al abrigo del viento. Como antaño le preguntó al mar, convencido de que lo hacía al vacío o a la nada:

—¿Por qué, por qué se acaba el amor?

Y la orfandad del alma repicó en su interior como después de la muerte de Silvia: nos arrojan solos a este mundo, mendigamos caricias, arropo, seguridad, y el viento se lo lleva todo hasta regresar al barro del que estamos formados. Se preguntó qué sintió entonces, cuando el terrible accidente le arrebató el cariño de su hermana. Y corrió a por su cuaderno. Pasó con ansiedad las páginas detrás de alguna respuesta y encontró este párrafo:

Silvia querida, ¿dónde estás? ¿Por qué te has ido y me has dejado solo? Tú eras mi

vida, mis piernas, mi compañera de juegos, mi velero en el que navegábamos juntos hacia bonitos puertos. Me has dejado solo con el mar. ¿Por qué? Hoy me ha visitado el párroco, don Abundio, y me ha dicho que lo que ha ocurrido es la voluntad de Dios, que tenemos que aceptarlo, pues es un misterio. ¿Este dolor de mis piernas, esta inmovilidad es también la voluntad de Dios? Me he sentido enfadado con Él, sobre todo porque me ha quitado lo que más quería: tú. Venga, contéstame algo, por favor, hermana mía, ven conmigo un ratito a enjugar mis lágrimas. ¿Jugamos a los barcos?

Las siguientes líneas, borrosas por el llanto, apenas se podían leer. Pero debajo había un dibujo. El pequeño Rodrigo había pintado con sus lápices de colores un barco de vela sobre un mar ondulado, y en cubierta a él mismo de la mano de Silvia bajo un sol sonriente. De la boca de su hermana salía un bocadillo con la siguiente inscripción: «No tengas miedo, Rodri, si no me ves; mira al mar y sabrás que sigo contigo».

Luego retornó al tresillo, se sentó y abrió el sobre lentamente con un abrecartas en forma de daga moruna que estaba desde siempre en un cajetín del *bureau* de su padre.

Querido Rodrigo:

Estoy en Valladolid, en casa de mi madre, pues, como supongo sabes, anda muy delicada. El otro día telefoneé a Fernando y me contó que estás viviendo en La Veleta. Debí suponerlo, porque en el fondo nunca te has ido de allí y ya sabes que te comprendo.

Mi vida ha dado un giro feroz estos últimos años. Rafael y yo acabamos dejándolo después de muchos forcejeos y un infierno prolongado por los hijos. No queríamos hacerles daño. Además, a diferencia de nuestra separación, tan fácil, en este caso el papeleo del matrimonio ha dificultado el divorcio por el cochino dinero y la separación de bienes.

Ahora, Rodrigo, ¡cómo te recuerdo! Tú sabes muy bien que a nadie he amado de verdad como a ti y que juntos disfrutamos de un sueño, un cielo en la tierra. ¡Qué idiota e inconsciente fui! Ahora, Rodrigo, reconozco mis errores. Sobre todo aquellos años de doble vida con Rafa, que tanto daño te hicieron, y cómo fui dejándote solo. ¿Por qué? No lo sé. El mundo entonces se me había quedado pequeño y necesitaba otra vez sentirme viva, joven, guapa, capaz de enamorarme y enamorar de nuevo. Tú estabas cada vez más inmerso en el periódico y tus libros, y mi trabajo de secretaria no daba para más. Lo de siempre, la secretaria y el jefe, el topicazo.

No intento inmiscuirme en tu vida, ni con esta carta turbarte o volver a llamar a tu puerta. Sé por amigos comunes que a ti se te ha caído el amor como una porcelana hecha añicos y vives aislado en tu soledad y recuerdos. Nada pido. Pero me gustaría al menos volver a verte de nuevo alguna vez, aunque sea para recordar viejos tiempos. Quizás es mucho pedir. Al saberte allí, me vienen a la memoria los días que pasamos juntos frente a tu querido mar y una frase que me dijiste entonces, creo que de un poeta: «El mar, la mar y no pensar en nada». Solo eso pretendo.

Gracias por leer esta carta. Todo lo mejor. Un fuerte abrazo.

Beatriz.

De la cocina subían vapores sustanciosamente espesos de la berza y una vela solitaria surcaba el horizonte de lejos como un canto a la vida. Se levantó y se dirigió a la estantería, donde buscó entre los viejos vinilos. Todavía funcionaba el ancestral *Pick-Up*:

*Gracias a la vida que me ha dado tanto
Me ha dado la risa y me ha dado el llanto
Así yo distingo dicha de quebranto,
Los dos materiales que forman mi canto,
Y el canto de ustedes que es mi mismo canto,
Y el canto de todos que es mi propio canto
Gracias a la vida que me ha dado tanto.*

En la puerta apareció Milagros con el plato humeante.

—¡Ay, don Rodrigo, qué bien que ha puesto música! No se lo había dicho hasta ahora, pero la verdad es que esta casa me recordaba más al «Patio de las Malvas» que a un chulé de veraneo. Venga, aliméntese usted, que esto resucita a un muerto. Como decía al cura aquel enfermo grave del cuento que ya no quería la extremaunción:

—¡Ay, don *Manué*, mi *arma*, sabe usted, es que *encomiedo* me pongo *güeno*!

Rodrigo se echó a reír como hacía tiempo no había hecho, mientras Milagros le escanciaba un vaso de oro blanco chiclanero.

En ese penal de El Puerto

A partir de aquel día Rodrigo dejó abierto el teléfono móvil a la espera del ansiado mensaje de Vicente, el guardiacivil de Algeciras, con alguna noticia. Eso suponía soportar las alertas del *smartphone* con el consiguiente bombardeo de publicidad e inoportunos chateos y chorradas, cursilerías y chistes malos del *WhatsApp* que profanaban el silencio de su amado retiro. Finalmente llegó el mensaje:

«Sebastián Rodríguez está en la Unidad Penitenciaria n.º 2 de El Puerto de Santa María, a 12 kilómetros, en la carretera Jerez-Rota. Pregunte por el director, Augusto Ramírez, es amigo de mi familia. Está avisado. Importante: Lleve una caja de puros habanos. El recluso es un entusiasta del buen tabaco. ¡Suerte! Saludos. Ayer vi a Maca y le manda recuerdos. Vicente».

A la mañana siguiente Rodrigo enfilaba la carretera de Chiclana para, dejando a la izquierda la blanca silueta de San Fernando, desviarse hacia El Puerto, rumbo a uno de los complejos penitenciarios más grandes del continente. Iba un tanto nervioso ante la perspectiva de tener que entrevistarse con uno de los escasos supervivientes del grapo.

El autodenominado Grupo de Resistencia Antifascista Primero de Octubre surgió en la España de los años setenta, como «brazo armado del Partido Comunista reconstituido», y sería considerado banda terrorista tanto por la Unión Europea como por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Llegó a tener unos doscientos miembros, la mayoría jóvenes de no más de veinticinco años, algunos originarios de la provincia de Cádiz. Rodrigo recordaba a uno de ellos, hijo de la cocinera de unos parientes bien situados, una buena mujer sencilla que tuvo que ver cómo el muchacho se convertía en peligroso asesino. Acabó muriendo en la cárcel de una cardiopatía.

El antiguo y legendario Penal de El Puerto, cuyo edificio –un convento con portada gótica del XVI, erigido por los señores de la villa, los duques de Medinaceli–, puede verse aún a la entrada de la villa, junto a la carretera, y cobró fama durante la II República Española y la dictadura de Franco. Tras sus rejas sufrieron prisión, entre otros famosos, el político socialista Ramón Rubial y el Lute, un pintoresco ladrón de película.

Recordaba Rodrigo cómo en un viejo gramófono de manivela y discos de ebonita, de niño, oía hasta la saciedad la copla carcelera que lo rememora: «Mejor quisiera estar muerto / que preso *pa toa* mi vía / en este penal del Puerto, / Puerto de Santa María».

Nada que ver con las enormes instalaciones que se desplegaron ante sus ojos en medio de la nada.

Chirriaron los cerrojos electrónicos y, tras las advertencias del director Ramírez –«cuidado, es peligroso»–, fue conducido a una cabina de visitante.

Para aliviar la tensión de la espera, revisó algunos datos que había tomado de Internet. Por ejemplo, que los grapo siempre han sido presos peculiares que mantienen ejercicios físicos en prisión, dieta y lecturas para conservar vivo su espíritu maoísta. Todas estas rutinas, salvo excepciones por enfermedad o causa mayor, las practican a lo largo de los años de cárcel, que suelen ser muchos, ya que entre sus reglas también figura la de no acogerse a ningún tipo de beneficio penitenciario. Es decir, que cumplen las penas íntegras como una forma más de evidenciar que no reconocen la autoridad del Estado.

Ese rigor disciplinario seguía haciendo sospechar a la policía y la Guardia Civil de que, en cualquier momento, los grapo podrían reactivarse y formar un comando. «Ahora mismo no existen. Se siguen reuniendo, pero no hay comandos operativos. El problema es cómo puedan reaccionar en la situación económica que vivimos. A lo peor se vuelven a sentir necesarios» –leyó en unas declaraciones policiales Rodrigo–.

Cejijunto, pelo y barba canos sobre una cetrina tez gitana, Sebastián –*Sebas el Metralleta* era su nombre de guerra–, parecía una estatua, mantenía fija la mirada y una imponente firmeza en sus ademanes.

–Que conste que he aceptado verte porque me han dicho que eres hermano de la Silvia, y porque nunca me han asustado los jodidos periodistas.

Rodrigo le calculó unos sesenta y tantos años reales. Flaco y musculoso, aún muy derecho, parecía más joven.

–Tranquilo, no vengo como periodista. Estoy aquí como hermano de Silvia. Solo hace unos días que me he enterado de que la conociste en los tiempos de El Vertedero. ¿La recuerdas?

–¡Sí, claro que me acuerdo de ella, madre mía! Éramos unos críos entonces, cuando apareció tu hermanita, una niña bien, una señorita refinada y angelical en medio de aquellos cafres. Por entonces andábamos metidos en el jaleo de la droga como un juego, un juego peligroso para chavales que no teníamos de nada, con hambre y padres miserables, alcohólicos o en la cárcel. Así nos sentíamos vivos y trincábamos pasta. Yo aún carecía de ideas políticas. Era un pibe. Cuando llegó tu hermanita, al principio todos la mirábamos con desconfianza. ¿Qué hace esa señoritinga, amiga de los curas, en este lodazal? Pero la niña era un primor, si quieres, una virgencita en un estercolero. Y poco a poco nos fue entrando, se metió en el bolsillo a la mayoría. Era tan sencilla y espontánea que no tenía miedo, y eso le gustaba a la gente. Hasta se aprendió nuestra forma de hablar, palabras en caló, y en poco tiempo casi llegó a ser una más del grupo. No parecía querer salvarnos, no, sino como alegrarnos la vida. Era muy lista la condenada. Yo hice más migas con ella que otros, pues entonces empezaba a leer libros y me gustaba charlar un poco de todo con la moza. Me decía: «Sebas, tú tienes madera para estudiar. Si quieres, yo puedo ayudarte». Bah, pamplinas, me reía. Pero no quiero

enrollarme. De eso hace muchos años... Venga, desembucha, ¿por qué has venido?, ¿qué coño quieres saber?

Rodrigo contuvo su emoción. Escuchar de labios de un terrorista esa descripción de su querida Silvia era todo un mazazo, como asomarse a una ventana inédita. Tragó saliva.

–¿Sabes cómo murió?

–Claro. Fue terrible, menudo bombazo. Los chavales se echaron a llorar desconsolados. Se nos había metido en el corazón, y morir así, tan de repente, ¡qué trago! Algunos incluso pisaron la iglesia por primera vez para asistir al funeral. Yo no fui capaz, lo confieso, no podía.

Rodrigo le dio sucinta cuenta de las últimas revelaciones sobre las circunstancias del accidente. Sebas parecía sinceramente sorprendido.

–¿Qué me dices? No tenía ni idea. No sé nada, te lo juro. ¿Quién sería ese cabrón?

–Vamos, Sebas, acabas de reconocerlo, tú eras su amigo. Algo tienes que saber –apretó Rodrigo los puños con ansiedad.

–Una cosa te digo, por estas –se besó el pulgar–, yo no toqué a tu hermana. Para nosotros era como una santa. La mirábamos embobados, eso sí; bailamos alguna vez con ella junto a una hoguera en la playa, pero nada más. ¡Te lo juro por mi madre! Además, si alguno le hubiera puesto la mano encima, los demás lo habrían acribillado.

–Por favor, no te acuso de nada, pero ¿no se te ocurre alguien de la panda que la tratara más y pudiera haberla acompañado aquella noche?

Sebastián reflexionó un instante. Su barbudo perfil recibía una luz fantasmal de la ventana.

–¡Espera, sí, sí, ahora caigo, había uno que no le quitaba ojo! Ya recuerdo: Marianito, el que llamaban el Quisquilla porque era pequeño y muy *colorao*. Los vi muchas veces juntos. Un chavaleta muy tímido, algo retrasado, un poco tartaja, del que nos reíamos. Yo creo que a Silvia le daba pena y quería ayudarlo.

–¿Sabes qué ha sido de él?

–Ni idea. Cuando arrasaron El Vertedero, cada uno siguió su camino. Yo me metí en política, con gente que se reunía clandestinamente en Chiclana y en el barrio de Santa María en Cádiz. Estaba hasta los huevos de los fascistas y empecé a leer a Mao, convencido de que podíamos introducir el auténtico socialismo en España. ¡Qué ilusos!

–Una dura trayectoria la tuya. Pero a pesar de tantos años en prisión, pareces en forma –dijo Rodrigo para congraciárselo.

–¿En forma? Si supieras por lo que he pasado. En el 77 me torturaron durante casi un mes. Mira –se abrió la camisa–, llegaron a hacerlo con un soplete. Pero no delaté a nadie. Nunca, ni nunca lo haré. Aunque muchos ya la han *diñao*.

–Por lo que he leído, te acusaron de matar a un policía armado a sangre fría con una escopeta de cañones recortados. ¿Sigues sin admitirlo?

–¡Ya salió el jodido periodista! Te digo una cosa, burgués de mierda, me han puteado, sí, pero yo sigo siendo el mismo. Nadie ha conseguido cambiarme. Sigo pensando lo mismo que pensaba hace cuarenta años. ¿Sabes qué te digo? Incluso pienso

que ahora, con el capitalismo salvaje y el mundo en manos de banqueros y sucios políticos corruptos, la lucha es más necesaria que nunca. Si tuviera otra vez que echarme al monte, ¡que vengan a por mí, que yo otra vez me echo al monte!

La ira pugnaba por salir de sus ojos ensangrentados. Rodrigo prefirió no excitarlo más. Se limitó a decirle:

–Veo que tienes arrestos y eres consecuente con tus ideas. Ahora te pasarán una caja de habanos que te he traído como pequeño obsequio.

–¿Pretendes comprarme? Yo no estoy a la venta, maricón.

–No te pases, Sebas, es un detalle, nada más. Solo te pido que, si te acuerdas de algo o tienes noticia del paradero de ese tal Mariano, me avises. ¿Vale? ¿Qué edad tendría ahora?

–Era más joven que yo, un crío. Calculo que puede andar por los cincuenta o más, no sé. Preguntaré a algún colega. Por la memoria de Silvita. ¡Qué putada! –dijo volviéndose antes de retornar a su celda.

Rodrigo se quedó un instante pegado a su silla. No podía moverse. A la tensión de entrevistarse con un delincuente peligroso se le unía la impresión de descubrir nuevas facetas de su hermana. ¿Qué pretendía Silvia en El Vertedero? ¿Qué fue en realidad para ella: una huida de su familia y sus problemas, un jugar a redentora, un suicidio inconsciente?

Condujo como un autómatas de regreso. Le obsesionaba la imagen del pequeño hijo de la cocinera vestido de primera comunión –una chaqueta gris cruzada que le venía grande con un lazo blanco de comulgante al brazo– al lado de su madre en un chalé de lujo de la barriada gaditana de Bahía Blanca. Juzgamos a la ligera a los patibularios y pensamos: tienen su merecido. Pero ¿quiénes fueron de niños?, ¿dónde se coció su rencor, quiénes alimentamos su odio a la sociedad? Hay criminólogos que lo atribuyen a la genética pero, en el caso de los delincuentes políticos, deberíamos buscar causas en la pobreza y la injusticia. Lo más sorprendente, en el caso de España, es que, cuando cambiaron las circunstancias con el advenimiento de la democracia, muchos etarras y grapos siguieron matando, quizás porque matar se había convertido en una forma de vida. ¡Qué fácil es lavarnos las manos y dividir el mundo en buenos y malos!

Rodrigo tenía que aceptar que él pertenecía al saco de los «buenos», los bien situados. ¿Qué hubiera sido él de haber nacido en el otro lado? Se lo recordó el que eran ya las dos de la tarde, cerca de San Fernando, e hizo un alto en la Venta de Vargas. Su padre los había llevado allí con frecuencia a paladear las tortillitas de camarones, los lenguados del estero y los guisos gaditanos. La Venta, que data de los años veinte, es más que Camarón de la Isla, que dicen que nunca cantaba por dinero, sino cuando le venía en gana. Juan Vargas guardaba un dibujo de un toro, que con el tiempo le dijeron que aquello valía una fortuna porque era un *picasso*, y en su patio alicatado se habían sentado desde todos los borbones al torero Antonio Ordoñez, que conocía a Hemingway y Orson Welles, pintores, políticos, poetas.

De la memoria de Rodrigo no se podía borrar el día que lo llevaron escayolado de cintura para abajo en un carrito tumbado de cuerpo entero. Reían y comían sin parar en

ese ambiente festivo regado de vino fino y olorosa fritura de pescado con pipirrana. A él los salmonetes y puntillitas le sabían, como casi todo, al dolor de su pierna, y solo tenía un deseo, regresar al silencio. Únicamente Silvia estaba pendiente del enfermo. «¿Te pica, te duele? Voy a pedir que te traigan tocino de cielo, ya verás que bueno está»; y el rasgueo de guitarra y el quejido del cantaor entre interminables chistes que llenaban el recinto de carcajadas, y el tiempo que no existe para el andaluz embriagado de juerga.

No se sentó. Pidió un trago y unas tapas en la barra. Comer más aquel día se le habría atragantado. Recordó que en el Penal de El Puerto en los años cuarenta los reclusos se morían de hambre. No había otro menú que berzas forrajeras: nabos podridos cocidos con agua, coles, vainas de habas. Hambre, enfermedades, hacinamiento y torturas castigaron a cientos de hombres hasta bien entrada la transición. Muchos de ellos murieron por enfermedades relacionadas con la desnutrición y el mal estado de los alimentos, más de seiscientos muertos se contabilizaron en aquel penal, unos tres al día, de caquexia, síndrome carencial, tuberculosis, tifus, úlceras... Cuentan cómo tenían que dormir de canto porque, si no, no cabían, y que se pasaban un recipiente para hacer sus necesidades. Aparte estaban los que fusilaban, torturaban. Eran los tiempos de la represión política.

Ahora las circunstancias e instalaciones habían cambiado. Pero el contraste de Sebas y Silvia había sido un aldabonazo en su conciencia. ¿Qué pensaría ahora su hermana del convicto?

Un disco flamenco le trajo a la memoria unas seguiriyas de Camarón:

*Ay, ay calabosito oscuro
donde estoy preso
calabosito oscuro
donde estoy preso.*

*Yo estoy viviendo
yo estoy viviendo
con la esperanza perdía
de cumplir mi arresto.
Calabosito oscuro
donde estoy preso.*

Cuando declina el día

Detrás del cristal de la UVI, con la mascarilla de oxígeno, camino de otro planeta, mezcla de buceador y astronauta, se estremecía en un vano intento de respiración entrecortada, los ojos muy abiertos, como si quisiera no desperdiciar los últimos resplandores que le proporcionaba la vida.

«Ven, Rodri, que papá se muere» había sido el helador mensaje de Isabel, su hermana, que lo despertó de madrugada pocos días después de regresar de El Puerto. «Su corazón no aguanta más, corre. Jorge ya ha cogido el puente aéreo de Barcelona y llegará enseguida. Te esperamos».

Atrapó el primer vuelo en el aeropuerto de Jerez y se presentó en Madrid, donde llegó zombi, desvelado a base de tragos de café y recuerdos golpeando sus sienes. Durante el vuelo la vida de su padre recorrió su mente como un pase precipitado de diapositivas. En los últimos años la comunicación entre ellos había sido muy escasa. Quizás los únicos aunque necesarios vínculos habían sido el ingreso bancario que hacía mensualmente a la familia y las veladas noticias de su vida que llegaban por referencias.

En Madrid siguió triunfando profesionalmente gracias a un panorámico estudio de arquitectura que instaló en un ático de la Castellana, con el que superó la crisis económica, apuntalado como siempre en sus excelentes relaciones, labradas durante muchos años con el mundo empresarial y la clase política. En lo afectivo había tratado de tapar agujeros con dos mujeres: Elena, su secretaria, y luego, cuando esta se hartó, una diseñadora de moda que conoció en París, una tal Jacqueline, que le duró cuatro años. Rodrigo solo lo había visto desde entonces un par de veces: en la boda de Isabel y en el funeral de la abuela, ocasiones que se resolvieron poco más que con monosílabos, cual dos extraños que se acabaran de conocer.

Rodrigo, aunque carecía de toda responsabilidad en la huida de su padre, en el fondo de su subconsciente seguía de una u otra manera sintiéndose culpable, como si su enfermedad hubiera sido el fulminante de la separación y la ulterior estampida. Quizás por eso ante la imagen del padre moribundo volvió a sentir punzadas de dolor en su pierna. ¿Eran en la pierna o en el alma?

—¡Entra ahora si quieres, Rodri! Solo puede estar uno —le dijo empujándolo con suavidad Isabel—. ¡Vamos, antes de que pierda la conciencia! Yo ya le he dado un beso.

Se confundió la mascarilla y la bata verde y atravesó el clínico frío del recinto hasta el lecho de su padre, con un indisimulado temblor de manos. Al verlo, el enfermo hizo ademán de que le quitaran el oxígeno. La enfermera lo obedeció y él levantó la mano. Entonces Rodrigo se la estrechó con fuerza y su padre balbució:

–¡Hijo mío!

–Papá, ¿cómo te encuentras?

–Mal, muy mal, me voy, Rodrigo –dijo con un hilo de voz y media sonrisa beatífica, que le recordó la expresión inocente con que le traía un juguete de sus viajes al extranjero.

–No te preocupes, papá, vas a ponerte bueno, ya verás.

Pugnaban sus ojos por mantenerse abiertos. Negó con la cabeza, y con voz pastosa y entrecortada musitó:

–Me voy. Ven, quiero decirte algo...

El hijo acercó el oído a sus labios.

–¡Perdóname, hijo mío! He sido un cobarde. Ahora me voy, me voy con Silvia. Dame un beso.

Rodrigo le apretó la mano, que sintió flácida, derrotada. En ese instante había perdido el conocimiento. No obstante, lo besó en la frente, un témpano, un pedazo de nada que ya no era él. La enfermera revisó sus parámetros y volvió a enchufarle el oxígeno mientras se apresuraba a avisar al médico de guardia. Este dictaminó:

–¡Vamos, señor, tiene que marcharse! Ha entrado en coma. Voy a intentar reanimarlo.

Si el corazón de su padre se estaba apagando, el de Rodrigo latía galopante, desbocado en busca de aire, de horizonte. Al salir, casi no podía respirar. Con los ojos cerrados vio el mar, una descomunal ola de mar que lo anegaba. Se abrazó llorando a Isabel sin pronunciar palabra. A los pocos minutos se presentó Jorge, su hermano y, al estrecharse los tres, sintió cómo los pedazos del puzle familiar se ajustaban recomponiéndose en una antigua imagen entre sollozos. Estaban en la playa con sus padres lanzándose un enorme balón de gajos de colores junto a Silvia, que reía en bañador blanco corriendo hacia el mar, envueltos todos en la magia de una puesta de sol, uno de esos crepúsculos que solo se dan en La Veleta.

–¿Lo sabe mamá? –preguntó Jorge.

–No, no se lo he dicho. ¿Para qué? Ya se enterará. En la residencia está a gusto. ¿Para qué removerla con la angustia de tiempos pasados? –respondió Isabel.

–Pero habrá que decirle algo. Al menos por si quiere asistir al funeral, digo yo –sugirió Rodrigo.

–¿De qué hablas? ¡Aún no se ha muerto! –arguyó su hermana.

–Isabel, el médico acaba de decirnos que está agonizando y que lo van desentubar para que descanse en paz. Además, hace años que papá no practica; es absurdo montar ahora un funeral, ¿no os parece? –replicó Jorge.

–Bueno, no sé, no nos precipitemos –apuntó Rodrigo–. Vamos a serenarnos un poco. En todo caso, hay que pensar en sus amigos y en nosotros mismos. La gente necesita

cerrar los ciclos. No deja de ser una despedida, un consuelo, un punto final. Además, ¡hemos asistido tantas veces todos juntos a misa! Sobre todo, si decidimos que venga mamá.

El último suspiro no tardó en llegar. Gracias a los calmantes y retirado, con consentimiento de los hijos, todo auxilio terapéutico extraordinario, se extinguió como una pavesa, dulcemente. Lo hizo una vez trasladado a la habitación del hospital y después de, por insistencia de Isabel, recibir la unción de los enfermos. Al morir, se enrolló sobre sí mismo adquiriendo una posición fetal. «Como si volviera a nacer», pensó Rodrigo, que sintió una extraña paz al percibir que descansaba. Por una parte, sus facciones perdieron tensión, y dejaron atrás todo dolor y angustia; por otra, también perdió toda expresión, como si el hálito vital, su espíritu, hubiera volado de su cuerpo quién sabe dónde. Recordó unos versos poco conocidos de un poeta del siglo XIX. ¿Cómo se llamaba? ¿Gutiérrez Nájera? Decían:

*Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.*

*No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.*

*Morir cuando la luz, triste, retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.*

Cenaron juntos, aunque hablaron poco. Isabel contó algo de su marido, Raúl, ingeniero informático, que se encontraba en viaje de negocios en Londres; de los estudios de sus cuatro hijos, los problemas de la juventud de hoy, lo poco que habían disfrutado de sus abuelos. Jorge, arquitecto como su padre, se defendía en Barcelona y andaba en trámites de separación de Lucía, su mujer, aunque abrigaba esperanzas de poder arreglarlo.

–¿Y tú, Rodri? ¿Cómo te va? ¿Qué haces allí perdido en La Veleta? –preguntó Isabel.

–Descansar, respirar aire limpio, recordar...

–He leído tus artículos sobre inmigración y los comentarios de los lectores. Hay de todo. La mayoría buenos. Otros, que estás en la luna, que abrir las puertas a esa gente es una locura, un peligro para la sociedad del bienestar... –terció Jorge.

–En la luna están los que piensan que el norte pueda prescindir del sur en el futuro. Es cuestión de supervivencia, hermanos. Pero no es lo más importante que he descubierto allí abajo.

–¿El qué?

–Algo sobre Silvia. Pero hoy no voy a hablar de ello. Ya tenemos bastantes impresiones de momento. Os lo contaré más adelante.

Decidieron marcharse a descansar y reunirse al día siguiente en casa de Isabel para disponer de común acuerdo sobre las gestiones de la incineración y la fecha y el lugar del funeral. Rodrigo cogió el metro hacia el piso que conservaba en Madrid, ubicado en Chamberí, en la pacífica calle de Españaoleto.

La llave sonó con ese clic inquietante con que se abren las casas vacías, y las viejas contraventanas, uno de los escasos recuerdos que quedaban en el viejo piso de antes de rehabilitarlo, al abrirse dejaron pasar la luz de la calle suavemente filtrada por los visillos, para derramarse en las siluetas en los muebles de estilo inglés. Todo seguía en su sitio, limpio y ordenado por la asistenta. El reloj de cuco, un regalo muy valorado de Beatriz, dio las seis puntualmente. Se tumbó en el sofá y recorrió la mirada por su querida biblioteca. Instintivamente buscó los anaqueles donde conservaba los libros que habían marcado una época, la de su ruptura con Bea. Entonces había intentado huir de la depresión con lecturas de esoterismo, espiritualidad oriental, incluso teología. Los devoraba para aliviar la angustia, para ocupar la mente: *El Tao*, *La Nube del no saber*, el *Bhagavad-gītā*, obras de Blay Foncuberta, Anthony de Mello, budismo-zen, incluso místicos cristianos como Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Sus ojos se posaron en *La muerte, un amanecer*, de Elisabeth Kübler-Ross, la doctora que ayudó a morir a miles de personas, sobre todo a niños, con amor incondicional. En su libro defiende que, independientemente de las creencias de cada uno, «la muerte es solo un paso más hacia la forma de vida en otra frecuencia», y que «el instante de la muerte es una experiencia única, bella, liberadora, que se vive sin temor y sin angustia».

Rodrigo recordó hasta qué punto lo consoló leer entonces aquellas afirmaciones. Se levantó y abrió el libro para hojearlo de nuevo: «En el momento de la muerte hay tres etapas. Con el lenguaje que utilizo en el caso de los niños moribundos de muy corta edad digo que la muerte física del hombre es idéntica al abandono del capullo de seda por la mariposa. La observación que hacemos es que el capullo de seda y su larva pueden compararse con el cuerpo humano. Un cuerpo humano transitorio. De todos modos, no son idénticos a vosotros. Son, digámoslo así, como una casa ocupada de modo provisional. Morir significa, simplemente, mudarse a una casa más bella, hablando simbólicamente, se sobrentiende».

«Desde el momento en que el capullo de seda se deteriora –prosigue la autora– irreversiblemente, ya sea como consecuencia de un suicidio, de homicidio, infarto o enfermedades crónicas (no importa la forma), va a liberar a la mariposa, es decir, a vuestra alma».

Luego defiende la tesis de que, al abandonar el cuerpo, el alma tendría capacidad de ver el entorno desde una nueva percepción fuera del tiempo, como desde arriba y con todo detalle, para cruzar a una tercera etapa de encuentro con la luz: «Después, cuando habéis realizado este pasaje, una luz brilla al final. Y esa luz es más blanca, es de una claridad absoluta, y a medida que os aproximáis a esta luz, os sentís llenos del amor más

grande, indescriptible e incondicional que os podáis imaginar. No hay palabras para describirlo».

En su opinión, cuando alguien tiene una experiencia en el umbral de la muerte, puede mirar esta luz solo muy brevemente. Es necesario que vuelva rápidamente a la tierra; pero cuando uno muere definitivamente, este contacto entre el capullo de seda y la mariposa podría compararse al cordón umbilical («cordón de plata») que se rompe. «Después ya no es posible volver al cuerpo terrestre, pero de cualquier manera, cuando se ha visto la luz, ya no se quiere volver. Frente a esta luz os dais cuenta por primera vez de lo que el hombre hubiera podido ser. Vivís la comprensión sin juicio, vivís un amor incondicional, indescriptible».

Aquellas y otras lecturas le enseñaron entonces que había un camino para el desarrollo espiritual; que no era necesario dirigirse a un guía, ni marcharse a la India, ni siquiera hacer un curso de meditación. Era suficiente con aprender a entrar en contacto con el yo interior, con el ser profundo, y desembarazarse de cualquier miedo. Para liberarse, Kübler-Ross piensa que basta con saber que la muerte no existe.

Se podría creer o no esta tesis de una eminente doctora con miles de experiencias en el tema. Se podrá pensar que se trata de una proyección de nuestros deseos. Pero Rodrigo aquella mañana con la muerte de su padre había tenido una curiosa experiencia que coincidía de alguna manera con lo leído. Ella dice que, al morir sus pacientes, sus sentimientos cambiaban: «Cuando los miraba en su lecho de muerte, tenía la impresión de que se habían quitado el abrigo de invierno, como cuando llega la primavera, ya que no les hacía falta nada más. Tenía la certeza increíble de que esos cuerpos no eran más que unas envolturas y de que mis queridos enfermos ya no estaban en la cama».

Rodrigo no tenía tanta fe como para sentir la certeza de que su padre estaba con Dios, pero sí había llegado a un convencimiento: que su cuerpo muerto se parecía a un muñeco de cartón o de plástico, y que su hálito vital había volado a otra parte. Si en la naturaleza nada se pierde, todo se transforma, lo mejor de ella, el espíritu, ¿cómo iba a desaparecer?

En el pasado, con la herida de la muerte del amor, de la marcha de Beatriz, aquellas lecturas fueron un consuelo y un recuperar la presencia de Silvia, reflejada en el dibujo de un velero de su cuaderno de adolescente con aquella respuesta de su hermana: «No tengas miedo, Rodri, si no me ves; mira al mar y sabrás que estoy contigo». Cerró los ojos e intentó relajarse como cuando meditaba y asistir al reencuentro de su hermana y su padre en la otra dimensión. Pero las lágrimas fueron más poderosas y anegaron sus ojos.

Aparecieron puntualmente las esquelas en el *Abc* y *El País* anunciando el funeral en la iglesia del Sagrado Corazón y San Francisco de Borja, los jesuitas de la calle Serrano. Los tres hermanos fueron previamente a visitar a su madre a la residencia. Ella se extrañó al ver a los tres juntos y preguntó sorprendida:

—¿Qué pasa?

Intentaron tranquilizarla con besos y comentarios sobre su vida y sus nietos. Para asombro de todos, la noticia no la turbó. Se limitó a decir con un leve temblor de labios:

–Ya lo sabéis: para mí hace mucho tiempo que vuestro padre estaba muerto.

Rodrigo le dio cuenta de su agonía y de sus últimas palabras.

–¿Te pidió perdón? Mejor así. A mí nunca lo hizo y tenía muchos más motivos. Que Dios lo perdone a él. Lo necesita –respiró hondo.

–Mamá, tienes que olvidar de una vez el pasado y perdonarlo tú también, te va a liberar –dijo Isabel acariciándole la cabeza.

Seguía erecta sobre la silla, como una cariátide soportando el peso de su vida, sin doblarse. Al final accedió al menos a asistir al funeral.

–Pídele al padre Contreras que lo celebre –se limitó a decir–; debe de ser mayor, pero me han dicho que está muy bien. Él nos casó. ¡Todo se acaba, hijos míos, todo! Acompañadme al comedor.

Parecía otra persona, débil y ajada, pero tiesa y orgullosa como siempre.

A la semana Rodrigo fue a comprarse un traje y una corbata negros. Temía al funeral como un nublado: los saludos protocolarios, las lagrimitas de rigor, el beso en la mejilla de las damas perfumadas. Se sentó con su madre, sus hermanos y otros familiares –tíos, primos y sobrinos– en las primeras filas del templo, deseoso de que la ceremonia acabara cuanto antes. Pero cuando, revestido de blanco –curiosamente no utilizó la prescrita casulla morada–, entró el padre Sebastián Contreras en el presbiterio, intuyó que no iba a pronunciar una tópica homilía de circunstancias. Alto y flaco, con el pelo blanco, tenía un aire a medio camino entre don Quijote y un patricio romano, con aspecto de encontrarse bien dentro de su pellejo.

«Cuentan que el pensador francés Léon Bloy –empezó diciendo– a la hora de la muerte estaba rodeado de otros escritores, poetas y filósofos católicos insignes discípulos suyos, de la categoría de Jacques Maritain y Paul Claudel, que lloraban angustiados por la pérdida de su maestro. De pronto Bloy, a pesar de estar moribundo, se incorporó en la cama y les dijo: “Mirad, yo me he pasado la vida buscando. De pronto tenía un resplandor y escribía un libro. Pero un muro se presentaba delante de mí. Tenía otra intuición sobre el sentido de la vida y escribía un poema. Pero el muro volvía a presentarse ante mí como la gran incógnita. Si ahora se va a caer ese muro y voy a poder ver el rostro de Dios, ¿por qué lloráis?”».

«La persona a la que hoy decimos adiós, gran amigo mío desde que era un estudiante universitario –continuó el jesuita–, me pidió que su funeral, más que un duelo, fuera una acción de gracias. ¿Por qué? Porque al final estaba convencido de que morir es encontrarse con el rostro deslumbrante de Dios. Es más, yo creo que para el que tiene fe no hay tanta diferencia entre las dos orillas del misterio de la vida. Más que un muro, como dice Bloy, lo que hay es un cristal traslúcido, o un espejo mal azogado, como escribe Pablo, o, si queréis, el otro lado de un mismo tapiz. Desde aquí solo vemos los cosidos aparentemente inconexos del reverso de la vida. Desde el otro lado disfrutaremos del tapiz cabalmente, completo, en todo su esplendor, cara a cara».

En ese momento una voz sonó al oído de Rodrigo.

–Córrete un poco, Rodri, déjame sentarme a tu lado.

Era Beatriz, enfundada en un semiescotado y elegante vestido negro. Él se estrechó

para que se sentara. Su perfume, la inesperada cercanía de su cuerpo, lo estremecieron.

Contreras dijo que primero había que dar gracias por la vida como creación y regalo continuado. Que hoy vivimos como en una especie de depresión colectiva difusa, que se transmite por los medios de comunicación a causa de una gran miopía espiritual. «Somos víctimas de la globalización de la estupidez, de una subcultura que se queda en la cáscara de todo. En cambio, se puede decir que, si miramos con profundidad, estamos sumergidos en un mar de Dios del cual formamos parte. Desde un vaso de agua a un crepúsculo, pasando por la maravillosa experiencia del amor, todo nos está hablando del otro lado, que no es otra cosa que este lado visto sin las limitaciones espacio-temporales».

Según el padre Contreras, el recién fallecido Rodrigo había sido con su presencia en este mundo una manifestación concreta de Dios, y citó una frase de Chesterton, el escritor inglés, que en su biografía de san Francisco de Asís dice: «Si san Francisco se parece a Dios, esto significa también que Dios se parece a san Francisco. Contemplemos, por tanto, a san Francisco, que está más cerca, y a Dios no lo ha visto nadie, porque de esta manera contemplamos a Dios».

Isabel volvió la cara para mirar asustada a su hermano Rodrigo como diciendo: ¿No se está pasando el cura?

Contreras aclaró su osada afirmación: «En cualquier ser humano, si sabemos mirar, podemos encontrar un reflejo de los rasgos del invisible e infinito Dios. En cualquier ser humano como parte del todo se oculta un niño, un regalo, una esperanza». A continuación se pronunció contrario a una teología medieval centrada en el dolor y la muerte, y añadió: «Siempre me ha llamado la atención cómo en nuestras calles se celebran más la pasión y el sufrimiento de Cristo que la Pascua de resurrección. Y, sin embargo, sin la resurrección “vana sería nuestra fe”. La llamada muerte es, como el nacimiento, parte de la vida. Lo que pasa es que nos educan para la vida y nos drogan para olvidar la muerte. Mucha de la gente que llora en estas ocasiones lo hace más que por la pérdida de un ser querido porque le recuerda que tiene que morir».

Beatriz deslizó la mano y se la apretó fuertemente.

«¿Y acaso no perdemos? Sí, perdemos una manifestación espacio-temporal, finita y contingente y, por tanto, limitada de la Vida con mayúscula. Toda la vida es una renuncia de nuestro yo pequeño, que tiene que convencerse de que su sentido es perderse del todo, es “venir a dar a la mar, que es el morir” de Jorge Manrique. El arte de bien vivir es saber que ya eras mar mientras eres río. Esta es la dimensión de la fe, que más que esperanza, si llegas a interiorizarla, puede llegar a ser visión».

Jorge tenía la cabeza entre las manos. Su madre, tensa, aguantaba las lágrimas.

El sacerdote prosiguió recordando que eucaristía significa literalmente acción de gracias, proclamar la muerte de Cristo y anunciar su resurrección. «Pues, como hemos leído en san Pablo, “ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor. En la vida y en la muerte somos del Señor”».

«Amigos, hermanos –subrayó el sacerdote–: Dios nos va conduciendo a todos como

la fruta en el árbol a nuestra madurez, que no es otra que despertar a lo que siempre fuimos: gotas perdidas en el agua del mar de Dios. Por eso, ante la muerte de Rodrigo vale la pena citar los versos del gran poeta de la muerte, José Luis Hidalgo:

*Me ha calentado el sol ya tantos años
que pienso que mi entraña está madura
y has de bajar, Señor, para arrancarme
con tus manos inmensas y desnudas.*

Gracias a Dios por Rodrigo, y gracias, Rodrigo, a ti por mostrarnos a Dios» – concluyó el padre Contreras su homilía–.

Al término de la misa se trasladaron al claustro para despedir el duelo, una cola de pésames musitados, un suceder de rostros serios, más o menos conocidos. La familia reconoció a algunos políticos, a compañeros de profesión de su padre, y abrazó a amigos de la juventud, como Pablo, el hermano de Bea, que había echado tripa y le presentó a su hijo de veinte años. También reconoció y agradeció el pésame de amigos y familiares llegados de Cádiz, entre ellos Antonio, su guasón compañero de colegio.

–Gracias, colega. ¡Qué detalle venir!

–Siempre hemos estado juntos en todo, *pissha*; lo siento en el alma, de veras. Dios lo tenga en su gloria. ¿Qué quieres que te diga? Es ley de vida. Me tienes para lo que quieras.

Agotado, cuando se disponía a salir corriendo, respirar aire puro y terminar con aquel trance, de pronto el padre Contreras se presentó ante él.

–¿Rodrigo?

–Sí, soy yo. Gracias, padre, por tan bella homilía, aunque debo confesarle que de cuanto ha dicho hay algo que me cuesta creer.

–¿El qué?

–Ver en mi padre la manifestación de Dios. Comprenda que es muy fuerte después de todo lo que hemos pasado.

–No te preocupes, lo comprendo. Quizás para entenderlo hay que saber atravesar las apariencias. Es normal. Pero ven conmigo a la sacristía, quiero darte algo.

Lo acompañó y allí, en la penumbra de cómodas y armarios oscuros y entre cuadros sagrados, se sacó del bolsillo de la chaqueta un sobre.

–Hijo. En los últimos meses hablé mucho con tu padre. Me ha dejado esta carta para ti y tus hermanos. Espero que os sirva de consuelo.

Luego lo abrazó y le dijo:

–Estad tranquilos. Tu padre murió en paz, como un buen cristiano.

Aturdido, Rodrigo exclamó:

–Muchas gracias por todo.

Y corrió a encontrarse con sus hermanos. En la puerta preguntó por Beatriz.

–No sé, creo que se ha marchado ya –respondió Isabel, que llevaba del brazo a su madre–. Vamos a llevar a mamá a la residencia. Está muy cansada. Bueno, finalmente todo ha concluido, menos mal.

–No, todo no –y, sin que lo oyera su madre, Rodrigo le dijo al oído–: ¡Papá ha dejado una carta!

En la calle Serrano los cláxones pugnaban entre las luces deslumbrantes de los coches por superar el atasco provocado enfrente de la iglesia. Un par de tanquetas y varios *jeeps* vigilaban enfrente el exterior de la embajada de los Estados Unidos, pues estaba anunciada una manifestación. Rodrigo prefirió caminar solo y perderse como un autómeta en la brumosa noche de la gran ciudad. La percibió más hueca, más vacía que nunca.

El río y el mar

Las luces de los faros claveteaban la noche de un licuescente desconcierto. Hacía fresco, pero la frente le quemaba asaeteada por el cúmulo de impresiones recibidas en poco tiempo: la rápida partida de su padre, sus últimas palabras, las impresiones del funeral, la extraña homilía, la inesperada cercanía de Beatriz y la sorpresa de la carta que, de momento, en lucha con la emoción y la curiosidad, ardía en su bolsillo. Quería serenarse antes de abrirla. Podía hacerlo, porque el sobre iba dirigido a él. ¿Cómo digerir de pronto tal cambio de imagen, los encontrados sentimientos, aquella nueva y sorprendente verdad?

Volvió a casa caminando para serenarse. La brisa le aliviaba la piel y el ladrillo en la lengua iba recobrando saliva. Aun así, sudaba cuando abrió la puerta de su piso. Sacó de la nevera una cerveza y se tumbó en el sofá con el sobre en las manos. Acarició con los dedos el nombre impreso en relieve de su padre –inconfundible el papel crema y la impresión en cursiva del membrete– y rasgó tembloroso la envoltura de aquella carta póstuma. Decía así:

Queridos hijos míos:

Esta mañana el médico me ha confesado la verdad: no me queda mucho más de un mes de vida. Para no turbaros, he preferido que no supierais de mi enfermedad. Hace un año aproximadamente que me diagnosticaron un cáncer de vesícula con metástasis que, aunque me costó mucho aceptarlo, al final ha sido en otro orden de cosas la puerta de un nuevo renacer. Metido en la vorágine del trabajo, hasta ese momento he vivido en una continua huida hacia delante en todos los aspectos, que no era otra que una huida de mí mismo. Para qué voy a contaros lo que ya sabéis y habéis sufrido en vuestra propia carne.

Hoy, a pesar de los fuertes dolores –ya sabéis mi rechazo a visitar al médico–, puedo deciros que disfruto de una gran paz interior. Este estado de ánimo me permite verlo todo con mayor claridad para poder escribiros esta carta desde una nueva perspectiva.

Me preguntaréis: papá, ¿por qué no nos ha reunido a todos para comunicarnos cara a cara todos estos cambios? Primero, porque ya os he hecho sufrir lo suficiente

como para agregaros el dolor añadido de mi enfermedad. Segundo, porque sencillamente no tengo fuerzas para ello. Además, hace un par de años intenté un acercamiento a vuestra madre y me encontré con una pared maestra.

Aparte de participaros de mi crisis, mi enfermedad y la nueva visión de las cosas de la que disfruto, esta carta es sobre todo para pedir os perdón y explicar os acontecimientos que han marcado vuestra infancia y juventud. Supongo que, como yo, recordaréis los primeros años de vuestra vida como dentro de una burbuja de felicidad. Sin duda, nimbados por la alegría que unía a nuestra familia, sobre todo en las largas temporadas que vivíamos en La Veleta. Y desde luego, gracias al hada madrina de aquella magia, nuestra querida y llorada Silvia.

Pero antes vino la enfermedad de Rodrigo. Yo confieso ahora que no estaba preparado para el dolor. Era un inmaduro, un niño bien que desde joven pensaba que vivir era sinónimo de triunfar, «chupar volante de deportivo», disfrutar del placer a toda costa y dar la espalda a toda negatividad y sufrimiento. Puedo asegurarte que tanto tu madre como yo te queríamos, Rodrigo, y pusimos todos los medios para acelerar tu curación. Te obsequiábamos con todo lo que se puede comprar con dinero. Pero ni ella ni yo fuimos capaces de aguantar a tu lado, de verte sufrir, de acompañarte de veras. Empezamos a huir cada uno por su lado a nuestra manera.

Solo Silvia, y en su medida tu abuela y tu tía, llenaban ese hueco afectivo, ese vacío de soledad que debe sentir todo niño enfermo. Yo intentaba tapar mi inconsciencia con juguetes caros y ruidosas fiestas en casa, pero en realidad día a día cada vez me iba apartando más de ti y de mis obligaciones matrimoniales y familiares. El abismo entre vuestra madre y yo iba creciendo y empecé a buscar afectos fuera de casa.

Pero el fulminante que hizo explotar definitivamente nuestra frágil convivencia fue la muerte de Silvia. Ella era el vínculo, la fuente inagotable de la que manaba toda dicha en aquella casa. Su accidente repentino acabó por hacernos añicos a todos.

Quizás ignoráis algo en torno a este hecho que os he ocultado y ahora me siento en la obligación de revelar os. Cuando Silvia dejó a Javier y comenzó a perderse en aquel barrizal de gitanos y narcotraficantes, la seguí varias veces con mi coche y la espí de lejos. Por lo general se limitaba a charlar con aquellos muchachos en la playa, tomar alguna cerveza y fumar pitillos. Repetí aquellas pesquisas, alarmado de lo que le pudiera ocurrir, y una noche la descubrí besándose con uno de ellos, al que no conocía ni pude identificar, entre las sombras. Entonces, como mi trabajo y ausencias me impedían seguirla todas las noches, contraté a un detective privado en una agencia para que me informara. No logró sacar mucho en claro. Solo que se veía con varios chicos y sobre todo charlaban hasta altas horas de la noche. Uno de ellos era Ramón, el joven coadjutor de la parroquia.

No pude contenerme por más tiempo y justo la víspera de su muerte me llevé a Silvia al pueblo y, sentados en un bar, le dije que era menor de edad y que, como

padre, me sentía en la obligación de prohibirle frecuentar aquellas amistades. Que corría el peligro de meterse en la droga y eso era tanto como perderse para siempre como persona. Ella, muy seria, me respondió: «Papá: ¿quieres que te diga la verdad? No te entiendo. Tú vives en otro planeta, el de tu estudio, tus amigos, tu dinero. Tu mundo no es un mundo real. Mamá también se desenvuelve dentro de la película de sus modelitos, sus escapadas, sus amigos. Yo he hecho un gran descubrimiento que está cambiando mi vida: que somos cómplices de una injusticia brutal y que, o saltamos a la otra orilla, la de la injusticia, la de los pobres, o estamos abocados a la destrucción como seres humanos. Yo no hago esto por capricho o para distraerme, papá. Lo hago como una consecuencia de mi fe cristiana y porque siento a esa gente como parte de mí misma». Le contesté que apreciaba su intención y su idealismo, pero que era una incauta, una ingenua, que ignoraba dónde se había metido, un nido de delincuentes, y que corría un gran peligro. Por tanto, que desde mi autoridad de padre le prohibía terminantemente seguir acudiendo a aquel lugar.

Podéis imaginar la tragedia al día siguiente cuando se presentó la Guardia Civil en casa. Nunca he llorado como aquella noche en mi vida. Lo peor es que algo se partió dentro de mí para siempre y no he logrado recuperarme nunca de ello. Os he dicho que no estaba preparado para aceptar el dolor de Rodrigo. Lo de Silvia fue mucho peor, definitivo: me convirtió en un fugitivo de mí mismo. No podía soportar ya La Veleta, sus habitaciones, su jardín, su olor, su mar, su playa. Ni siquiera a vosotros, que me recordabais continuamente que ella ya no estaba allí. Quizás porque Silvia había sido la protagonista de nuestras vidas, el alma de la casa. Perdí la fe pues, si Dios existía, no era sino un malhechor permitiendo aquello; me alejé de vuestra madre y he seguido huyendo hasta que esta enfermedad me ha enseñado que el dolor, cuando se acepta, es una ventana abierta a la verdad o, al menos, un resquicio para intuir lo que oculta detrás el paso del tiempo.

Recordé entonces a mi amigo de juventud Sebastián Contreras, y él me ha ayudado en este proceso de ver claro, perdonar y sentir que Dios no es un señor lejano que premia o castiga allá arriba, sino que «en Él vivimos, existimos y somos». Somos pedazos suyos y nadie llega a Él con razonamientos o microscopios, sino buceando en el espacio infinito que se vislumbra en nuestro interior.

Por eso, queridos hijos, sabed que muero en paz, que os pido perdón con toda el alma por mi inmadurez y mi ausencia, mi torpeza, mis muchos pecados y carencias. Vosotros, Isabel y Jorge, erais entonces muy niños, aunque también habéis sufrido después la falta de padre. Tú, Rodrigo, padeciste con mayor conciencia el triple dolor de tu pierna, la muerte de Silvia y la pérdida de padre y quizás de madre. No sé si podréis perdonarme. Al menos sabed todos que ahora me siento en paz, perdonado por Dios, y que intuyo que detrás de este río de la vida hay otra corriente paralela que en el fondo viene a ser la misma, porque el río ya es el mar. En Él algún día nos encontraremos, hijos míos. Es más, ahora, si queréis, ya podemos encontrarnos. Os quiere,

Al concluir la carta, Rodrigo no sabía qué podía más, si el fluir manso de las lágrimas que rodaban en sus mejillas o la sensación de descansar después de un largo y penoso viaje. Era algo parecido a recoger las notas de un terrible examen, una larga oposición, o el veredicto temido de un médico. Sentía un bálsamo refrescante, una caricia por fin, una ventana abierta. Por otra parte, no podía obviar la pena de no haber podido acompañar a su padre en su enfermedad, al mismo tiempo que los datos que la carta revelaba sobre Silvia removían intensamente la inquietud que permanecía viva sobre lo que realmente había sucedido a su hermana. El relato de su padre encajaba en los descubrimientos que había hecho últimamente. Su conversión y rebeldía habían sido indudables, pero ¿quién era aquel hombre con quien se besaba?, ¿qué papel tuvo en el desenlace el cura Ramón? Los nuevos datos no parecían meramente anecdóticos.

Se apresuró a telefonar a sus hermanos para quedar al día siguiente y compartir con ellos la carta. Isabel se ofreció para que comieran juntos en su casa y comentar las novedades.

Hacía años que no sabía qué era dormir de veras, como si por primera vez unas manos invisibles lo estuvieran acunando. Pero antes tomó un libro de poemas de Eduardo Castillo y leyó plácidamente:

*El dolor es el alma de las cosas,
y más si son efímeras y bellas;
quizá por eso nos parecen ellas
tanto más tristes cuanto más hermosas.*

Soy el que nunca estuvo

Isabel había preparado la mesa como en las grandes festividades de la familia: la mejor vajilla, la cristalería de Murano que le gustaba a su padre, la porcelana del pierrot y la bailarina, flores, candelabros y abundantes aperitivos. Su casa, situada en Puerta de Hierro, era un chalé pareado de una barriada que su progenitor había diseñado como arquitecto. Además de los tres hermanos, asistían tres comensales más: Raúl, el marido de Isabel, que acababa de llegar de Londres, y dos de los cuatro hijos de estos, Jacinta y Enrique, todavía adolescentes. Raquel, de dieciocho años, estaba en Estados Unidos haciendo un máster en informática, y Nino, el bala perdida de la familia y la mayor preocupación de sus padres, sin paradero conocido, probablemente de okupa. La comida, a base de marisco y pescado, como correspondía a la tradición de una familia amante del mar, transcurrió cordialmente, aunque los hermanos de Rodrigo no podían ocultar el lógico nerviosismo motivado por la espera de la sobremesa, momento en que se iba conocer el contenido de la carta.

Despedidos los niños, a la hora del café se sentaron en el tresillo frente a la chimenea y Rodrigo dio lectura pausada de la carta. Concluida esta, un contenido y largo silencio embalsamó el ambiente. Las reacciones preverbales afloraban en los rostros, sollozante en Isabel, de indignación en Jorge, de impasividad en Raúl.

–¿Qué os parece? –rompió el mutismo Rodrigo.

–¡Sorprendente e inesperado! –respondió Jorge.

–Emocionante –lloró Isabel–. ¡Dios, qué cambio! ¿Quién iba a imaginarlo? Si la última vez hace unos meses me lo encontré en un restaurante con una de sus novias. No me lo puedo creer. ¡Cuando se entere mamá!

–¿Creéis que debemos dársela a leer?

–Por supuesto. Claro que sí, Rodri. ¿No te das cuenta? Es otro papá. Tiene que servirle de consuelo, digo yo. Lo que no entiendo es cómo no fue expresamente a pedirle perdón a ella también –reflexionó Isabel.

–Algo insinúa en la carta. Ya sabéis lo implacable que está mamá. Yo creo que le tenía miedo y que también huía de tragedias. Deseaba morir en paz –apuntó Jorge.

–Le tenía miedo, sí –asintió Rodrigo–, y además está muy claro: quería vivir ese trance a solas, quizás como un modo de purgar su culpa. Tampoco a nosotros nos dijo

nada. Puede parecer indignante, pero al mismo tiempo es comprensible.

Comentaron cuánto tuvo que sufrir y se preguntaron una vez más qué había pasado en la familia para llegar a tal descomposición.

–¡Dejemos de hablar del pasado de una vez! ¿Queréis? –terció Isabel–. Ahora tenemos que centrarnos, valorar el presente, disfrutar de la alegría de saber que nuestro padre ha muerto en paz, que ha reconocido al final sus equivocaciones y nos ha pedido perdón a todos. ¿No nos basta? Tarde, sí, pero a tiempo de que enterremos nuestra angustia para siempre. Quedémonos con este último regalo. ¿No os parece?

Rodrigo se puso de pie.

–El pasado, hermanos, no está cerrado del todo, al menos para mí.

–¿Qué quieres decir? –intervino Jorge.

–Que todavía desconocemos toda la verdad. Tengo sorprendentes novedades sobre la muerte de Silvia que he conseguido recopilar estos días en La Veleta.

Y aprovechó el momento para dar cuenta a sus hermanos de sus recientes descubrimientos y de las pistas que había conseguido seguir junto a las incógnitas que habían aparecido sobre las circunstancias de su muerte.

La noticia provocó un sinfín de preguntas. Luego intervino Isabel:

–Yo insisto. Todo eso me parece agua pasada. Nuestra hermana está muerta. Papá está muerto. Dejemos a los muertos en paz. ¿De qué nos sirve remover el pasado? ¡Ya no tiene remedio, caramba!

–Te comprendo, Isabel –respondió Rodrigo–. Quizás sea agua pasada para vosotros. Cuando ocurrió, tú y Jorge erais muy pequeños; luego habéis crecido sin Silvia. Lo sentisteis, por supuesto; fue un duro golpe para todos, pero a esa edad se protege uno del sufrimiento. Los niños pequeños poseen un sexto sentido para sacudirse el dolor, afortunadamente. Para mí, en cambio, fue muy distinto. En mi enfermedad ella había sido mi apoyo, mi compañía, la que alimentaba mis sueños, lo era todo. La tenía idealizada, es cierto, pero, con lo que acabo de descubrir, de pronto el ángel se ha hecho demasiado humano, con una imagen oculta que necesito conocer. Es como si mi ídolo se hubiera caído, roto, hecho pedazos. Yo, perdonad, necesito saber quién era en realidad Silvia.

–Tú lo has dicho, un ser humano, con sus cualidades y defectos, como tú y como yo. Acéptala así y quédate en paz.

–¿Cómo la acepto, Isabel? No tengo ni idea, me faltan datos.

La conversación pasó a centrarse en la manera de hacer llegar la carta a su madre. Isabel quedó con el encargo. Luego Raúl comentó que había recibido una llamada de la secretaria del estudio de arquitectura del difunto en torno a las disposiciones testamentarias de su padre y que habrían de reunirse dentro de unos días con el notario.

–Hacedlo vosotros y comunicadme los resultados. Yo me vuelvo a La Veleta –sentenció Rodrigo.

Decidió ejecutarlo al día siguiente, en el primer vuelo a Jerez, donde había dejado el coche. Pero antes lo inquietaba una duda: en su teléfono su «ex» había dejado varios mensajes solicitando «un rato, solo un rato para hablar contigo». Tenía demasiado llena

la coctelera de sentimientos como para enfrentarse ahora con Beatriz y sus insinuaciones de vuelta. Pero, por otra parte, «si no la escucho, me va a bombardear a *WhatsApps* e incluso es capaz de presentarse cualquier día allá abajo y fastidiarme la estancia». Así que decidió citarse con ella esa misma tarde.

Quedaron en Olavide. Desde que levantaron el viejo mercado, la ajardinada plaza presidida por una fuente con un gran surtidor se había convertido en un pequeño oasis de paz, casi sin tráfico, sobre todo para encuentro de gente joven y consumir el plato estrella de sus terrazas: tortilla de patatas con pimientos.

Bea se retrasó unos quince minutos. Venía con un pretendido aire de joven universitaria, falda azul celeste, blusa blanca y un gran bolso en bandolera. De lejos buscaba sin duda evocar a la chica de los primeros encuentros. De cerca, pese a que para su edad se conservaba bien, las arrugas, inevitables surcos de nuestro pasar por la vida, no podían engañar. También ella había sufrido. Sin embargo, su sonrisa, sus vibraciones, su perfume seguían siendo los mismos. No había perdido su impronta informal, el tronche de su cuello, su estudiada distancia de diosa rubia a lo Grace Kelly.

Se dieron un beso en la mejilla.

–¡Siento mucho lo de tu padre! No quise esperarte a la salida del funeral, con tanta gente. A mí siempre me quedará su imagen de galante caballero: educado, tan bien vestido, sus cuidadas manos, los zapatos impecables, su espectacular sonrisa. Un día, hará un año, me lo tropecé en la calle. Estuvo encantador conmigo...

–Gracias. ¿Qué quieres, Beatriz? ¿A qué has venido? Vayamos al grano –cortó Rodrigo.

–¿No leíste mi carta?

–Sí, pero no entiendo qué pretendes, ni de qué nos va a servir abrir viejas heridas. Tú te fuiste por tu lado, yo por el mío. Aunque, la verdad, aún no sé a qué lado me he ido, me dejaste perdido y aún no sé si me acabo de encontrar.

–¿Piensas volver a La Veleta?

–Sí, claro, mañana mismo.

–No entiendo, ¿qué haces allá solo como un ermitaño? Me da frío pensarlo.

–¿Te da frío? ¡Qué poco me entiendes! No estoy solo. Está el mar, está Silvia.

Beatriz respiró hondo.

–¡Silvia, siempre Silvia! ¿Todavía sigues con ella? ¿Aún no la has matado?

–¿Qué te pasa? ¿Sigues teniendo celos de mi hermana muerta? ¡Qué absurdo después de lo que me hiciste? Veo que sigues sin conocerme. ¡Hay que fastidiarse! Sigues sin tener ni idea de lo que fue mi infancia y de lo que ella representó en mi vida y aún representa. Es increíble.

–No sé qué decirte. Hace un rato he hablado con tu hermana Isabel. Me lo ha contado todo. ¿Aún no se te ha caído el mito? Vives de un fantasma, Rodri. Parece mentira que seas periodista y no acabes de aterrizar a la vida real.

Rodrigo sentía que la sangre se le estaba subiendo a la cabeza.

–¿A eso has venido? ¿A echarme en cara lo que nunca has querido comprender? Tú te enamoraste del tipo que creaste en tu cabeza, del universitario, el escritor, el lector, el

cinéfilo y no sé qué más. Pero tú nunca has querido al niño que sigue viviendo en mí. Todos llevamos más o menos uno dentro, y el mío es un niño enfermo y solitario, un niño inmóvil y todavía cojo que aún necesita correr, jugar, navegar mar adentro. Silvia, a pesar de su juventud, fue la única persona que dio la mano a ese niño para romper ataduras y volar desde su dolor a espacios de libertad. Sí, y lo hizo a base de ternura. El cariño, Bea, es la única llave que abre las cárceles, el único viento que empuja las velas. Tú entreabriste la puerta para hacerlo real y de golpe en poco tiempo me diste un portazo.

Beatriz se quedó en silencio, los labios apretados, la mirada perdida.

–Perdona, otra vez he metido la pata. No tengo remedio.

–No te preocupes, es inútil. Cuando te marchaste, advertí que no era fácil comprenderme. Quizás los dos carecíamos de madurez para afrontarlo. Llegamos a ese momento en que dicen que el matrimonio puede ser «la soledad de dos en compañía».

–¿No crees que conseguimos amarnos de veras, Rodri?

–Sí, pero tu estampida fue cruel, un desgarró. De pronto volví a ser el niño dolorido, atrapado por la escayola, ayuno de correrías y balones, uncido solo a un hilo, la imaginación voladora para poder escapar. Tú por un tiempo habías encarnado el sueño imposible que intentó liberar en mí Silvia. Ella murió de pronto. Tú acribillaste el sueño. ¿Sabes qué me queda?

–No, dímelo.

–Cuando me dejaste, emprendí un camino que aún hoy trato de seguir. Me agarré a los libros, a místicos raros, maestros de oriente y occidente, obras de autoayuda, concentración y meditación, cuanto caía en mi mano para autoliberarme como fuere. Pronto descubrí que solo me aliviaba no pensar, alcanzar el silencio. ¿Y sabes otra cosa? El silencio es el mejor maestro que puede tener un ser humano. Te enseña sin razonamientos, sin palabras, directamente, con un lenguaje incomunicable. Algo me susurró el silencio. Al cabo del tiempo llegué a barruntar qué es el amor.

–¿El amor? ¿Qué es? ¿Lo sabes tú?

Se había hecho de noche. La luz de las farolas matizaba los árboles de intimidad y el surtidor iluminado en el centro de la plaza recibía la visita de algunos últimos paseantes, niños con sus madres o ancianos aprovechando el aire tibio del atardecer.

–Descubrí que el amor no es algo que alguien te da. El amor, todo el amor está aquí – se palpó el pecho– dentro de ti, y cuanto la otra persona te da es poco más que un diapasón, quizás una manera de hacer resonar lo que ya está entero dentro de ti. Tú, Bea, eras un precioso espejo que me devolvía de alguna manera mi imagen mejorada. Al sentirme querido, desatabas mis ataduras; el niño cojito podía volver a correr, ahora no entre nubes, sino de una forma real. Lo había hecho a su modo Silvia como hermana liberando mi alma dolorida a base de risas, cuentos, juegos, horas a mi lado. Tú más tarde apareciste como un sueño de carne y hueso, con ojos, brazos, cuerpo de mujer que despertaba mis instintos. Al besarte, al abrazar tu belleza, hacías visible lo invisible, curabas mis complejos y me hacías saborear ese infinito de amor que ya soy por dentro sin saberlo. ¿Lo entiendes?

Beatriz se acercó y le estrechó la mano.

–Lo siento, Rodri, lo siento.

Él la retiró.

–No, no lo sientas. Quizás ninguno de los dos habíamos crecido lo suficiente para querernos de veras. Quizás los dos estábamos enfermos con otra enfermedad demasiado frecuente. Cuando buscas en el otro con ansiedad la respuesta, la compensación, lo que llamamos amor se parece más al encuentro de dos egoísmos, dos agujeros por llenar. Puede resultar cursi, pero he aprendido que amar es dar sin esperar respuesta. Claro que eso es difícil. Demasiado idealista. No se puede pedir a una joven pareja que ambos sean dechados de sabiduría espiritual. Para que un matrimonio dure hay que crecer juntos, atravesar baches y desilusiones con un salto hacia delante, volver a enamorarse de otra manera, querer muchas veces gratuitamente, y eso lo consiguen pocas parejas, qué quieres que te diga. He visto a algunos ancianos que siguen caminando de la mano.

–¿No podríamos intentarlo de nuevo?

–Sinceramente creo que no. Aún estamos heridos, Bea. Por lo menos yo no me siento preparado. El abismo sigue abierto.

Ella miró hacia otro lado. Tenía lágrimas en los ojos y llamó al camarero con ademán de querer pagar.

–No, déjame a mí.

–De ninguna manera. He sido yo quien ha provocado este encuentro. Sabes dónde estoy. Dime algo, por favor, si logras saber más sobre Silvia. También yo la quiero, aunque no lo creas, pues es parte de ti. Aún te llevo dentro y creo que te llevaré dentro siempre, siempre.

Beatriz se levantó y se dieron un beso en la mejilla. La vio perderse entre los árboles una vez más lentamente, ahora con un nuevo peso en las espaldas, como si de repente se hubiera echado años encima. ¿Otro velero más confundiendo con el horizonte? En la mesa de al lado una pareja de jóvenes muy tatuados y con *piercings* en la nariz y las orejas se besaban con dudosa y cansina pasión. El desgarró era menor, pero la vivencia del desamor la misma. La paloma extraviada de uno de los poemas de otro de sus poetas preferidos, el mexicano Efraín Huerta, vino a su mente:

*Y no veías los árboles, ni la nube ni el aire.
Parecías desmayarte bajo el beso y su llama.
Parecías la paloma extraviada en su vuelo:
la paloma del ansia, la paloma que ama.*

*Te dije que te amaba, y un temblor de misterio
asomó a tus pupilas. Luego miraste, en sueños,
los árboles, la nube y el aire estremecido,
y en tus húmedos ojos hubo un aire de reto.*

*No parecías la misma de otras horas sin horas.
Ya sueñas, o ya vuelas y ni vuelas ni sueñas.*

*Te fatigan los brazos que te abrazan, paloma,
y, al sollozar, a un lirio desmayado recuerdas.*

*Ya sé que estoy perdido, pero siempre ganado.
Perdido entre tu sombra, ganado para nunca.
Mil besos son mil pétalos protegiendo tu piel
y tu piel es la lámpara que mis ojos alumbraba.*

*¡Oh geografía del ansia, geografía de tu cuerpo!
Voy a llorar las lágrimas más amargas del mundo.
Voy a besar tu sombra y a vivir tu recuerdo.
Voy a vivir muriendo. Soy el que nunca estuvo.*

Testigo del dolor

Los aeropuertos son hogares de nadie, despedidas de cristal, alambicadas peceras anónimas, fríos templos del tránsito oficiados por bellas azafatas que con sonrisas de plástico venden deseos incumplidos, destinos imposibles, utopías. ¡Había frecuentado en su vida tantos aeropuertos! Esperas interminables, colas y carreras inesperadas para ir a cubrir catástrofes, eventos políticos, destinos a nuevas corresponsalías. Sobre todo el de Barajas, ahora llamado Adolfo Suárez, con tantas horas de palpar nerviosamente en el bolsillo el pasaporte y la tarjeta de embarque... Pidió un café y un *croissant* para hacer tiempo. Sus destinos más frecuentes habían sido a países de Centroamérica como corresponsal. Uno le vino a la memoria particularmente:

–¡Color, sobre todo color! –le había gritado Fernando desde el otro lado del teléfono–. Ten en cuenta que aquello va a estar lleno de gente sencilla y campesinos. No va a ser un funeral normal, Rodri. Se han cargado nada menos que a su arzobispo y el pueblo está indignado, pues lo sentía suyo. Vas a cubrir todo un acontecimiento. No lo olvides. Estate en guardia y huye de tópicos, por favor. Pero sobre todo habla con la gente. A ver si conseguimos sacar algo distinto de los demás, algo vivo, ¿me entiendes?

Apenas llevaba cuatro semanas destinado de corresponsal en Nicaragua en pleno sandinismo. Le incordiaba marcharse así de pronto a El Salvador a cubrir el funeral de un clérigo, por muy famoso que fuera. «Tú has estudiado en un colegio de curas, ¿no? Al menos sabes de qué va esto». Así que echó en la maleta de mala gana un cepillo de dientes, la cámara, dos cuadernos de notas, un pijama, un par de mudas y poco más. «Será cuestión de un par de días», se dijo. «Enseguida estaré de vuelta».

Cuando aterrizó en el aeropuerto internacional de Comalapa el domingo 30 de marzo de aquel 1980, un rosáceo amanecer prometía una jornada rutilante. Y dejó que el virus periodístico lo picara una vez más.

–A la catedral –ordenó al taxista.

–¿Es usted español, caballero?

–Sí, ¿qué pasa?

–Que no puedo llevarlo, lo siento.

–¿Por qué?

–Que allí no hay quien entre, señor. Aquello es un hormiguero. Todo El Salvador

está en la plaza Barrios por lo del funeral de Monseñor. No hay acceso. No hay manera.

–Bueno, pues acérqueme lo más posible. Continuaré andando.

¡Color, color! Desde luego que encontró color. El mar variopinto de personas – calculaba que entre sesenta a setenta mil–, en su mayoría gentes del pueblo, campesinos, desembocaba en riadas en la plaza desde las calles adyacentes. Casi a codazos consiguió acercarse a la catedral, un templo blanco algo destartado, de grandes torres y con decoraciones pintadas en rojo sobre la fachada. En la puerta lo esperaba Pepe Ramírez, corresponsal permanente del diario en San Salvador.

–Hola, Rodrigo. Perdona que no haya ido a recogerte al aeropuerto. Me pareció mejor conseguir un sitio aquí. Ya ves. No cabe un alma. ¡No sabes cómo está de caldeado el ambiente! Las homilias de Romero eran seguidas en todo El Salvador por radio. Te aseguro que no era un hombre violento. Lo conocí hace años y al principio los curas de aquí lo recibieron de uñas cuando lo nombraron arzobispo, lo tachaban de conservador. Pero desde la muerte del padre Rutilio Grande dio un cambiazco, sus homilias de los domingos detenían la vida de este país. ¡Dios, lo que salía de sus labios en defensa de los pobres! Y la manera como lo dispararon, ¡mientras celebraba misa! Te aseguro que eso no se va a olvidar. No sabes la expectación que hay; el asesinato está muy reciente, solo han pasado cuatro días.

–¿Se sabe algo nuevo sobre los autores?

–Nada de nada, aquí es un tema tabú. Aunque para mí está muy claro.

–Bueno, que esto empieza.

A las once y dos minutos comenzó la misa concelebrada en memoria de monseñor Óscar Arnulfo Romero. El féretro estaba colocado sobre un túmulo, al frente del altar, en el último descansillo de las escalinatas de acceso al templo. Los cardenales y arzobispos oficiantes habían llegado en procesión desde la basílica del Sagrado Corazón, donde pronunciaba sus homilias cada domingo el fallecido prelado. El sol apretaba y se encasquetó para protegerse una gorra que llevaba en el bolso de viaje. Desde la altura, el espectáculo de la plaza, salpicada de sombrillas, pañuelos, pancartas, palmas y retratos de Monseñor, era un aguafuerte a brochazos multicolores. No faltaban niños que revoloteaban en torno a las coloridas faldas de sus madres, de rasgos indígenas. Ni en la plaza ni en las calles aledañas había a primera vista presencia militar uniformada.

Apenas comenzada la misa, presidida por el representante personal del papa, el arzobispo de la ciudad de México, monseñor Ernesto Corripio Ahumada, y concelebrada por cuarenta y cinco obispos, llegó a la plaza la manifestación, integrada por militantes y simpatizantes de la Coordinadora Revolucionaria de Masas, que se había concentrado con anterioridad en el parque Cuscatlán, a un kilómetro de la catedral. Marchan detrás de sus banderas y, cuando presentan una corona de flores ante al féretro, la multitud los vitorea. Cuando monseñor Corripio comenzaba la homilía, pasadas las once y media, en la plaza podría haber fácilmente cerca de 150 000 personas que seguían piadosamente la ceremonia.

A las 11:42, cuando el oficiante se refería al ejemplo del arzobispo asesinado y a su

mensaje –«no dar como caridad lo que es debido como justicia»– en un costado de la catedral retumbó una fuerte detonación, como de una bomba. Inmediatamente se oyeron otras tres, en distintos puntos del lugar, y sonaron los primeros disparos. Entonces sobrevino el caos. La gente comenzó a huir despavorida en todas direcciones, mientras los militantes de las organizaciones populares empuñaban sus armas. Buena parte de la aterrorizada multitud pugnaba por entrar en la catedral, a cuyo interior ya habían pasado las dignidades eclesiásticas presentes en la ceremonia. En esa lucha por conseguir refugio se produjo la mayoría de las muertes, que en aquel momento se calcularon alrededor de cuarenta, además de doscientos heridos. Pocas personas perdieron la vida por impactos de bala; la mayoría, señoras de edad, murieron aplastadas, asfixiadas.

Dentro de la catedral los fieles ocuparon hasta los últimos espacios disponibles, incluso sobre el altar mayor. No había forma de moverse y pronto llegó el momento en que apenas se podía respirar. El edificio temblaba con los estallidos de las bombas. Una terrible resonancia agrandaba el ruido de los disparos y todo se oía sobre un fondo de oraciones y llantos que surgían de todos los rincones. Rodrigo se encontraba en una segunda fila de personas contando desde la pared, con el cardenal Corripio a su derecha. A su izquierda y en la fila de atrás una mujer imploraba a Dios y daba señales de empezar su agonía. Apenas pudo volver la cabeza hacia ella. Un laico presbiteriano que se encontraba al lado improvisó una plegaria: «Tus pecados te son perdonados, vete en la paz de Dios». Aunque la mujer murió, quedó de pie, pues no había espacio para que pudiera yacer en el suelo. En algunos casos la gente apenas podía levantar un cuerpo desvanecido o un muerto y llevarlo sobre sus cabezas, aunque nadie sabía dónde ponerlo.

En un momento, mientras luchaban por sobrevivir, Rodrigo empezó a oír corear un grito por encima del ruido de las bombas, pistolas y oraciones. Llevaban algo en las manos sobre sus cabezas. Le costó ver qué era aquello que avanzaba. Pronto todo el mundo en la catedral se fue uniendo a un canto que anunciaba su llegada. «El pueblo unido jamás será vencido, el pueblo unido...».

Finalmente pudo ver lo que notificaba aquel canto: la llegada del ataúd de monseñor Romero, que entraba en su catedral transportado en las puntas de los dedos de todos, abriéndose camino hacia el lugar de su reposo final.

Otros ríos de la multitud escaparon por las calles laterales. Entre tanto seguían sonando disparos y explosiones. No había forma de ver quién disparaba contra quién. Algunos de los militantes de izquierdas señalaban las ventanas superiores del Palacio Nacional. Otros apuntaban sus armas contra el techo de un edificio cercano.

En aquel momento no supo bien lo que pasó: alguien lo empujó y Rodrigo perdió el conocimiento. Despertó en el hospital policlínico de la capital con una fuerte contusión en la cabeza. Pepe estaba a su lado.

–¿Qué ha pasado?

–Te arrastró la multitud y te golpeaste con un escalón. ¡De buena te has librado! Pero tranquilízate, solo tienes un buen chichón.

El colega se encargó de completar el dramático cuadro. En el clima de confusión la

multitud intentó entrar en la catedral, apretujándose contra unas verjas de hierro con intención de saltar por encima de ellas. Muchos de las primeras filas no lo lograron y murieron aprisionados y aplastados por las masas, sin que algunos sacerdotes y agentes de la Cruz Roja y de la Cruz Verde que estaban al otro lado pudieran hacer nada para impedirlo.

La confusión era total. La multitud, primero sorprendida y estupefacta, cede pronto al pánico y se produce un horrible sálvese quien pueda. Oleadas humanas se aplastan unas contra otras y contra las rejas de la catedral. Cuerpos que desaparecen, ahogados, pisoteados. Las balas crepitan entre los gritos de espanto. Sacerdotes, entre los que se cuenta el padre Miguel Escoto, entonces ministro de Asuntos Exteriores de Nicaragua, cogen el féretro y lo cobijan dentro de la catedral, tras lo cual lo precipita parte de la multitud. La avalancha ocasiona más víctimas mientras que fuera arrecia el tiroteo. Decenas de cuerpos yacen en la plaza de Barrios alfombrada de zapatos abandonados, banderines rotos, octavillas y retratos de monseñor Romero hechos girones.

Pepe le confirmó que el catafalco que contenía el féretro con los restos de Romero fue introducido a duras penas en el templo. Poco tiempo después, cuando ya la catedral estaba repleta de muertos, pero algo más desahogada de gente, el cardenal Corripio con otros obispos y sacerdotes se acercaron al ataúd de Monseñor en un intento por terminar aquella dramática liturgia. Estaban empapados en sudor. Muchos, subidos a los bancos.

–Denme hostias para continuar la misa –dijo Corripio.

–No hay hostias, excelencia.

–Denme vino.

–No hay vino.

–Pues entonces un libro para rezarle un responso.

–Tampoco hay libro, excelencia.

Entonces, el obispo de Chiapas, Samuel Ruiz, se sacó del bolsillo un librito de oraciones y eso sirvió para al menos rezarle algo antes de enterrarlo. Todo se hizo de prisa. Estaba ya la tumba abierta. A la carrera metieron allí el ataúd. Y los albañiles se apresuraron con agilidad a enladrillar y cementar el sepulcro.

–Cuando por fin aquello se desocupó y pude entrar –prosiguió Pepe–, la catedral estaba casi vacía. En el pasillo central, allí mismo donde estuvo expuesto el cuerpo de Monseñor, había una ristra de mujeres que murieron asfixiadas dentro o aplastadas fuera. La mayoría de los cuarenta muertos y de los más de doscientos heridos de aquella mañana fueron señoras ya mayores. Salí fuera a la plaza. Como un campo de batalla abandonado, por el pavimento, lentes rotos, bolsos, carteras y cerros de zapatos perdidos en la avalancha. Las flores del túmulo esparcidas por la plaza. Numerosas personas –sobre todo ancianos, mujeres y niños– sin vida en el suelo y en las escaleras de la catedral, las mismas en las que, hace menos de un año, cayeron a manos de las fuerzas de seguridad veintitrés estudiantes que se habían encerrado en la catedral.

Rodrigo se incorporó en la cama:

–¡Tengo que escribir la crónica! «Color, color». Fue lo último que me pedía Fernando. ¿No quería color? Pues voy a llenar el artículo del más vivo color, el de la

sangre.

–Pero, Rodri, ahora tienes que descansar. Yo me encargo de la crónica.

–De ninguna manera. Esta va a primera. Menudo *scoop*. No me la pierdo.

Y con la cabeza vendada exigió a Pepe que lo llevara al hotel a través de una ciudad aún confusa; y sin más preparativos, se lanzó sobre el teclado como un poseso a redactar un texto en el que, después de describir la tragedia, añadía:

«Los miembros del Gobierno, que no estuvieron presentes en los funerales, permanecían en silencio. Solo a las cuatro y media de la tarde el ejecutivo salvadoreño emitió un durísimo comunicado en el que se acusa a la Coordinadora Revolucionaria de Masas de ser la autora del atentado y de que “había pretendido apoderarse del cadáver de monseñor Romero para esgrimirlo como bandera”. Enfatizaba además el texto gubernamental que las fuerzas armadas y los cuerpos de seguridad habían estado acuartelados todo el día. Recordaba que minutos más tarde se pidió a la “ciudadanía honrada” que se recluyese en sus casas y se anunciaba la salida del ejército a las calles. También afirmaba que no permitiría ninguna violencia más a la Coordinadora, a la que acusaba de la explosión de la bomba que contenía hojas de propaganda. Las ambulancias comenzaron a llegar a la zona y a evacuar a los primeros heridos. Los obispos, periodistas y refugiados en el interior de la catedral comenzaron a salir, pasada la una de la tarde, con los brazos en alto.

»No hay muchos elementos de juicio para asegurar de quién partió la estúpida provocación del domingo. Lo más lógico es atribuir esa responsabilidad a la extrema derecha, que actúa en este país con un cerrilismo difícilmente comprensible. Pero, a diferencia de en otras ocasiones, en esta no es tan fácil emitir un juicio definitivo.

»En anteriores episodios de violencia las personas que han disparado contra manifestaciones o concentraciones populares han podido ser vistas y reconocidas. En esos mismos casos han hecho acto de presencia, y uso de sus armas, tanto el ejército como los cuerpos de seguridad. Ninguno de estos dos aspectos se ha repetido en los episodios del domingo. Nadie vio personas uniformadas y son escasísimos los testimonios sobre presencia de sospechosos desconocidos haciendo disparos a la concentración».

Mientras escribía estas líneas en la habitación del hotel, aún con fondo de sirenas en la calle, las sienes vendadas, con un cierto temblor de manos e intentando contrarrestar el dolor de cabeza con un vaso de *whisky*, irrumpió Pepe con un papel en la mano.

–¡Los obispos, Rodri! ¡Los obispos lo niegan todo!

–¿Qué niegan?

–Desmienten el comunicado del Gobierno. Mira, afirman que «no solo hay graves falsedades en la narración de los hechos, sino también en la interpretación de los mismos, que pueden llevar a graves errores y confusión».

Le arrebató el papel. El comunicado firmado por «obispos, pastores de diversas iglesias cristianas, superiores de órdenes religiosas, sacerdotes y laicos» constaba de cuatro puntos contundentes. Aseguraban, como testigos inmediatos, que «en ningún momento nadie pretendió arrebatar el cadáver de monseñor Romero. Por el contrario,

todas las personas y grupos sin excepción se portaron con gran respeto y devoción hacia sus restos». Sobre la Coordinadora Revolucionaria de Masas precisaban que «entró en la plaza Barrios, donde se encuentra la catedral, pacífica, respetuosa y ordenadamente, y sus dirigentes colocaron una corona junto al féretro».

Los prelados presentes junto a los representantes del Consejo Mundial de Iglesias negaban también «presión alguna por parte de la Coordinadora para obligarnos a permanecer dentro de la catedral». «Si nos quedamos dentro de ella –añadían–, aun después de que cesó la agresión, fue debido a nuestro deseo cristiano de acompañar a tanta gente aterrorizada que se apretujaba penosamente en el interior del sagrado recinto».

En opinión de varios testigos, la bomba había sido arrojada desde el Palacio Nacional, y los sacerdotes presentes aseguraban que las ráfagas de disparos procedieron de la segunda planta de dicho edificio, sede del Ministerio de Defensa. «Nosotros vimos o pudimos comprobar la presencia, desde primeras horas de la mañana, de los cuerpos de seguridad en las calles de San Salvador y en los accesos a la ciudad». A la Coordinadora le atribuían acciones consistentes sobre todo en quemar automóviles, supuestamente para asegurar la huida de la gente.

El comunicado episcopal concluía con estas palabras: «Los que vinimos a honrar la vida y la muerte de monseñor Romero hemos podido experimentar la verdad de sus palabras cuando combatía incansablemente la represión del pueblo salvadoreño. Nos sentimos hoy más que nunca solidarios y continuadores de su misión profética, haciéndonos eco de sus últimas palabras en que suplicaba y ordenaba, en nombre de Dios, que cesara la represión y que se suspendiese toda orden de matar. Hemos sido testigos del dolor y las angustias del pueblo salvadoreño, pero también de su coraje y de su madurez. Y en esta oportunidad somos testigos de la grave deformación de los hechos y de la falsa interpretación de los mismos que ha dado el Gobierno de El Salvador».

Por supuesto, la nota fue censurada y no se difundió por los medios salvadoreños.

–¿Qué dice White? –preguntó a Pepe.

–¿Qué va a decir? La misión de Robert como embajador de EE. UU. es nadar y guardar la ropa. Que «no es mucho lo que la Junta ha ganado, pero que sus oponentes de izquierda y derecha son los que pierden». Aquí no faltan los que echan la culpa de todo a los gringos, como siempre, pendientes de su «patio de atrás». Algunos señalaban un anuncio de Coca Cola en la plaza: «Esos tienen la culpa», gritaban.

–No sé qué dirá Fernando de mi crónica y si va a gustar en España.

–Que digan lo que quieran. Te ha costado un buen golpe. ¿Cómo te encuentras?

–Mejor, pero me sigue doliendo.

Cayó como un fardo y al día siguiente, durante el desayuno, lo llamó Fernando desde Madrid.

–¡Genial, Rodri! Abrimos con lo tuyo. ¡Espectacular! Nadie tiene un relato tan brillante. ¿Qué tal andas?

–Esta mañana me duele más. Voy a ir a que me vean en el hospital, aunque allí están desbordados. Ya sabes lo que ha sido. Lo mío es un rasguño comparado con lo que han

hecho a este pueblo.

–¡Hay que aclararlo todo! El *New York Times* acusa a las organizaciones de izquierdas. Aseguran que estaban armados. Lo más extraño es que aún no se han atrevido a publicar un editorial sobre Romero. ¿Tú qué piensas?

–Es muy confuso. Pero me inclino hacia lo que dicen los obispos. Había pastores de varias confesiones. La clave es el asesinato de Romero.

–De eso quería hablarte, Rodri. Se trata de una bomba informativa. Hay que contarle todo desde el principio. ¿No te parece?

Se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Qué insinúas? ¡No querrás que me quede aquí!

–No, hombre, en absoluto. Regresa a casa, reponte, y luego vuelves. Estos van a ser los reportajes de tu vida. Quiero periodismo de investigación puro. Estás ante un filón informativo, tío. No me defraudes.

Cuando colgó el teléfono, era presa de una mezcla de excitación y tristeza. Por una parte, la historia lo intrigaba y lo atraía profesionalmente. Por otra, le daba una pereza de muerte mezclada con algo de miedo. Era tanto como escharbar en un volcán. En fin, concluyó que había que poner distancia antes de tomar una decisión. Se asomó a la ventana. Enfrente sobre una casa en escombros había una pintada con la efigie de Monseñor y un rótulo tachado: «Me matarán, pero resucitaré en el pueblo salvadoreño».

Aquel sería el comienzo de una larga investigación periodística que le dio muchos quebraderos de cabeza pero también importantes satisfacciones. Le llegó a tomar cariño a aquel cura nacido en un pueblo insignificante y una familia sencilla que, convertido en arzobispo, asumió la causa de los pobres. Tuvo que realizar arriesgadas entrevistas, entrar de incógnito en comunidades de indígenas, hablar con políticos y el pueblo reprimido y llegar a una conclusión: el Gobierno mismo estaba implicado en el asesinato de Romero y en la matanza de la catedral que había presenciado en primera persona.

Ahora recordaba con nostalgia aquellos años de periodismo en las fronteras del miedo. Quizás porque le hizo olvidarse de sí mismo, incluso del abandono de Bea, e implicarse en una historia de compromiso y denuncia. Llegó a temer por su vida, pero sin duda fue uno de los episodios que lo marcaron más, humana y profesionalmente. ¿Quién le iba a decir que con los años Romero, amonestado entonces incluso por el Vaticano y calumniado hasta por algunos de sus hermanos obispos, iba a ser canonizado? Vueltas que da la vida. Pero se alegraba de que el papa Francisco hubiera finalmente hecho justicia.

Encendió el móvil para comprobar si había algo importante. Poca cosa. Su hermana Isabel le deseaba buen viaje, algunos mensajes de condolencia y un chat abierto de Macarena, la chica de Algeciras:

–Contáctame, sabio. Tengo una sorpresa.

Abrió el *chat*:

–¿Qué quieres?

–Estoy en Tarifa con mi amigo el guardiacivil. Hay un chivatazo del desembarco de

un importante alijo. Pero tengo una información importante, una exclusiva para ti solo. ¿Por qué no te vienes? Venga, tronco.

–Estoy en Madrid, en el aeropuerto, a la espera de embarcarme para el viaje de vuelta. Acabo de enterrar a mi padre.

–Vaya, lo siento mucho. ¿Ha muerto de repente?

–No, es una larga historia. Ya te contaré.

–Pues haz lo que quieras. En tales circunstancias no tengo derecho a molestarte. Perdona, no la sabía. El cabrito de Fernando no me ha dicho nada.

–No, no tengo otra cosa que hacer. Tengo el coche en Jerez. Me voy directamente a Tarifa para verte. ¿Vale? Gracias.

–De acuerdo. Llámame para quedar cuando estés cerca. Conduce con cuidado.

Tomó la autovía de Algeciras para desviarse por la N-340 hacia la ventosa Tarifa. Mientras conducía, dos sentimientos encontrados luchaban en su interior: la insistencia de sus hermanos –«olvida el pasado»– y las últimas palabras de su padre junto a las revelaciones de la carta póstuma de este, que aumentaban la intriga sobre la muerte de Silvia. Según este escrito, no había duda, el ex cura Ramón le había ocultado al menos parte de la historia y había más jóvenes del grupo enredados en ella.

Los molinos de la energía eólica parecían desatados gigantes que aterrorizarían a don Quijote aquella mañana, y el poderoso viento hería con ruido en los cristales del auto la potente claridad sureña. Por otra parte, la espalda de Bea yéndose lo torturaba. ¿No debería haber sido más dulce con ella? Pero entre el amor y el desamor no hay término medio posible. Ramón Gómez de la Serna definía el desamor como «el amor que ha perdido la memoria». ¿Por qué la memoria del amor se sigue apareciendo en sueños? La palabra recordar viene del latín *re-cordaris* y significa literalmente «hacer presente de nuevo en el corazón», tener presente continuamente aquello que amamos. La diferencia entre Bea y Silvia es que de la primera quería enterrar los recuerdos, aunque lo perseguían en el subconsciente, mientras que recordar a Silvia, a pesar de su lejanía en el tiempo, era un acto de voluntad, una forma de seguir vivo con un sentimiento que intuía por encima del tiempo.

El silencio de Dios

Macarena lo esperaba entre palmeras sentada en la terraza soleada de un bar del paseo de la Alameda, en el centro de Tarifa. Le sorprendió encontrarla sola, sin Vicente, como estaba previsto. Con la melena al viento, *jeans* rotos en las rodillas y una cazadora vaquera, agitó la mano para identificarse entre las mesas.

–¡Eh, Rodrigo, estoy aquí! ¡Qué bien que hayas podido venir! ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo te encuentras?

–Hola, Maca. ¿Cómo quieres que esté? Como si llegara de otro mundo. Demasiadas impresiones en poco tiempo.

La muchacha lo abrazó.

–Siéntate, amigo, y cuéntame, si quieres, claro.

–Uf, ¿desde el principio? No sé si tendré fuerzas.

–Bueno, en titulares, si te parece...

–Ya sabes que los titulares son engañosos y simplificadores –sonrió–. Vale, lo intentaré. Pero dime, ¿dónde está Vicente? Muero de curiosidad.

–Ocupado. En la playa de Los Lances. Esperaba un desembarco como te dije. Luego vendrá, si puede, el hombre.

Rodrigo le relató los hechos esenciales desde que recibió el mensaje de Isabel comunicándole la situación terminal de su padre. Hizo hincapié sobre todo en cuatro puntos: su conmovedora despedida en la UVI, el funeral, la carta póstuma –le dio a leer una fotocopia–, y el encuentro con Bea. Maca lo siguió receptiva con una mirada dulce, sin pronunciar palabra, la cabellera en cascada desde su cuello ladeado y los ojos brillantes.

–¡Me dejas de piedra, Rodri! ¡Qué fuerte! ¡Qué impresión! Precioso lo de tu padre. ¿Cómo te sientes ahora?

Rodrigo arqueó las cejas.

–No sé qué decirte. Creo que aún no lo he digerido del todo. Ya te he dicho, son demasiados impactos emocionales. Es como si al cabo de los años, justo al morirte, te encontraras con otra persona, un desconocido que resulta ser nada menos que tu propio padre. Luego mamá me da mucha pena, está como ausente. Y el reencuentro con mis hermanos. Esto de la vida tiene mucho de cajas chinas. Nunca sabes qué hay debajo y

cuál es la última. Hace un rato, mientras esperaba en el aeropuerto, he estado recordando mis tiempos de corresponsal en El Salvador, donde fui testigo del dolor de los pequeños. Entonces me sirvió para dejarme de mirar el ombligo y ampliar mi conciencia, resituarla.

Maca apoyó su cabeza en la barbilla. Luego llamó al camarero:

–Perdona, no me he dado cuenta. ¿Quieres algo? ¿Qué te pido?

–Una caña, por favor.

–¿A qué atribuyes un cambio así en tu padre? ¿A la enfermedad, la proximidad de la muerte?

–No sé –dijo tras una pausa–, eso no se improvisa. Sobre todo el que una persona tan orgullosa y prepotente esté dispuesta a ablandarse así de pronto, incluso a pedirte perdón. Bien es verdad que hace un año él ya sabía lo del cáncer, que tenía el tiempo contado. Debió de sufrir un parón muy fuerte para ver su vida de otra manera.

–¿Tú crees que el dolor nos ilumina, Rodri? Aunque también derrumba, desde luego. Depende, ¿no?

–Acabas de tocar el gran tema de mi vida, mi pregunta preferida desde que era un niño. No sé si te he hablado del cuaderno que escribí cuando estaba enfermo e inmóvil frente al mar. Luego he leído mucho sobre eso: los filósofos lo llaman «el problema del mal» y lo relacionan con el absurdo, el sinsentido de la vida, ya sabes, el rollo aquel de los existencialistas.

–Sí, los recuerdo del cole: Sartre, Heidegger, Camus. Los estudié, aunque creo que ya los he olvidado.

–Pero la cuestión viene de antiguo. Me impresiona mucho un texto de Epicuro que decía: «Si Dios no quiere impedir el mal, no es suficientemente bueno. Si no puede impedirlo, no es omnipotente. Si no puede ni quiere, es débil y envidioso a la vez. Si puede y quiere –y solo esto es propio de Dios–, ¿de dónde procede el mal y por qué no lo elimina Dios?».

–No tengo ni idea. Pero se me antoja que es una pregunta sin respuesta.

Rodrigo bebió un sorbo de cerveza y engulló una aceituna. Los viandantes caminaban sin prisa con pausado ritmo andaluz bajo palmeras que jugaban a gimotear con el viento. La radio del bar acompañaba al paisaje con largos quejidos de Julio Iglesias.

–Así es. Le he dado mil vueltas. Desde luego no hay respuesta desde el conocimiento lógico. ¿Por qué nos han arrojado a una vida así? Un puñado de años que se pasan en un voleo en busca de asentarte en la vida, conseguir trabajo, encontrar el amor, mil luchas, y, cuando menos te lo esperas, ya estás caduco, con un montón de achaques y arrugas, caminito de Chiclana, que ahora es donde está el cementerio de esta provincia, ¿no?

–En mi cole –reflexionó Maca– las monjas decían lo de siempre, que es «un misterio», o que es consecuencia del pecado y solo se explica con el sufrimiento redentor de Cristo en la cruz, ya sabes. En una palabra, que hace falta fe para aceptar esto. Tú también estudiaste con curas, ¿no?

–Sí, me recuerda la respuesta que, por ejemplo, da el jesuita Paneloux en *La peste*, la novela de Camus que leí en mi juventud, cuando surge la discusión entre él y el médico

Tarrou ante el sufrimiento de los inocentes. En sus sermones Paneloux acude al recurso de la peste como castigo de Dios, una predicación que creo que hoy nadie se tragaría. Y da la única respuesta que sabe dar al gran enigma del problema del mal sobre todo en los niños que sufren: Cristo, el gran inocente sacrificado en la cruz. En otro momento de la novela Tarrou preguntará al médico: «¿Cree usted en Dios, doctor?». Y Rieux responde: «No, pero eso ¿qué importa? Yo vivo en la noche y trato de ver claro». A la luz del sermón de Paneloux, Rieux se cuestiona: «¿No es cierto, puesto que el orden del mundo está regido por la muerte, que acaso es mejor para Dios que no crea uno en él y que luche con todas sus fuerzas contra la muerte, sin levantar los ojos al cielo donde él está callado?». Esta respuesta del médico en medio de la peste es la de muchos jóvenes hoy en día: «No entiendo nada, pero al menos vale la pena luchar contra el dolor concreto aquí y ahora, contra la muerte de los débiles, la injusticia, la política corrupta». Y entonces se apuntan a una ONG, se dedican a rescatar emigrantes y refugiados, o bien, si no, a drogarse la vida a base de fuertes tragos de vitalismo; y sobre todo a huir de su verdad con consumo, sexo, coca, viajes, bebida y no sé qué más.

–¿Y tú, no tienes otra respuesta?

–Sí, creo que la tengo –respondió Rodrigo perdiendo la mirada entre las nubes–. Pero no procede de la razón de los filósofos, sino de la intuición de los poetas o, si quieres, de la contemplación de los místicos. Una vez leí que Ety Hillesum, una judía muerta en el campo de concentración de Auschwitz, decía algo así: que no es Dios, sino nosotros, los que tenemos que dar cuenta de los absurdos que nos son imputables. «Yo ya he sufrido mil muertes en mil campos de concentración –añadía–. Todo me es conocido, ya no hay ninguna información que me angustie. De un modo u otro, ya lo sé todo. Y, sin embargo, encuentro esta vida hermosa y llena de sentido. En cada instante».

–¿Quieres decir que la existencia del sufrimiento depende en gran manera de cómo lo recibas?

–Sí, diría que por ahí va la cosa. Es curioso: ahora entiendo mejor algo de lo que escribí en mi cuaderno cuando estaba enfermo y perdí a Silvia. Que a veces, cuando respiraba hondo y miraba al mar sin pensar esperando una respuesta, esta venía como una sensación indefinible, como una presencia, algo extraño y dulce. Sin pensamientos, sin darle vueltas a la cabeza, sin motivo aparente conectaba con algo inefable y me encontraba bien, casi feliz. Me seguía doliendo la pierna, claro, sentía la ausencia de Silvia, su tremendo agujero, pero estaba a gusto en medio de mi soledad. No sé, como si una luz interior recorriera mis venas, algo raro, como una presencia, y era solo un niño.

Maca se incorporó en la silla y fascinada exclamó:

–¡Sigue!

–Era instantáneo. Luego me venía de nuevo la depre, sobre todo cuando me volvía a darle al coco, a pensar, a compadecerme. Pero fíjate, esos escasos minutos de luz me ayudaban a vivir. Pasados los años, después de lo de Bea, comencé a leer. Leí por un tubo para aclararme. Las reflexiones alambicadas de los teólogos me ayudaban bien poco, quizás porque al fin y al cabo son razonamientos, análisis medio lógicos que no acaban de dar respuesta. En cambio, los maestros espirituales me hablaban del despertar,

de una intuición interior.

–Ya, ¿te refieres a la iluminación esa de los orientales? ¡Guau, qué invento!

–Esa palabra, el *satori*, la iluminación, es muy pretenciosa, si quieres, muy complicada. Te asusta eso de estar ahí sentado inmóvil como el Buda durante años debajo de un árbol a esperar a que llegue la luz. ¿Quién puede hacerlo? Tiene que ser mucho más sencillo o estamos mal hechos. Respirar e intentar sin tensiones conectar con el silencio que hay dentro de ti y dentro de toda la realidad; descansar ahí sin pensar y dejar que lo de dentro emerja, te llegue sin palabras ni pensamientos. Y eso puedes hacerlo en la calle, en el metro, en medio de una discoteca. Sentir la energía de dentro.

–¿De veras? ¿Probaste la meditación? Hoy está de moda el *mindfulness*. Tengo amigas enloquecidas con esa historia. ¿Crees que sirve de algo?

–De vez en cuando se ponen de moda diversas técnicas o caminos espirituales: el yoga, el zen, la meditación, y últimamente el *mindfulness*. Se venden recetas contra la infelicidad, como si despertar por dentro fuera apretar un botón de una máquina tragaperras. Hay gente que quiere liberarse como quien compra una infusión en el supermercado o se prepara una tila. También encontré a los *hesicastas* con métodos cristianos, como el del peregrino ruso, aquel famoso monje que repetía continuamente un mantra: «Señor, ten misericordia de mí». Pero todas las técnicas son inútiles, te lo garantizo, si no pasas por la aceptación.

–¿La aceptación de qué?

–Verás, yo me preguntaba ya cuando era un crío: ¿Cuál es la causa de mi sufrimiento, qué es lo que más me duele?

–Supongo que tu pierna, la pérdida de Silvia, la situación de tus padres, tu soledad...

–No, lo que más me dolía era mi rebeldía contra la vida, mi falta de aceptación, mi resistencia, mi apego a la salud, a Silvia, a mis padres, a la alegría familiar precedente. Me rebelaba contra todo eso, no lo quería aceptar. Apretaba los puños para parar el mundo, para retornar al pasado, darle a la moviola para recuperar escenas de atrás. No quería admitir que es inútil, que no se puede detener el tiempo; me negaba a fluir con el río de la vida. Y es absurdo, porque ese río no hay quien lo pare, Maca. Desde el silencio un día solo en mi casa de Madrid después de una siesta tuve una especie de luz, un fogonazo: la vida no es en sí misma problemática. Es el yo (la mente humana) el que crea los problemas. La realidad es la que es, no crea contrariedades, los problemas surgen de la mente cuando estás dormido. Descubrí que el sufrimiento no estaba en la realidad, sino en mí. Yo ponía los problemas porque estaba dormido, metido en los tópicos de la vida, los esquemas establecidos, mi personaje, mi yo inventado, un yo ideal: soy así y asá, esa careta que uso ante los demás, ese yo que creo ser. ¿Qué ocurre cuando estás despierto? No cambia nada, todo sigue igual, pero tú eres el que se ha transformado para entrar en la realidad de otra manera.

–¿Qué dices? Pero el dolor, tus carencias seguían ahí. ¡No me vengas con historias! –exclamó Maca un tanto indignada.

–El dolor sigue ahí, claro, pero el sufrimiento solo aparece y tortura cuando te resistes al dolor. Si tú aceptas el dolor, el sufrimiento no existe. Entonces el dolor no es

inaguantable, porque tiene un sentido comprensible en donde se remansa, flotas en una zona por encima del dolor conectada al no tiempo. Lo inaguantable es tener el cuerpo aquí y la mente en el pasado o en el futuro, lo insoportable es querer distorsionar la realidad, que es inamovible. Eso sí que es insoportable. Es una lucha inútil como es inútil su resultado: el sufrimiento. No se puede luchar por lo que no existe. En este instante, en el ahora, sin análisis, vives en una zona donde no hay dolor.

–¿De veras te crees todo eso? ¡Vamos, anda!

–No es cuestión de creer, querida Maca, sino de sentir, de experimentar. Se trata de un gran descubrimiento, te das cuenta de que la ola es el mar, porque en unos segundos se desvanece el miedo al futuro, el pavor a la muerte y la conciencia de limitación. Si lo pasas mal, es porque te crees separado, un surfista, como estos que abundan en estas playas de Tarifa, tragado por el oleaje, «un ser para la muerte», como decía Heidegger. Pero cuando, gracias a la contemplación (sin pensamiento, sin la paliza de la mente que te da la tabarra para dar realidad a lo que no la tiene), te ves, te sientes uno con todo, no hay ayer ni mañana, ni tiempo ni muerte, solo mar. Es como si ese surfista cayera en la cuenta de que no puede temer a la ola porque es parte de ella, ya es algo con sabor a eternidad, cae en la cuenta de que él es mar.

Rodrigo tragó saliva y añadió:

–A veces nuestro mar se manifiesta bravío, en otras ocasiones calmado, porque estamos dentro de la película, de la manifestación o del «sueño», o el «gran teatro del mundo» de Calderón, la peli esta de la vida. Si cierro los ojos y siento la energía dentro de mi cuerpo relajado, a la que pertenezco, sé que soy un resplandor, una ola del océano, una chispa de la luz, y entonces de pronto despierto, y toda angustia y temor acaban disipándose como por encanto. Eso es despertar más o menos. No sé si me entiendes.

Maca levantó los brazos.

–Entonces, tío, deberías ser feliz de una vez y dejar de indagar tanto sobre cómo murió Silvia y otras zarandajas. Digo yo.

Rodrigo suspiró y asintió con la cabeza.

–Lo sé. ¿Qué quieres que sea, un santo, un gurú así en pronto? Sigo buscando, tengo fogonazos. Pero eso no significa que vea del todo claro. Cuando me dejó Bea, tuve un periodo fuerte de lecturas, meditación y búsqueda. Luego me volví a meter en la vorágine y ahora aquí me tienes en La Veleta de vuelta al niño que hablaba con el mar, el reencuentro con Silvia y el mazazo de la muerte de mi padre. Lo de mi hermana es parte de un viaje, mi viaje hacia la verdad, mi verdad.

–Y te confiesas conmigo –sonrió la periodista–. Soy una privilegiada.

–Al final lo has conseguido. ¡No publiques mis declaraciones, que te conozco! –rio Rodrigo.

–En primera y a cuatro columnas, chaval. Intentaré convencer a Fernando.

–Por cierto, ¿cómo te trata? ¿Te pide color?

–Sí, es su obsesión. Se ha olvidado de que ahora la gente se alimenta más de imágenes que de texto. Tiene color de sobra y hay que escribir corto para que no salte con el ratón a otra historia.

–Por desgracia. ¡Qué tiempos en los que las crónicas eran auténticas piezas literarias! Julio Camba. Eugenio Montes, Vázquez Montalbán, por ejemplo. Cuida la palabra, niña, que es la cámara más fidedigna para atrapar la realidad.

–¡Poeta!... Mira quién viene por ahí.

Del fondo del paseo emergía Vicente, flanqueado por dos siluetas verdes, dos compañeros, armados hasta los dientes. Se despidió de sus colegas y apoyó la metralleta en el velador. Venía sudoroso.

–¿Cómo te ha ido? –le preguntó Maca.

–¿No ves? Sudando como un pollo. ¡Qué movida! Los hemos trincado con las manos en la masa. Hemos corrido tras ellos para pillarlos. Pero algunos se han esfumado. Es que ahora además han aprendido una nueva técnica. En sus narcolanchas rápidas traen la droga y en otras desembarcan inmigrantes. Les compensa también porque le cobran a cada uno una pasta. Pero nosotros ya no damos abasto y no nos envían refuerzos, chica.

–Bueno, Vicente, ¿qué me cuentas? –preguntó Rodrigo impaciente.

–¿No tenéis hambre? Yo estoy muerto. Necesito comer algo. Aquí cerca hay un sitio en el que fríen muy bien el pescado. ¿Vamos?

Hasta que los tres tomaron asiento en la tasca alicatada con carteles de toros en las paredes, Vicente no comunicó a Rodrigo la noticia:

–Verás, la semana pasada capturamos a un narco importante. Fue durante una redada que habíamos preparado durante meses. Le seguimos la pista por todo Algeciras. Sabíamos que un montón de familias se alimentaban a su costa y, hasta que un muchacho no se fue de la boca, no pudimos seguirle el hilo y descubrir su escondrijo. Fue una operación que requirió poner en movimiento a cerca de cien hombres de la Guardia Civil y la policía conjuntamente. Caímos sobre él de madrugada en una cueva de las afueras y ahora está en chirona con veinte cómplices más.

–¿Y eso qué tiene que ver con lo mío? –interrumpió Rodrigo.

–¡Espera, hombre! No seas impaciente –advirtió Macarena.

–Verás. Al día siguiente fui a comer con mi padre, el gran amigo de vuestra familia. Como a él le gusta que le tenga al día de mi trabajo, le conté los pormenores y el éxito del asalto. Entonces me preguntó cómo se llamaba el pájaro que habíamos capturado. Le dije que lo llaman el Genaro. «¿El Genaro? ¿Es viejo o joven?», me preguntó. «De unos cuarenta y tantos, más o menos», respondí. Soltó un taco y exclamó: «¡A ver si tiene algo que ver con el Genaro que yo conocí hace muchos años, el cabecilla de El Vertedero!». De vuelta al cuartelillo hice las indagaciones necesarias y efectivamente: el Genaro Dos que tenemos en la cárcel es hijo de aquel Genaro que mi padre conoció. Es más, agárrate bien: ¡El Genaro viejo, el que trató con tu hermana, vive!

Rodrigo se levantó:

–¡No me digas! ¿Y sabes dónde?

–Lo he averiguado. Vive como un rey en Marbella, en una casa que es medio chalé de lujo, medio fortaleza.

–¡Fantástico! ¿Crees que sería posible visitarlo?

–Espera, hombre. No va a ser fácil. No quiere hablar con nadie, pretende ser

olvidado, vive en su palacete encerrado a cal y canto y con guardianes. Pero estoy en contacto con un confidente nuestro, a ver qué se puede hacer.

–¡Gracias, Vicente! ¡Menuda noticia! Ese tipo conoció a mi hermana. Tiene que saber más.

–¡Para el carro, Rodri, es muy arriesgado –intervino Maca–, no hagas locuras!

–Sí, espera un poco. Mira, tenemos que buscar una estrategia muy pensada para que el encuentro sea viable. Ya te iré informando –concluyó Vicente–. Ten en cuenta que tenemos a su hijo, que es el que actualmente está en activo.

Macarena sacó su libreta.

–Vale, ahora vamos al curro. ¿Me puedes contar más sobre la operación de hoy?

–Sí, pero no me comprometas, no me cites en tu crónica, ¿eh?, por favor.

Vicente le relató que la semana anterior nueve guardiaciviles habían sido agredidos y un niño fallecido tras ser arrollado por una lancha semirrígida en menos de setenta y dos horas en Algeciras.

–¿Qué está pasando en el Campo de Gibraltar, que no hay una semana en la que no salgan noticias relacionadas directa o indirectamente con el narcotráfico? –interrogó Maca.

–Es la consecuencia de la impunidad existente en la zona, el caldo de cultivo ideal para las bandas organizadas que tienen en el narcotráfico una fuente de ingresos constante desde hace años. En Madrid se dice que son hechos aislados, pero es más que eso, los hechos aislados se nos acumulan en el Campo de Gibraltar. Desde hace tiempo se ha instalado y hay un sector de la población que está dentro del narcotráfico directa o indirectamente. Han entendido que pueden hacer lo que quieran y existe una situación de inseguridad.

–¿Crees que hay alguna solución para cambiar este estado de cosas? –inquirió la periodista.

–¿Cambiarlo? Necesitamos refuerzos, pero va a costar, porque restablecer el orden no se consigue solo con una mayor dotación policial, sino con una acción judicial contundente. Los jueces aquí son muy lentos, no dan abasto. Es una cuestión de legislación y de que los pilares del Estado intervengan de forma eficaz. No se borran de un plumazo tantos años de narcotráfico, del que viven tantas personas, Maca.

Vicente abundó en datos sobre el golpe de aquella mañana: novecientos once kilos de cocaína y diez personas detenidas. La operación se sumaba a la realizada el pasado domingo por el instituto armado, que desarticuló, con la detención de doce personas, una de las organizaciones más importantes dedicada a la introducción de hachís en la comarca gaditana de Campo de Gibraltar desde Marruecos, que habría hecho llegar a dicha costa más de diez mil kilos de dicha droga.

Rodrigo apenas escuchaba, embarcado en sus pensamientos entre sorbos de café, deseando que terminara cuanto antes la entrevista. A las cinco de la tarde, tras despedirse de sus amigos, enfiló el coche hacia La Veleta. Llegó rendido, pero aún con fuerzas para abrir uno de los libros que había adquirido en su librería preferida de Madrid: *La ola es el mar*, de Willigis Jäger; y a propósito de la conversación sostenida con Macarena,

releyó unos párrafos que había meditado en el avión salidos de la pluma de este curioso benedictino, hombre iluminado, puente entre Oriente y Occidente:

Me gusta servirme de la siguiente representación: Si nos imaginamos la Realidad primera como un océano inmenso, nosotros somos algo así como las olas de ese mar. Si la ola tiene la experiencia «soy el mar», aún hay dos: ola y mar. Pero en la experiencia mística se traspasa también ese dualismo. El yo de la ola se diluye y en su lugar el mar se experimenta como ola. Se experimenta en la unidad de ambos y como unidad de ambos. Este paso no lo lleva a cabo el místico, sino que lo sucede. Ya no mira la realidad como un ente frente a él; no la ve, por así decir, desde el exterior, sino que la experimenta desde el interior. Utilizando esta imagen, experimenta que todo es ola y océano a la vez. Todo es manifestación de la Realidad Una. Y, como todo es revelación de la misma realidad, también hay una compenetración absoluta de todo. El mar son todas las olas, y todas las olas son una unidad. Todo es cosmos, y todo en él es la manifestación del mismo ser cósmico. Pero esto lo experimenta el místico precisamente al cesar toda diferenciación entre él y las manifestaciones del ser.

La mística no está más allá de Dios y del mundo. La mística es Dios y mundo, una unidad indivisible. Pero esto no significa la abolición de la tensión entre los dos polos. Es la tensión entre un extremo de la vara y el otro. Es la tensión entre mar y ola, entre rama y árbol. Por eso, tampoco se consideran equivalentes Dios y ser humano. El mar se revela como ola. Uno puede dirigirse separadamente al mar y a la ola, pero su esencia es agua. La mano tiene dos caras. Mirándolas con la razón, habrá que mirar primero una cara y luego la otra. Desde el interior, ambas caras se experimentan como una. Por ello, se trata al mismo tiempo de la experiencia del completo vacío y de la plenitud total.

Levantó la vista del libro y contempló el mar, su mar, encrespado aquella tarde en forma de olas espumosas por encima del espigón bajo las primeras ráfagas de luz del faro, y pensó: si es así, ni Silvia ni Bea están separadas de mí; los tres somos agua, tres olas del mismo océano. Pero el silencio y la casa deshabitada no le permitían dar el salto desde aquel vacío, aquella nada, para aliviar su soledad

Ahora sé que eres tú

El revulsivo de las experiencias que acababa de vivir en Madrid y su conversación con Macarena el día anterior desembocaron en un firme propósito: volver a la práctica de la meditación no discursiva que había abandonado hacía años. Se levantó temprano y rebuscó entre los libros que se había traído de su biblioteca o comprado recientemente en la ciudad la manera de conectar con su naturaleza más profunda. Recordó hojeándolos que, cuando se consigue, la respiración se vuelve más lenta, las ondas cerebrales se modifican, y a través del sosiego interior y exterior se alcanza un orden, cierta armonía en nuestro caos habitual. Los maestros espirituales ponen el acento primero en encontrar un foco, un centro, al observar la respiración propia, mediante la repetición de una palabra, *mantra* o sonido. Los orientales suelen usar la palabra *Om*, entre otras muchas; los cristianos una frase evangélica o el nombre de Jesús, por ejemplo. Se trata de interrumpir el flujo de los pensamientos cotidianos y de liberar la cabeza del bombardeo de ideas e imágenes. Y, si vienen los pensamientos, que siempre acuden para distraer al meditador, evitar la preocupación de si lo está haciendo bien para dejarlos pasar con cierta indiferencia, como nubes que cruzan en el cielo, y volver a concentrarse en ese foco.

Se sentó en una silla en la penumbra del salón manteniendo el cuerpo vertical, sin tensiones, pero erguido, como si estuviera colgado de un hilo desde la coronilla. Luego tenía que elegir una palabra o simplemente contar las respiraciones de diez en diez, lentamente y de forma natural con los ojos cerrados o semiabiertos, pero sin fijarlos en nada, concentrándose en relajar los músculos. Intentaba no pensar ni preocuparse por el resultado. Cuando le asaltaba una idea, un dolor, un recuerdo –la imagen de su padre moribundo, la despedida de Bea, las pesquisas sobre Silvia–, no apretaba los dientes, intentaba mirarlos desde fuera, con cariño y desprendimiento a la vez, con el propósito de relajarse dentro de ese mismo dolor o pensamiento.

Sabía que el secreto era la constancia, repetir esos diez o veinte minutos todos los días, si fuera posible mañana y tarde. Entonces volvió a experimentar algo de la energía interior que se siente cuando se saborea el «ahora» de todo el ser, como una presencia indefinible. Pero sabía que ese camino de conectar con lo que algunos llaman la energía universal y otros Dios no era fácil, y que no sirven las recetas, ni las técnicas, sino

dejarse pasivamente invadir por esa indescriptible paz interior.

No tardó mucho en escuchar el llavín en la puerta.

–¡Zeñorito! ¿Ha vuelto usted? –se oyó enseguida.

Bajó al encuentro con Milagros. Allí estaba ella en la cocina, los brazos en jarra frente a una cesta repleta de viandas, brindándole su rezagante sonrisa.

–¡Dichosos los ojos! ¿Cómo se encuentra? Ya me he enterado. Por Dios, qué penita. No sabe cuánto lo siento. Le acompaño en el sentimiento, don Rodrigo. Ayer fui a la iglesia y le he pedido a nuestra Virgencita por su padre con toda mi alma y por toda su familia.

–Gracias Mila, eres un cielo. Aquí me tienes, de vuelta. Estoy bastante bien, dentro de lo que cabe; sabes cómo son esas cosas. Pero bueno, ya ha pasado todo. ¿Y tú?

–Sin novedad. Por cierto, también me he enterado de que estos días no se ha aburrido del todo, ¿eh, zeñorito? –respondió Mila con pícaro sonrisa.

–¿Qué insinúas?

–Lo que digo, que no se ha aburrido. Vamos, que las penas con pan son menos. Que tiene una nueva amiguita. Me lo ha contado un pajarito.

–No me digas.

–Aquí las noticias vuelan. Ayer lo vieron unos del pueblo en Tarifa. Y el otro día en Algeciras con la misma. Que conste que yo me alegro, a ver si se anima un poco, ¿no? –dijo con segundas.

Rodrigo sonrió.

–No es lo que te imaginas, Mila. Es una compañera de trabajo, nada más. ¿Cómo se atreven? ¡Qué lenguas hay en este pueblo!

–Y que lo diga, la plaza de mi pueblo es *mehhó* que el *Internés* ese. Bueno, bueno, me han dicho que la moza no está nada mal –añadió con aire flamenco–. ¡A ver si esa *pilandonga* acaba atrapándolo! Nunca se sabe, cómo están de sueltas las niñas de hoy. ¡Válgame Dios! Ya no tienen en cuenta ni la diferencia de edad. Bueno, hablando de otra cosa, ¿va a comer hoy en casa?

–Sí, Mila, eso creo. No tengo previsto salir.

–Pues puede ir preparándose. Hoy vamos a celebrar su vuelta como se merece, con mi plato estrella.

Rodrigo subió al salón y revisó mensajes en el teléfono. Entre ellos encontró uno de Isabel, su hermana: «Lláname cuando puedas».

Lo hizo de inmediato.

–Hola, Rodri. Ayer estuve en la residencia con mamá.

–¿Y cómo fue?

–No sé cómo decirte, hijo. Reconozco que iba con mucho miedo, no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar. Primero hablamos del tiempo y de sus amigas. Luego saqué la carta de papá del bolso. Se puso muy tensa. Le dije que se tranquilizara, que se iba a alegrar de leerla. Le conté paso a paso cómo había llegado a nuestras manos y que era muy positiva, que estaba segura de que le iba a gustar. A medida que la iba leyendo, notaba cómo se iba desmoronando de su rigidez, fue ablandándose poco a poco hasta

echarse a llorar como una niña. «Mamá, ¿qué te pasa?», me asusté porque daba la impresión de que no reaccionaba, gemía y gemía, la pobre casi no podía hablar.

–¿Y qué hiciste?

–Me acerqué a ella, la tomé de las manos, le di un beso, se tranquilizó y dijo: «Dios mío, qué hombre, ¿y por qué ha tardado tanto? Ha tenido que esperar a morirse para pedir perdón. ¡Qué dolor! Me hubiera gustado oírlo de sus labios, abrazarlo, darle un beso. ¡Qué tristeza!» –la voz de Isabel se entrecortaba con sollozos al narrarlo tras el teléfono.

–¿Y cómo está ahora? ¿Se ha quedado más tranquila?

–Sí, le dije que qué más daba. Que al final papá ha hecho lo correcto, y que era muy bueno, muy consolador, y ya está. Que ahora tenía que calmarse y perdonar también ella. Que nunca es tarde para eso y que así se quedaría en paz con la imagen mejor de su marido. Que pensara que ahora la estaba abrazando desde el cielo. En fin, Rodrigo, he decidido visitarla con mayor frecuencia. Está muy sola la pobre. Necesita ayuda. He pensado pedirle al padre Contreras que vaya a verla. ¿Qué te parece?

–Muy buena idea.

–No estaría de más que tú también la llamas de vez en cuando. Te recuerda mucho. Siempre está preguntando por «mi niñito enfermo».

Rodrigo asintió y se propuso recuperar el contacto con su madre después de tanto tiempo. Pensó que paradójicamente la muerte de su padre estaba devolviendo la vida a la familia. Le vino a la imaginación una de esas linternas de los pescadores que de pronto son un punto de luz en la noche negra del mar. ¿Sería verdad que el dolor puede iluminar cuando se acaba aceptando?

Colgó apaciguado, con un sabor a distancia en los labios, ese relativismo que produce pensar en la muerte.

Mila se presentó con su bandeja humeante un par de horas después.

–¡Tatá, tatán, aquí está la sorpresa para el patrón del barco!

–¿Qué me traes? ¡Madre mía, cómo huele!

–Otro guiso gaditano de rechupete: garbanzos con langostinos, una receta de mi tía, que, por cierto, no hace más que preguntarme por usted.

–Vale, pero hoy te vas a sentar a comer conmigo. Venga, sube otro plato, anda.

La joven aceptó gustosa compartir el almuerzo en aquella ocasión y disfrutaron del sabroso guiso marinero mientras charlaban sobre las novedades del pueblo.

–¿Conoces a Vicente, el guardiacivil?

–Claro, ¿cómo no lo voy a conocer? El hijo de Salvador. Por supuesto, un buen muchacho y con muy buena planta. Pero felizmente casado y con dos churumbeles.

–¿Qué insinúas?

–¡Que quién lo hubiera *trincao* a tiempo! Seguro que me hubiera ido mejor que con el zascandil de mi marinero. Aunque ese guardia está poco en el pueblo. Ahora vive en *Aesira* jugándose la vida con esos bandidos del Estrecho. ¡Qué desgracia la droga! ¿Por qué me lo pregunta?

–Por un asunto que llevo entre manos. ¿Qué sabes de su padre?

–¿El Salvador? Bien, con sus achaques. Por cierto, el otro día me lo encontré en *ca* la Tere y me preguntó por usted. Me pareció preocupado, como si tuviera miedo o respeto a venir a verlo, no sé. Yo le he dicho que usted es una persona muy sencilla.

–Ya estuvo aquí al principio. Era buen amigo de la familia.

–Sí, ya me han contado lo de su hermana, la señorita Silvia. ¡Qué penita, *sentrañas* más por Dios! Aunque de eso ya hace muchos años, ¿no? Pero a la gente no se le ha *olvidao*. Por el pueblo corren cosas *mu* raras. Pero, don Rodrigo, yo sé que usted lo sintió muchísimo. Mejor no hacer caso de la gente, que es *mu* mal *hablá*. Así que chitón, «en la duda, la lengua muda».

Rodrigo le llenó la copa de vino.

–¡Venga, cuéntame, niña, que yo tengo más escamas que años y nada me asusta!

–No sé, no sé, que se me va a *enfurruñá*, y yo le he cogido cariño.

–No me enfadaré, te lo prometo.

Milagros se atusó el cabello, bebió un trago de vino y comenzó a trompicones:

–Venga, que sea lo que Dios quiera, ahí va eso: los abuelos del pueblo no se han olvidado de aquel accidente. Cuchichean que su hermana era un primor de niña, una ricura de cría desde luego, lista como un demonio, requetebonita, *espabilá* como ella sola, vamos, un mirlo blanco. Pero cometió la *chupiná* de meterse en aquel barrizal de canallas y fulleros, donde empezó *to* lo de la droga, que Dios confunda, ya me entiende. Las malas lenguas cuentan que no había chavea en el pueblo que no se la comiera con los ojos. Pero ella, perdóneme usted, era una *mijilla* infeliz, vamos, que echaba *carná* a los peces sin darse cuenta –¿me entiende? –, que les daba coba... *Mu* buena, sí, con la buena *voluntá* de echarles una mano. Pero *pa mí* que le *fartaba un hervó*, un poco *panoli*, ¿me explico, don Rodrigo? Al fin y al cabo era todavía una chiquilla, sin ánimo de *ofendé*.

–¡Venga, Mila, aterriza de una vez!

–Bueno, pues resulta que a la niña la sorprendieron besándose con varios gitanos *descarriaos*, chaveas del arrabal, figúrese usted.

–¿Y?

–Pues que eso no es lo peor. Las viejas cuentan que aquí vino un cura joven que se volvió loquito por sus huesos y que no la dejaba ni a sol ni a sombra.

–Sí, lo conozco, se llama Ramón. Luego se secularizó y está casado con otra del pueblo. Ahora está jubilado y vive en Cádiz. Pero ¿hubo algo más?

–Pues ¿qué quiere que le diga? La gente cuchichea, habla y habla, vaya usted a saber. Los vieron darse un arrechucho *mu acaramelaos* aquella misma noche del accidente. Imagínese, don Rodrigo, ¡con un cura y en aquellos tiempos que dicen que *toa* España meaba agua bendita! Además, lo que la gente larga, lo que le da a la sin hueso. Decían que el curita trabajaba con los pobres, pero que era un poco *jartible*, porque la gente no le entendía ni papa cuando hablaba de comprometerse con la justicia y cosas así.

–Me lo imagino. Pero eso me da igual. Lo que quiero saber es si Silvia se subió con él en el coche aquella noche. ¿Sabes algo?

–De eso, la verdad, no sé decirle. Unos cuentan que sí, otros que la chiquilla iba sola.

Pero *argo* debió de pasar aquella noche, y no *mu bueno*, se lo aseguro don Rodrigo, porque algunas *muheres* la vieron *esmoresía* llorando por la calle. Pobre niña, solo Dios lo sabe.

–Vale, Mila. Te agradezco que me lo hayas contado.

–¡*Ojú* y lo que me ha *costao*! Menudo peso que me he *quita*o de encima. Pero no está *enfada*o, *mi arma*, ¿no, verdad? –resopló.

–No, mujer, quédate tranquila. Aunque lo que me cuentas no me aclara demasiado, algo me ayuda y sigo atando cabos. Ya te contaré si saco algo en limpio. Gracias también por el guiso; eres la mejor cocinera que conozco, te lo prometo. No entiendo cómo no sacas novio y pronto. Con esa cara y esa mano para la cocina, ¡menudo partido!

–Ojalá. Pero, si quiere que le diga la verdad, hoy no hay hombres de verdad, últimamente solo se me arriman los *separaos* y muchos *esmayaos* y *papafritas* que hay por ahí sueltos en paro y encima *cargaos* de churumbeles. *Na de na*, don Rodrigo, que se lo digo yo. *Azin* que, cuando una se tropieza con un hombre como Dios manda y con la cabeza bien puesta como usted, da gusto. Si me callo, no lo digo, y no es un *cumplío*, que conste.

Rodrigo le dio de nuevo las gracias, un beso en la mejilla y se fue a la terraza, llenó la pipa y delante de un café intentó ordenar sus ideas. La primera, una cierta rabia hacia Ramón. Había percibido algo extraño cuando lo visitó en Cádiz, sobre todo en las reacciones de su mujer, pero le indignaba que le hubiera ocultado lo más importante. Claro que delante de ella profundizar en la relación era pedirle demasiado. Pero al mismo tiempo no lo veía capaz de haber dejado tirada a Silvia en el barranco, y menos de ser cómplice de cuanto hubiera ocurrido en la trágica noche. Se propuso interrogarlo más a fondo de modo discreto, sin que se enterara su esposa. Aunque lo que más lo turbaba era la imagen que iba emergiendo de su querida hermana a través de los nuevos datos. ¿Qué le pasó a Silvia? ¿Cómo una muchacha tan limpia, tan angelical, se había dejado manosear por unos y por otros de aquella manera? Pero, sobre todo, ¿qué había pasado aquella noche? ¿Qué acabó arrancándole la vida?

Un trasatlántico procedente del Estrecho surcaba la línea del horizonte con un presumible cargamento de turistas, de esos que hacen escalas fugaces en docenas de puertos. Nunca le había tentado embarcarse en un crucero así en manada borreguil disparando fotos nerviosas con el absurdo intento de almacenar la belleza sin apenas disfrutarla en un loco mirar sin contemplar.

Recordó las tardes enteras que había dedicado en su vida a sentarse delante de algunos cuadros. Como *El entierro del Conde de Orgaz* en Toledo, uno de sus preferidos, toda una concepción de la vida humana ante la muerte, con ese contraste del color vivo de los personajes del cielo, arriba, y la oscuridad, abajo, del luto terrenal, representado por una teoría de rostros adustos jóvenes y viejos, tan humanos, tan realistas (como los retratos reales que son) que están contemplando el cadáver junto a los santos Esteban y Agustín, según la tradición, autores del milagro de asistir al señor de Orgaz a la hora de la muerte. Y en medio, ascendiendo, su alma difusa, etérea, con apariencia de feto en su viaje hacia la misericordia, que es llevada al cielo por manos de

un ángel, a través de una especie de vulva maternal que le dará a luz a la vida eterna del cielo. La muerte aparece así como un parto, como un alumbramiento a la luz infinita, como trance doloroso abajo, pero lleno de esperanza arriba.

No sabía por qué le había venido a la mente de pronto la pintura de El Greco. Quizás en contraste con la trivialización del momento del mundo consumista recordado por el crucero; quizás porque su padre había tomado una posición fetal al morir; quizás porque el pintor lograba, como dice Marañón, crear «una pintura ascensional». Pero el logro más impresionante de la concepción del cuadro lo veía en su índole de síntesis. No hay en él un antes y un después, muerte y salvación, sino que todo está a la vez, todo es ahora.

No está completamente aislada la realidad visible de la invisible, solo tienen otros colores, pues el cielo de El Greco está presente al mismo tiempo que la tierra de los caballeros de abajo. Son dos aspectos, la doble cara de una misma vida. Lo movía todo ello a preguntarse si la dimensión eterna no estaría ya aquí en la temporal y es nuestra incapacidad para verla o sentirla la que nos impide tomar conciencia de que el tiempo no existe, de que es una ilusión, un sueño, pues ya seríamos en el fondo, sin darnos cuenta, «no tiempo».

«Quizás Silvia sigue a mi lado –pensó– para ayudarme, para acompañarme en el descubrimiento, un viaje iniciático necesario hacia una verdad que está por encima de los hechos anecdóticos que ocurrieran o no antes de su muerte». ¿No era Manuel Altolaguirre el que en un brevísimo poema titulado «Ahora» escribió certeramente?

*Ahora sé que eres tú.
Ahora, cuando no te siento,
cuando mis sentidos no te limitan.
Ahora es cuando te tengo.*

Pido no pedirte nada

Perdida la fecha en las brumas de la memoria, no recordaba exactamente cuándo fue la primera vez que visitó aquel curioso lugar. Eso sí, llevaba pantalones bombachos que disimulaban malamente el aparato ortopédico que mantenía fija su pierna, calzada con una bota con alza cuando tendría unos doce o trece años, y eso sí, ya podía andar y moverse con reducida agilidad. Lo acompañaba su tío Antonio, profesor de Historia del Arte del Instituto de Segunda Enseñanza de Cádiz, que con sus descripciones lo ayudó disfrutar de toda la belleza del oratorio. Y se le quedaría grabado en el ánimo quizás como el espacio más misterioso y sobrecogedor de toda la ciudad.

Por esta razón no le resultó indiferente que Ramón Ortega lo citara precisamente en la Santa Cueva, situada junto a la parroquia del Rosario, en la calle del mismo nombre. ¿Por qué? «Tenemos que encontrarnos en un sitio muy discreto –le había advertido–. En Cádiz no das un paso sin que alguien te reconozca y se entere de por dónde andas; es como moverte por el pasillo de tu casa o gritarlo en un patinillo, y no quiero por nada del mundo que Pili se entere. Espérame a las diez y media en la capilla de abajo».

Rodrigo llegó con media hora de antelación para tener tiempo de volver a visitar aquel lugar que tenía algo de mágico y devoto, con un punto de siniestro, original y altamente artístico a la vez. Siempre le había resultado chocante lo poco conocido y apreciado que era este sitio para muchos visitantes, incluso gaditanos, que nunca habían pisado esas capillas superpuestas tan ligadas a la historia de la ciudad y a nombres ilustres del arte. Así que adquirió una entrada y saboreó lentamente la empinada escalera que comunica la capilla superior y la inferior, dos mundos contrastados y dispares.

En pleno apogeo de los mejores años de la ciudad en el siglo XIX, hacia 1830, cuando Cádiz tenía setenta mil habitantes y era la tercera urbe más poblada de España, surgió una fraternidad de tipo religioso que se dedicaba a revivir la Pasión de Cristo la noche del jueves en una casa de la calle Garaicoechea. Como el grupo, compuesto solo por hombres, se reunía de forma secreta y la casa estaba cerca de un prostíbulo, despertó los recelos del vecindario. De modo que el obispo de entonces, fray Tomás del Valle, decidió tomar cartas en el asunto y se presentó disfrazado y de incógnito en la reunión. El prelado comprobó que no había nada de irregular en el evento y simplemente aconsejó a los caballeros que se reunieran en una iglesia para no despertar suspicacias.

Se refugiaron entonces en la del Rosario, donde encontraron un subterráneo que fue habilitado como capilla.

Aquí entra en escena un personaje curioso: José Sáez de Santamaría, marqués de Valdeñigo. Nacido en la ciudad mexicana de Veracruz, siendo muy joven se trasladó con su familia a Cádiz. Formado por los jesuitas y ordenado sacerdote, asumió la dirección espiritual de la Hermandad de la Santa Cueva y emprendió en 1870 su reforma. Primero de la capilla inferior, la más austera, y luego, cuando recibió una pingüe herencia de la familia, de la superior, un derroche de arte neoclásico con elementos barrocos.

Rodrigo, al volver a visitarla, reconoció aspectos que le recordaban a su colegio: el Sagrado Corazón como víscera separada, iluminado en la hornacina de la escalera, y en la espléndida capilla superior construida en honor de la eucaristía con los relieves alusivos a la comunión de los santos jóvenes jesuitas san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka; pero sobre todo le impresionó vivamente volver a saborear los tres Goya que el padre Santamaría encargó al pintor, sin duda aprovechando que este se encontraba reponiéndose con prestigiosos médicos gaditanos de una grave enfermedad. El pintor se había alojado en casa de un amigo suyo, Sebastián Martínez, comerciante riojano instalado en la ciudad, que, además, era un ilustrado amante de las letras y las artes, pues poseía en su casa una gran biblioteca y una importante colección de obras de arte, y del que se conserva un retrato suyo pintado por el propio Goya.

Volvió Rodrigo a quedarse extasiado ante el cuadro de la Cena. Reclinados en el suelo a la romana, pero sin triclinio, los apóstoles en disposición ovalada componen una elipse haciendo piña en torno a Jesús. Los liberados y singulares pinceles del aragonés muestran rostros vivos, llenos de fuerza y sugerencia con ese toque con que sabía dar alma a sus cuadros este adelantado precedente del impresionismo. Lo que más le gustaba a Rodrigo era observar que los apóstoles eran gente del pueblo, se diría que arrancados de las praderas de san Isidro. No tenía tiempo esta vez para contemplar con detalle los otros cuadros de Goya: «La multiplicación de los panes y los peces» y «La parábola de la boda del hijo del rey», y menos «Las bodas de Caná» y «La recogida del maná», de Zacarías Velázquez y José Camarón respectivamente, de menor valor artístico.

Bajó a continuación a la capilla inferior. La imagen de la Dolorosa era un prólogo para ese espacio sobrio y austero: «Andad, hijos míos, porque yo he sido dejada sola». Por la escalera de la derecha un Jesús Nazareno en una de sus caídas marca el camino de la penitencia y la inscripción en latín «Todo el que desee alcanzar el reino eterno del cielo venga a este lugar, pues aquí está preparado el camino». De nuevo se impresionó con la desnudez encalada del oratorio inferior. Solo el grupo escultórico de un calvario con luz cenital al fondo escenifica la agonía de Cristo, bajo el sugerente título de «Perdón», mientras que la Dolorosa, calificada como «Piedad», aparece junto a los otros dos fieles testigos de la crucifixión, Juan y María Magdalena. Allí, en esa escenografía en claroscuro, es donde el capellán impartía los ejercicios espirituales iluminado desde una tribuna mientras el resto del recinto permanecía en la oscuridad. Y allí se interpretaba la intimista partitura que el gran maestro Joseph Haydn, por encargo de

Santamaría, compuso para ilustrar las Siete Palabras de Cristo en la Cruz que solía ser interpretada en la capilla la mañana del Viernes Santo. ¿Se disciplinaban además los concurrentes? Probablemente, supuesta la concepción de penitencia que dominaba en la época.

Sin duda, el vacío umbroso del lugar invitaba al recogimiento. Se sentó y contempló el calvario. Era semejante a las docenas de esculturas que hacen los desfiles procesionales de la Semana Santa, como el Cristo de la Buena Muerte, el Nazareno, los Afligidos. Le vino a la memoria que en una ocasión mostró la Semana Santa gaditana a un colega estadounidense, corresponsal en Madrid, que al paso de las procesiones exclamó: «¡Cuánta sangre y crueldad! Y todo rodeado de música y flores. No lo entiendo». Entonces Rodrigo se limitó a mostrarle a una madre y su hijo pequeño que rezaban un avemaría a la imagen de una Dolorosa mecida en sus andas por los cargadores. «En Andalucía rodeamos el dolor de lujo y triunfo», indicó. «¿Por qué?», preguntó el gringo. «Porque la fe de esta gente vive la Pasión desde la alegría de la Pascua». Ahora Rodrigo veía el dolor y la muerte con nuevos ojos al integrar de otra manera su propio sufrimiento.

Una mano en el hombro lo sacó de su ensimismamiento. Era Ramón, que se sentó a su lado.

–Hola, Rodrigo. ¿Qué quieres de mí? –preguntó el recién llegado en voz baja.

–Puedes imaginártelo –respondió con gesto adusto Rodrigo–. Me has mentido o me has ocultado cosas importantes sobre mi hermana. ¿No es cierto?

Ramón carraspeó.

–¿Qué querías que hiciera delante de mi mujer?

–Ya, ya me di cuenta aquel día. Pili estuvo muy tensa.

–¡Y tanto! Ahora, si quieres, puedo contarte toda la verdad.

–Pues venga, desembucha de una vez.

Ramón respiró hondo.

–Todo lo que te conté es completamente cierto. Pero hay más. En aquel tiempo mi vocación empezaba a hacer crisis. En contacto con la pobreza y al sumergirme en aquel barrio, no solo me preguntaba cómo comprometerme con los pobres y la clase obrera. También, al conocer a tu hermana, se despertaban mi afectividad y mi sexualidad largamente reprimidas. Te lo confieso: me volví loco por ella. Era un sueño hecho realidad, el prototipo y el encanto encarnados en una mujer concreta que irrumpía de pronto en mi vida. No conciliaba el sueño. Su imagen angelical y seductora flotaba entre nubes, me perseguía de día y de noche. Un día se lo dije a bocajarro, que estaba enamorado y no podía vivir sin ella. Silvia se escandalizó no sabes cómo y me rehuía. Así transcurrió un mes en un infierno, hasta que una noche, en un rincón oscuro del pueblo, le pedí que me diera un beso. Ella se resistió y yo, sin poder contenerme, la abracé y la besé apasionadamente. Silvia se echó a llorar y eso fue todo. Nunca volví a verla. Ocurrió justo aquella terrible noche en que desapareció para siempre.

–¿Eso fue todo? ¿No subiste con ella al coche?

–No, se fue sola llorando. ¡Eso es todo, te lo juro! Puedes imaginarte el desgarró

cuando me enteré de lo ocurrido y cómo me sentí después.

–¿Y Pili?

–Pili, celosa hacía tiempo, andaba detrás de mí y poco a poco consiguió que me encaprichara con ella. No hay más. Esa es mi trágica historia con Silvia.

Los dos permanecieron en silencio contemplando el Calvario en la penumbra.

–¿Y no sabes quién la acompañó en el coche?

–Ni idea. Eran varios los que estaban obnubilados con ella. No sé más. Esa es toda mi verdad, mi triste historia. Ahora reconozco mi inmadurez afectiva de entonces y desde luego la fragilidad de mi vocación, como después se puso de manifiesto.

–En el pueblo se dice que la vieron besarse con otros.

–No te lo puedo asegurar. Sí es cierto que tu hermana se implicó a fondo con aquella pobre gente. Seguro que con el deseo de ayudarlos, sobre todo con los más pobres y débiles. Pero desconozco qué pudo pasar después, de veras.

Cuando Rodrigo iba a agradecerle su confianza, irrumpió en el oratorio un grupo de turistas extranjeros precedidos de un guía que explicaba en inglés la historia y descripción de la Santa Cueva.

–Perdona, me tengo que ir. Pili me espera en casa. Le he dicho que bajaba a hacer unas compras –se despidió Ramón.

Rodrigo se quedó solo en la capilla. Recogió su cabeza entre las manos. ¿Qué extrañas coincidencias lo habían conducido a aquel lugar austero, sencillo y mágico a la vez? Durante años había huido de la cruz, sobre todo cuando leyó a Nietzsche, que defendía al dios Dionisos frente al Crucificado, e identificaba a este con la debilidad. «Yo condeno el cristianismo –había leído–, yo levanto contra la Iglesia cristiana la más terrible de todas las acusaciones que jamás acusador alguno ha tenido en su boca. Ella es para mí la más grande de todas las corrupciones imaginables... Yo llamo al cristianismo la única gran maldición». El cristianismo es para el filósofo la religión del resentimiento y de la compasión. Nietzsche considera la compasión como un afecto enfermizo, un instinto depresivo, débil y contagioso que genera melancolía, obstaculiza las leyes naturales de la evolución y propaga el sufrimiento en el mundo. Los cristianos someten a las personas más débiles a una «moralidad esclava», el «espíritu gregario», que no provocan en ellos más que un estado de resignación y conformismo hacia todo lo que sucede a su alrededor. Para él, esos valores tienen que desaparecer para que aparezcan otros nuevos que representen su prototipo de hombre ideal, al que él mismo llamó *Übermensch*, el Superhombre. Combate la moral impuesta por las religiones e impulsa una moral que surja desde lo más profundo de las personas. «¡Mirad, yo os enseño el superhombre! –decía–. El superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra! ¡Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores, lo sepan o no».

Discuten los filósofos si esa idea del superhombre es un precedente o no del nacionalsocialismo alemán de los nazis. Pero Rodrigo, delante del Calvario de la Santa Cueva, comprendió que el filósofo alemán de origen polaco se equivocaba en algo

substantial: no hay mayor fuerza que la que se oculta en la debilidad, ni mayor triunfo que superar el sufrimiento. Lo había experimentado en su propia vida, lo acababa de comprender en la reciente muerte de su padre. Cuando entraron en él la compasión y el perdón al final de su camino, hizo el acto más valiente y grandioso de toda su vida. Entendía ahora Rodrigo que, suspendido entre la tierra y el cielo, el crucificado del Gólgota reunía en sí mismo las dos dimensiones supremas del ser humano, el palo horizontal de la inmanencia y el vertical de la trascendencia. Era cierto que los cristianos se habían equivocado muchas veces en la historia huyendo hacia el más allá o limitándose demasiado al poder y el dinero del más acá. Pero Jesús, el amante de los pequeños, los niños, los pobres, los enfermos, el grano de trigo y el de mostaza, la gente olvidada y despreciable de su tiempo, dio el mayor salto de la historia: enseñar que la no violencia y el morir por defender la supremacía del amor gratuito había de ser el más sublime logro del ser humano, el que verdaderamente lo resucita. Lo que no supo ver Nietzsche ni muchos pensadores de ahora mismo es que lo pequeño es lo más grande – reflexionó Rodrigo–.

Ahora quizás podría entender un texto de Pablo de Tarso que antes lo había desconcertado: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad. Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte».

Vio claro que ante la cruz desnuda todas las reflexiones se desploman y solo un sexto sentido, avivado en el silencio, puede llegar a saborear, más que saber, el misterio de la vida. Buceó de nuevo entre los muchos versos que tenía en mente y había coleccionado en una carpeta de poemas preferidos a través de los años. Y recordó unos de Rosalía de Castro:

*¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?
Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.*

Y solo pido no pedirte nada.

*Estar aquí junto a tu imagen muerta
e ir aprendiendo que el dolor es solo
la llave santa de tu santa puerta.*

Cuando salió de la Cueva, el sol del mediodía restallaba ardiente sobre la cal gaditana y los azules, el del mar del muelle y el añil del cielo, se besaban cantando a la vida. ¡Qué bien había sabido aquella tierra conjuntar el quejido de la Soleá con la viveza de sus

Alegrías; la Semana Santa con las chirigotas del Carnaval; las «penitas» de la vida con la ración de guasa necesaria para poder superarlas! Para celebrar su descubrimiento, pidió un fino en un velador de la plaza San Juan de Dios. Un cochero dormitaba sobre el pescante y los últimos turistas corrían para no perder el trasatlántico que señalaba con sus sirenas el adiós último del zarpar. Cádiz desde los tiempos de sus galeones era tierra de abrazos, querer y despedidas.

Rodrigo bebió un sorbo de oro líquido que ardió en sus entrañas. Y se repetía una y otra vez para sí mismo, ahora con un pedazo de paz secreta en el corazón:

Y solo pido no pedirte nada.

Dime adiós y sonríe

La radio del coche vociferaba chillidos futbolísticos y amargas noticias de actualidad. Los juicios a políticos corruptos se cruzaban en el dial con los millones de euros que reciben los ídolos del balón. Recordaba con añoranza otros tiempos y la ilusión con que elaboraba las primeras planas, cerraba el periódico con plomo de las linotipias y justificaba «con la cuerda», como se decía entonces, titulares esperanzados sobre la transición política, la amnistía, la «libertad sin ira» de aquellos españoles que acudían a las urnas a estrenar democracia, ilusionados niños aún con zapatos nuevos. Ahora se habían multiplicado los partidos, se estaban nutriendo las cárceles de facinerosos por enriquecerse con el tráfico de influencias, y la distorsión de la cosa pública y la eficacia del pisotón, el beneficio partidista, la xenofobia, los paraísos fiscales y la llamada sociedad del bienestar arrojaban un mundo inquietante y a la deriva.

Cambió la radio por el *pendrive* para escuchar a Chopin y sus polonesas, que siempre saboreaba como un reguero de perlas cayendo sobre el alma. A medida que enfilaba la carretera de San Fernando, el cielo cobró primero un oscuro color ceniza hasta ennegrecerse y desmelenarse en lluvia tempestuosa que apenas le permitía distinguir la autopista ni el mar acerado a ambos lados. Se vio obligado a reducir la velocidad y tomarse con paciencia el regreso.

Cuando llegó a La Veleta, casi se había hecho de noche y seguía lloviendo a jarros. De pronto observó con extrañeza tras la cortina de agua un Ibiza rojo aparcado a la puerta de la casa con alguien dentro. Al bajar, advirtió que en su interior esperaba una mujer: Macarena.

—¡Hola, Maca! Madre mía. ¿Qué haces aquí con este tiempo? Pasa, entra en casa, por favor.

La joven corrió a cobijarse en el porche, protegiéndose de la lluvia con la chaqueta sobre la cabeza, mientras Rodrigo abría la cancela.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo no me has avisado de que venías? No te habría hecho esperar, mujer.

—Pasaba por aquí... —respondió Macarena sin mucha convicción.

Cuando encendió la luz del recibidor, dos detalles le sorprendieron especialmente: la chica iba impecablemente vestida de un rojo escotado, y tenía los ojos del mismo color,

como de haber llorado mucho.

–¿Qué te pasa? Ven, siéntate –la invitó a subir a la sala de arriba–. Te voy a traer algo de beber.

Abrió una botella de vino y sirvió dos copas.

–¡Tenía que venir, Rodri, tenía que verte, necesitaba hablar contigo!

–Estás tiritando. Espera, te traigo una manta. Tranquilízate, cuéntame.

–Necesito tu consejo. Llevo unos días de infierno. Verás, he estado hace poco en Sevilla...

El problema de Macarena se podía resumir en dos líneas. Había irrumpido de improviso y de noche en el apartamento que compartía con Luis, su compañero el pintor, y lo había sorprendido en la alcoba de ambos con una chica, una tal Mariló, que además era amiga de ambos desde los tiempos de la facultad.

–Sé que es un tópico, una secuencia mala de película. Pero estoy hundida en la miseria. ¡Yo he creído en Luis, lo he querido como una imbécil! –sollozó.

–¿Sí? Pero, por lo que me has contado, os veáis poco. Sé por experiencia que el periodismo no es una profesión que ayude precisamente a la convivencia.

–Ya, pero eso lo sabíamos los dos. Era nuestro plan de vida. Él también siempre ha sido un bohemio. Habíamos basado nuestra pareja en el respeto a nuestra independencia, a la libertad de cada uno. Y de pronto me hace esta putada. Ha tirado por tierra cinco años de amor gratuito, de cariño, de respeto, de comprensión. ¡Era un amor basado en la amistad, algo precioso! –rompió a llorar.

–¿Y ahora cómo te sientes? Venga, Maca, desahógate, lo necesitas...

–Desamparada, perdida, hecha polvo, como si no tuviera tierra donde pisar. ¡Qué asco de vida!

–¿Nunca pensasteis en casaros, tener hijos, cierta estabilidad, una familia? Da la impresión de que vivíais un proyecto improvisado, prendido con alfileres.

Maca rio entre lágrimas.

–¡Qué antiguo eres, Rodri! Venga, hombre, creía que eras más progre, por Dios. Hoy hay miles de parejas que viven así, como la nuestra. ¿Dónde habitas?

–Tienes razón. Pero también es verdad que, cuando duran y vienen los niños, aunque sea por ellos, suelen establecerse de alguna manera. Conozco a muchas de esas parejas que se casan por lo civil para darles seguridad, crean un proyecto algo más sólido, ¿no crees?

Maca levantó la mano escandalizada.

–¡Anda ya! ¿Sólido? Convéncete, el matrimonio es la tumba del amor.

–Menudo topicazo. El amor, dentro o fuera del matrimonio, es una planta que, si no se riega, se muere. Así de sencillo.

–¡Mira quién va a hablar!

–No creas. Ahora más que nunca yo me siento también responsable de lo que me pasó con Bea. Es cierto que ella me abandonó. Pero ahora reconozco que tuve parte en esa ruptura. Me dejé llevar por la inercia. Pensaba que la tenía como quien firma una póliza de seguros. Y no es así. Cada minuto que pasa en la vida vamos cambiando,

somos un poco distintos, hasta nuestras células son distintas; este río no se para, Maca, y nuestro error es pensar que el tiempo no pasa, que todo va a seguir como al principio. No sé, corrígeme si me equivoco: yo creo que vivíais una situación complicada. El respeto a la libertad del otro es fantástico, maravilloso, un ideal. Pero para vivirlo hay que duplicar la atención, hay que reinventarse cada día.

Macarena negó con la cabeza.

–¡Qué dices! Según esa teoría todo el mundo tendría la posibilidad de evitar divorcios y rupturas. Y no es así. Nunca han sido tan frecuentes como ahora. Hay más parejas rotas que lo contrario.

Rodrigo se levantó y caminó hacia la terraza. La lluvia seguía implacable aporreando los ventanales.

–¿Sabes por qué? Porque nunca como ahora hemos vivido de la experiencia del instante más epidérmico, un vitalismo que solo tiene un fin: pasarlo bien aquí y ahora. Si viene una enfermedad, la muerte de un hijo, un problema económico o en el trabajo, lo que sea, la gente se desmorona, se rompe por dentro. ¿Por qué? Muy sencillo: porque no tiene un «dentro», son árboles sin raíces que cualquier viento los arranca. Calificamos nuestra sociedad como la «del bienestar». Pero es un bienestar a plazo fijo, de superficie, de plástico o celofán. Cuando surge el dolor, la contrariedad, huimos como perros rabiosos. Cuando alguien nos falla, nos enroscamos en nuestro ego y somos incapaces de comprender y menos de perdonar. Esta es la sociedad del bienestar pasajero, de la felicidad de supermercado, del usar y tirar, del trago de un día, del amor de *weekend*. Nada duradero, nada consistente. Con la misma facilidad arrojamos un envase de plástico que un amor. ¿No crees?

Maca sacó un pañuelo de papel para enjugarse las mejillas.

–Además, es una cuestión de prioridades. La gente dice que se enamora y ya está. Pero muchas veces vive una mentira, una escena de peli barata. ¿Qué es prioritario hoy? Reconócelo, el trabajo, o con otra palabra, «la pasta». El amor ha pasado a un segundo plano. El dinero está por encima de la convivencia; el pluriempleo, de los hijos; el salir, viajar, divertirse, sobre el compartir y hablar en familia. Veo a mis sobrinos colgados de la tele o la *PlayStation* sin dirigir la palabra a los demás de casa. Se acabaron las tertulias, las meriendas después del cole con café y ensaimadas o con pan y chocolate, el diálogo en las parejas. Demasiado estresados, no tenemos tiempo para compartir, para enriquecernos mutuamente.

–Ya, pero este es el mundo en que vivimos, ¿qué quieres? Y no me des más doctrina, Rodri. Tú me sermoneas, pero vives más solo que la una, anclado ahí, enterrado como un monje en esta casa, obsesionado con una historia de hace más de treinta años. ¿Por qué no acabas de enterrar a tu hermana de una puñetera vez?

Rodrigo volvió a sentarse al lado de la periodista, en el sofá.

–Tienes razón, Maca. Pero haz también tú un esfuerzo para comprenderme. Ya te lo expliqué el otro día. Silvia forma parte de una infancia dolorosa y para mí conocer toda la verdad es un capítulo necesario de una terapia que ha durado años. Pero algo he aprendido: que, si no aceptas la realidad, no avanzas. Para ti todo está muy reciente. Deja

que la historia de Luis repose. Quizás no está todo perdido. Además, nadie te va a dar la respuesta, tienes que buscarla tú sola.

–¿Pero cómo? No es tan fácil. Estoy hecha un lío –volvió a sollozar.

–En la pequeña voz que llevas dentro, Maca. ¿Sabes algo que me ha pasado? Hace un mes estaba derrumbado porque mi ideal, mi ídolo, se había caído, roto, hecho trizas. Ahora casi me da igual que, como fruto de mi investigación, se descubra que Silvia se convirtió en una mujerzuela, que se desvió, que se perdió a sí misma. La pequeña voz de dentro me ha enseñado que no somos ni malos ni buenos, simplemente «somos». Hace unos días Luis te parecía tu apoyo, tu referencia, el sentido para vivir. Ahora ¿es diferente Luis? No, hace su camino. ¿Se equivoca? No lo sé. Quizás sí, pero necesitaba equivocarse. Todos aprendemos de errores y aciertos. En todo caso amar no es aprisionar. Si lo quieres, como dices, has de aceptarlo como es, más allá de lo que te sirva a ti ahora. ¿Comprendes? Si realmente Dios existe, es como ha de mirarnos, no como algo estático, sino como en un proceso, como ve el padre al niño que tiene que caerse para aprender a caminar. Y en todo caso es como yo he ido aprendiendo a mirarme a mí mismo y a los demás.

La tormenta se había apaciguado y el oleaje, amansado hasta acariciar la playa con voz más queda, dejaba el ir y venir de su salmodia al fondo.

–Venga, vamos a cenar algo. Voy a ver qué ha dejado Milagros en la nevera.

Rodrigo volvió con calamares en su tinta y una tortilla de patatas.

–Tienen buena pinta. Los he calentado en el microondas. Mila es muy buena cocinera. Además, dicen que los calamares están más ricos unas horas después.

Encendió una vela, escanció un tinto de la región y se sentaron a cenar en la mesa de comedor en medio del salón. Rodrigo aprovechó para cambiar el tema de conversación.

–Hoy he estado en Cádiz, en un sitio increíble...

Y le contó detalladamente sus impresiones de volver a visitar la Santa Cueva y los últimos datos recabados en las recientes conversaciones con Milagros y Ramón.

–O sea, que todo el pueblo estaba al cabo de la calle –comentó Macarena.

–Sí, fue un escándalo mayúsculo en aquella época. La hija del arquitecto, la niña bien que acaba embarrada en el suburbio y muerta en un extraño accidente. ¡Menudo banquete para los cotillas de un pueblo pequeño y aburrido!

–¿Y ese Ramón, es trigo limpio? ¿No te estará engañando?

–No lo creo. En el fondo es un buenazo que se encontró con Silvia en medio de una crisis personal y vocacional. Eso es todo.

–¿Y esa Pili? A mí me da mala espina.

–Es un poco histérica, sí, y creo que aún está celosa. Su historia tampoco ha sido fácil.

Macarena parecía animada por el desvío de atención hacia los relatos del pasado y la inyección de proteínas de los calamares presentes.

–Están en su punto –comentó–. Entonces, ¿qué pasó realmente?

–En primer lugar, está la evolución de Silvia, su paso de niña a mujer. Mi hermana tuvo en ese momento, sin duda, un despertar. En contacto con la desigualdad y la

pobreza descubrió un mundo nuevo, bien distinto del que vivía. Sensible, profundamente religiosa, entendió por sí misma la descarnada verdad del Evangelio que meditaba diariamente. En casa vivía en una crisálida. Con el futuro que le prometía Javier se veía atrapada en una vida recortada, estrecha, aburguesada. Y de pronto en el arrabal tiene una revelación, descubre el dolor y que ella puede con amor aliviar el sufrimiento. Ya se había sentido útil frente al dolor de su hermano enfermo, mi dolor. Por eso se había volcado en mí. Pero eso no la sacaba de la burbuja porque ocurría dentro de los parámetros de su hogar. Entonces se propuso, si quieres, con un idealismo utópico e imberbe, salvar el mundo; y sencillamente no pudo, y ese mundo, que era demasiado para una adolescente, se la tragó.

–Pero ¿cómo pudo cambiar tan de repente? Y encima echarse en los brazos de un drogata, un aprendiz de traficante. ¿Qué le paso? No lo entiendo.

–No lo sé. Eso me queda por averiguar. Sus últimos pasos. A ver si el Genaro nos aclara algo. ¿Te ha dicho algo Vicente? ¿Cómo van sus gestiones?

–Dice que son lentas. La finca del narco es un búnker inexpugnable. Está negociando con un infiltrado que conoce a una de sus amantes. Es peligroso. Si finalmente Vicente logra proporcionarte una entrevista, debes tener mucho cuidado, Rodri. ¿Por qué no desistes? ¿Por qué no te quedas con lo que ya tienes y abandonas de una vez la búsqueda? ¿No dices que hay que aceptar?

–Lo tengo aceptado, Maca. Pero ¿y si me queda por aprender? Siento como que Silvia sigue ahí y quiere decirme algo más.

Macarena le estrechó la mano y, mirándolo a los ojos, exclamó.

–¡Rodri, te quiero!

–¿Qué dices? Podría ser tu padre, casi tu abuelo.

–¡Anda ya! ¿No te has dado cuenta? Fue instantáneo. Desde el primer momento, nada más conocerte –lo miró encendida, los ojos entornados.

–Con que por eso has venido tan guapa y con ese escote, ¿eh? ¡Estás loca! ¿Y Luis? ¿No acabas de llorarlo hace un momento como una Magdalena? No seas niña, por favor.

Maca retiró la mano.

–Perdona, sabía que me ibas a rechazar. Poca cosa para ti, ¿verdad?, una periodistilla de tres al cuarto para el autor de renombre, para «el sabio»...

–No digas bobadas, Maca. Apenas nos conocemos.

–El corazón tiene su lenguaje. Lo sabe todo en un instante. No necesita de discursos. ¿Has dejado de percibir la poesía?

–¿Qué te dicta el corazón, Maca? ¿Qué quieres, tener una aventurilla con un señor al que admiras? ¿La manida historia de la colegiala que se enamora del profesor, la lectora del autor? Te quedarías luego más sola y más vacía que nunca.

–¿No defiendes tú que el tiempo no existe? ¿No crees en el amor más allá de la edad y las circunstancias? Somos almas gemelas, Rodri. Podríamos ser muy felices.

–Ya, ¿para en pocos años acabar dedicándote a cuidar al viejo como un lazarillo? Pisa tierra, Maca, vuelve a la realidad. Tú lo que buscas es un consuelo para una mala noche de desamor y amargura. Anda, tranquilízate. Tienes la vida por delante, la

posibilidad aún de ser madre y vivir mucha vida. Te voy a leer unos versos.

–Tú siempre con tus versos. ¡Lo que quiero es besarte!

–Los poetas son mis maestros, mis místicos de bolsillo, escúchalos con atención.

Se alzó y sacó un libro de la estantería. Luego fue hacia la joven y estrechándole la mano leyó:

*Mi dolor es pequeño,
pero aun así bendigo este dolor,
que es como no soñar después de un sueño,
o es como abrir un libro y encontrar una flor.*

*Déjame que bendiga
mi pequeño dolor,
que no sabe crecer como la espiga,
porque la espiga crece sin amor.*

*Y déjame cuidar como una rosa
este dolor que nace porque sí,
este dolor pequeño, que es la única cosa
que me queda de ti.*

Ella sonrió y acarició el libro.

–Es precioso. ¿De quién es?

–De un poeta cubano, José Ángel Buesa. Lo llamaban «el poeta enamorado». Murió en 1982 y en el exilio.

La mirada de Maca se había hecho transparente y sus mejillas respiraban paz.

–Léeme otro, anda.

Este está inspirado en un texto de H. De Regnier: *M'apporte le parfum et te laisse la rose...* («Me das el perfume y te dejo la rosa...»). Se titula «Canción del amor que pasa».

*Yo soy como un viajero que no duerme
más de una vez en la misma casa.
Dame un beso y olvídate. No intentes retenerme:
Soy el amor que pasa...*

*Yo soy como una nube que da sombra un instante;
soy una hoguera efímera que no deja una brasa.
Yo soy el buen amor y el mal amante.
Dime adiós y sonríeme: Soy el amor que pasa...*

*Soy el amor que olvida, pero que nunca miente,
que muere sonriendo porque nace feliz.
Yo paso como un ala, fugazmente;
y, aunque se siembre un ala, nunca tendrá raíz.*

*No intentes retenerme: déjame que me vaya
como el agua de un río, que no vuelve a pasar...
Yo soy como una ola en una playa,
pues las olas se acercan, pero vuelven al mar...*

*Soy el amor de amar, que nadie odia lo inerme,
que se lleva el perfume, pero deja la flor...
Dime adiós, y no intentes retenerme:
Soy el amor que pasa... ¡pero soy el amor!*

–Dame un beso y olvídate, Maca. Me quedo tu perfume, me basta. Soy el amor que pasa.

El silencio se hizo pastoso. Solo se oía el sordo bramido del mar de fondo. El beso taladró el no tiempo y ardió en las entrañas de ambos, donde el inconsciente acaricia flecos de eternidad. Cuando se separaron del abrazo, ella lloraba con gemidos de niña perdida en un bosque.

Rodrigo la tomó de la mano:

–Ven, esta noche no puedes conducir. Dormirás aquí en un sitio muy especial. Voy a prepararte un cuarto que nadie ha vuelto a ocupar hace muchos años, el cuarto de Silvia.

Aunque las flores del viejo papel de la habitación estaban descoloridas y olía a cerrado, el dormitorio de Silvia contenía peluches, muñecas y *posters* de una quinceañera de antaño. Una foto de Rodrigo pálido en su carrito con las piernas cubiertas con una manta presidía la mesa de noche. Sobre la cómoda gris y celeste contemplaba la escena una imagen de la Virgen, una purísima adolescente con las manos juntas. Al lado, la biblia y el rosario. Más allá un espejo y delante peines, cintas del pelo, anillos y pendientes en un joyero casi infantil.

–Dios mío, lo habéis dejado igual. Esto es como un museo –dijo Maca.

–Sí, es un museo y la manera en que hemos intentado mantenerla viva.

–Rodri, yo no me atrevo a meterme en esa cama.

–Hazlo, lo necesito. Para mí también es un modo de pasar página. Te traigo sábanas limpias. Ah, y una cosa: mañana tenemos que levantarnos temprano, antes de que llegue Mila. Si no, vamos a ser la comidilla de todo el pueblo. Ya sabes cómo son.

Rodrigo volvió con las sábanas y su querido cuaderno, su diario de niño.

–Toma, por si no puedes dormir.

–Oh, gracias, Rodri. Lo leeré con amor. No deja de ser un consuelo –rio–; en cierto modo es como si me acostara contigo, ¿no?

–Como si velaras el sueño de un niño que hablaba con el mar.

Cerró la puerta, salió a la terraza, encendió una pipa y se quedó acodado sobre la balaustrada repitiéndose a sí mismo:

Soy el amor que pasa... ¡pero soy el amor!

El narcotraficante

Había leído mucho sobre los caprichos extravagantes de narcos conocidos: Sito Miñanco, por ejemplo, compró el equipo de fútbol de su pueblo, el Juventud Cambados, al que, con una fuerte inversión, llevó de la preferente gallega a Segunda B en tres años, y quedó a las puertas de ascender a Segunda la temporada siguiente. En la comida que organizó en su chalé para la prensa deportiva, se sirvió *champagne*, el mejor marisco de la ría y, de postre, un surtido de prostitutas de «alto nivel». De Pablo Escobar se cuenta que poseía la fabulosa Hacienda Nápoles –llamada así en homenaje a la mafia italiana–: veinte kilómetros cuadrados con mansión para más de cien invitados, aeropuerto, campo de fútbol, zoológico, una especie de Parque Jurásico para los niños, plaza de toros de trescientas localidades, seis piscinas y dos lagos artificiales donde reventar motos acuáticas. En fin, por Marbella habían pasado varios de los más extravagantes, como dos británicos que imitaban en sus caprichos a un personaje de película, el mítico James Bond. Sabía que últimamente en la Costa de Sol los narcos rusos seguían manteniendo chalés exclusivos y posesiones de fábula. Pero lo que menos podía imaginar Rodrigo es que estaba a punto de visitar una de ellas.

Vicente tardó quince días en llamarlo. Le proporcionó instrucciones detalladas: «Te esperaré el miércoles en Marbella. Allí te presentaré a la persona que te conducirá hasta el Genaro. No te preocupes. Tendremos cercado el chalé. Ya verás, todo está previsto. Saldrá bien».

Aunque tenía ansias por llegar, condujo lentamente, sin poder evitar cierto temblor al volante. Se iba a meter en un avispero, aunque la presencia impalpable y misteriosa de Silvia lo mantenía confiado. Estaba convencido de que ya se encontraba cerca del último peldaño de su investigación.

Vicente lo esperaba en la puerta del cuartelillo conversando con dos guardias más. Le dio un abrazo, lo condujo a un despacho y le dijo:

–No te asustes, te vamos a poner un chaleco antibalas. Es por mera prevención. No te pasará nada.

Luego le presentó al infiltrado:

–El sargento Benito Rodríguez te acompañará y te facilitará la entrada.

–Es muy importante –indicó Benito– que te mantengas sereno para no despertar

sospechas. Durante la conversación no se te ocurra hacer preguntas sobre el narcotráfico. El Genaro no está en la cárcel porque siempre ha sido enormemente astuto. Pero es temible cuando se cabrea. Tenlo muy en cuenta. Nunca hemos conseguido pruebas concluyentes, ni atraparlo con las manos en la masa, y para colmo tiene infinidad de amistades influyentes. Límitate a hablar de Silvia. Su amante, Marina, me ha dicho que, nada más mencionar el nombre de tu hermana, decidió que te recibiría. Pero ten en cuenta en todo momento que es muy desconfiado y que estarás rodeado de sabuesos con metralleta. ¿Qué llevas en ese paquete?

–Una foto de Silvia enmarcada. He pensado que lo puede ayudar a recordar.

–Bien. Ten en cuenta que lo revisarán a la entrada y que te chequearán a fondo.

–De acuerdo.

–¡Pues adelante y al toro!

–Maca también te manda recuerdos y muchos ánimos –apuntó Vicente dándole una palmada en la espalda.

Benito lo condujo en su coche tras algún rodeo intencionado hasta la urbanización de lujo, situada en la costa, con vistas al mar. El chalé, rodeado de un imponente jardín con acceso directo a un embarcadero donde el narcotraficante anclaba su yate, se encaramaba sobre un pequeño promontorio rocoso, un sitio privilegiado. Era un brillante día de sol amenizado por pequeñas nubes blancas y el vuelo circular de gaviotas.

Cuando enfilaron el coche hacia la cancela, no había señal visible de que la casa estuviera custodiada.

–Aunque no lo parezca, ten en cuenta que ya nos han visto y nos están apuntando. ¡Vamos! –dijo Benito en voz baja.

La cancela electrificada se abrió lentamente. En la entrada aparecieron dos gorilas con gafas oscuras armados de ametralladora, como arrancados de un vulgar telefilm.

–Hola, Benito. ¿Quién es ese?

–Es Rodrigo. Genero lo ha citado, sabe que venimos. Supongo que lo está esperando. El visitante fue chequeado, y el paquete, cuidadosamente escaneado.

El esbirro sacó un *walkie talkie*:

–Ha llegado Benito con el visitante. Avisa a Marina.

En lo alto de la escalera del chalé, una mansión de estilo colonial con portada flanqueada de columnas y frontón de dudoso gusto neoclásico, se asomaba una mujer alta y rubia vestida de albornoz con gafas oscuras.

–Hola, Benito. Genaro os espera en la piscina –dijo la chica.

Recostado en una tumbona y con un vaso de *whisky* en la mano, el viejo narcotraficante, grueso, calvo, con amplia sotabarba y una cicatriz en la mejilla, recibía masajes de dos lindas jóvenes en biquini.

–Ya basta. ¡Marchaos! –les ordenó Genaro. Sobre su pecho refulgió una gruesa cadena de oro.

–Acercaos y sentarse –añadió con acento que más parecía canario que andaluz.

Rodrigo y Marina tomaron asiento en sendas butacas de mimbre blanco.

–De modo que tú eres el hermano de Silvia. ¿Qué te trae por aquí después de tantos

años?

Marina se quitó el albornoz, se quedó en biquini y se tumbó luciendo un cuerpo escultural y bronceado. Era una mujer hermosa, aunque ajada y con un punto de vulgaridad en el repintado rostro.

–Como sabes, yo era solo un niño cuando conociste a mi hermana.

–Ya lo sé. Tu hermana era muy guapa y también muy estúpida. Se metió en la boca del lobo. Pero yo no tuve nada que ver en su muerte.

–No vengo a acusarte de nada, Genaro. Primero, te agradezco que me recibas. Es un gran gesto por tu parte. ¿Puedo hacerte algunas preguntas? Ah, pero antes esto es para ti –mostró el paquete.

Genaro indicó a Marina que lo abriera. Echó una ojeada indiferente al retrato de estudio de Silvia. Se limitó a sonreír y entregar el regalo a uno de sus guardaespaldas.

–Aunque no lo creas –dijo Rodrigo–, hace muy poco que me he enterado de las circunstancias del accidente de mi hermana. Ignoraba por completo que otra persona iba con ella aquella noche en el automóvil que se estrelló.

Desde una esquina del jardín y desde los dos torreones del chalé varios tiradores carabina en ristre apuntaban al visitante.

–Sí, hace tiempo que sé que andas husmeando por ahí, ya lo sé. El otro día me llamó Sebastián desde la cárcel. Me contó que estuviste con él. Durante años hemos guardado el secreto para proteger a alguien muy querido. Ahora, supongo, que ha prescrito ya todo eso. Pero no sé por qué demonios te interesas por una historia tan vieja. ¿Qué más te da? ¿Quieres resucitarla como periodista, destapar esa antigualla ahora a la vejez en un periodicucho? Ni se te ocurra.

–Es una cuestión sentimental, Genaro –terció Marina mientras encendía un pitillo–. Un hermano quiere saber sobre su hermana...

–¡Tú cierra el pico! Nadie te ha dado vela en este entierro.

–Pues sí, Marina tiene razón. Es algo sentimental. Yo, como supongo sabrás, era entonces un niño enfermo, medio paralítico, impedido. Ella se volcó conmigo, me adoraba. Su muerte ha llegado a ser un punto crucial en toda mi vida y en la de mi familia. Necesito saber. Como comprenderás, no es para publicar nada. ¡Estaría bueno! La quiero demasiado como para ponerla en la picota. Sería tanto como desnudarme en público. No, descuida, no se trata de eso, ni mucho menos.

Genaro se rascó el bosquecillo de pelos grisáceos que afluía en su pecho.

–Vale, vale. Esa niña fue una bomba. Hubo un antes y un después desde que irrumpiera en El Vertedero, lo reconozco. Descolocó a mis muchachos con su guitarra, sus carantoñas y sus absurdas ideas cristianas. Estuve a punto de mandarla a hacer puñetas. Incluso pensé en amenazar a sus padres, bueno, tus padres, si no se la llevaban pronto a casa. Pero sabía que eso iba a enrabiatar a mis chicos y no lo hice. Encima estaba el curilla aquel por medio. Total, que la dejé seguir, aun pensando que era una marciana entre nosotros, que acabaría aburriéndose, y que tarde o temprano se volvería a su mundo de niña bien.

–Desde luego para eso no hizo falta esperar mucho.

–¿Qué insinúas? Te equivocas de medio a medio, ya te he dicho que nada tuve que ver –se incorporó el narco en su tumbona esgrimiendo un dedo–. ¿Crees que soy estúpido, hijoputa?

–No, no me malinterpretes –tembló Rodrigo–. Quiero decir que el accidente se la llevó de repente y antes de tiempo, nada más. Por favor, Genaro, dime quién iba con ella en el coche. Es lo único que quiero saber, solo eso.

El seboso anciano miró a otro lado, reflexionó un momento, hizo una mueca con la boca y respondió:

–Bueno, vale, verás, es una historia larga. Sebas me ha contado que te habló de pasada de un chaval, Marianito, al que en el pueblo llamaban *el Quisquilla*, porque era *mu colorao* además de un poco tartaja y retrasado. Todo el mundo se reía de él, aunque yo me ocupaba de protegerlo y le echaba una bronca al que se sobrepasara. ¿Por qué? Por una sencilla razón que ni te imaginas. ¡Porque Marianito es mi hermano pequeño! Claro que eso nadie lo sabía; excepto el Sebas, al que prohibí terminantemente revelarlo. Marianito no hacía nada, sino entretenerse con el grupo. Estaba mejor allí que solo en casa dándole la tabarra a mi madre, que en gloria esté. Yo le encargaba pequeñas tareas para que se sintiera importante: acarrear algún alijo a la cueva donde almacenábamos la droga, mandarlo en bicicleta a recados al pueblo, en fin, lo que buenamente podía hacer el crío. ¿Comprendes? A veces le costaba incluso andar al pobre, cojeaba mucho. Hasta que se complicó la cosa.

Genaro respiró hondo. Se notaba que le afectaba rememorar la historia. Pidió que le rellenaran el vaso. Encendió un puro. Rodrigo, tenso, no perdía ripio.

–Digo que se complicó la cosa cuando llegó tu hermana. Marianito la miraba como a una diosa. La seguía a sol y a sombra, iba detrás de ella como un perrito faldero. Noté enseguida que a Silvia le daba pena. Era una muchacha muy sensible al dolor, y nunca lo rechazaba. Lo trataba con mucha dulzura y con paciencia, la verdad sea dicha. La noche del accidente Marianito vino a casa de madrugada y me despertó sollozando. Tartamudeaba más que nunca, apenas podía hablar. Después de mucho esfuerzo me contó lo que había pasado. Había seguido a Silvia aquella noche y desde una esquina la vio besándose y forcejeando con ese idiota de Ramón. Cuando la chica se zafó del cura llorando, la siguió por el pueblo hasta donde tenía aparcado el coche. «¡Silvia, Silvia! –la llamó–. ¡Te he visto, te he visto!». «¿Qué haces aquí, Marianito? Es muy tarde. ¡Márchate a casa! Anda, que no estoy para nada». Pero tan pronto quiso arrancar Silvia, mi hermano se metió con ella en el coche. Luego, la verdad, no he conseguido exactamente saber bien lo que pasó.

Rodrigo se levantó.

–¿Que no sabes lo que pasó? ¡Vamos, anda!

Uno de los guardaespaldas salió de detrás de un seto y apuntó a Rodrigo con el arma.

–¡Eh, tío, siéntate! –lo empujó.

–Te lo juro –añadió Genaro–. Mariano estaba muy nervioso. No daba pie con bolo, no sé qué decía de besos, de abrazos, de sangre. Lo mezclaba todo tartamudeando. Solo sé que salió ileso del accidente, solamente con un chichón en la cabeza, y que, muerto de

miedo, dejó allí a tu hermana moribunda y vino corriendo a buscarme. Yo le dije mil veces que por nada del mundo se le ocurriera contar a nadie lo ocurrido. Incluso lo asusté asegurándole que, si lo contaba, lo iban a matar o meterlo para siempre la cárcel. Lloraba desconsoladamente por tu hermana: «¡Está muerta, está muerta!», me repetía abrazado a mí como un crío.

–¿Entonces no sabes qué ocurrió dentro del coche?

–No, no lo sé, pero te ofrezco una posibilidad. Que se lo preguntes directamente a él. Quizás consigas sacarle algo, aunque no te lo garantizo. Ahora con los años habla mucho peor.

–¿Dónde está?

–En una residencia de Torremolinos. Si quieres, puedes ir a verlo. Marina te puede facilitar la dirección y telefonar de mi parte para que te lo dejen ver.

Rodrigo no salía de su asombro. Silvia había muerto al lado de un disminuido. Pero ¿qué había pasado? ¿Cómo explicar lo del pañuelo empapado de semen? ¿Qué sucedió para que se despeñaran ambos por el precipicio?

–No sabes cuánto te agradezco lo que me has contado, sinceramente –dijo.

–Nada, pero chitón, ¿eh? Ni se te ocurra contarle por ahí. Ya tenemos bastante con lo de mi hijo. Supongo que sabes que la pasma lo ha enchironado. Pero yo lo sacaré, por estas que lo sacaré. Aquí todo se compra y se vende. No te vayas de la lengua. ¡Ni una palabra! Si no, tendrás que atenerte a las consecuencias. ¿Está claro? Mi hermanito es intocable, sagrado, ¿entendido? –amenazó.

–Descuida.

Se estrecharon la mano.

–¡Ah! –exclamó el Genaro señalando al paquete–. Llévate eso, le gustará a mi hermano volver a ver a Silvia.

Marina lo acompañó hasta el coche, donde esperaba Benito.

–Toma –le dio un papel–, aquí tienes el teléfono y la dirección. Está en la residencia «Marillac» de las Hermanas de la Caridad de Torremolinos. La directora se llama sor Mercedes. ¡Mucha suerte!

Rodrigo respiró profundamente al salir de aquel búnker.

–¿Qué tal? ¿Has sacado algo en claro? –preguntó Benito.

–Uf, sí, aunque en algunos momentos he pasado verdadero miedo. Resulta increíble que hoy en día delincuentes del calibre del Genaro puedan disfrutar de ese lujo y ese poder. ¡En plena democracia!

–Bueno, ¿qué quieres, colega? –contestó Benito–. Este a fin de cuentas está localizado y al menor traspíe lo atrapamos como hemos hecho con el canalla de su hijo. Pero ¿y los de guante blanco, los chorizos de las poltronas, los políticos corruptos que disponen de nuestras vidas y nos sacan la sangre? Amigo, esos sí que son peligrosos. El Genaro, hay que reconocerlo, es todo un artista para aguantar tanto afuera. Pasó indemne un par de juicios el cabrón. Debió de comprar a medio mundo porque tiene más dinero que Bill Gates. Ahora es un viejo retirado. Pero ha sido de armas tomar. No exagero si te digo que tiene más de veinte ajustes de cuentas a sus espaldas.

Dando otro rodeo, para no ser seguido, Benito llamó a Vicente y quedaron en el cuartelillo. Allí despojaron a Rodrigo del chaleco antibalas y ante una caña, en el bar de enfrente, compartieron los nuevos datos obtenidos durante la entrevista.

–Me alegro –dijo Vicente–. No dejes de llamar a Maca. Está muy preocupada. Y ahora ¿qué piensas hacer?

–Pues, ya que estoy cerca, voy a intentar hablar con Marianito. Madre mía, ¡qué historia! ¡Lo que menos podía imaginarme! –agitó Rodrigo la cabeza.

Compró un bocadillo como tentempié y puso en el navegador la dirección de Marbella.

Sor Mercedes era una religiosa de mediana edad y cara sonriente.

–Sí, me ha llamado Marina. Esa señora se ocupa mucho de Marianito, porque lo que es su hermano ni aparece por aquí. No me extraña, según lo que se cuenta de él. Sé quién es usted, señor. El enfermo está en la terraza tomando el sol, lo acompaño.

Cubierto por una manta, cabeza ladeada, la boca torcida, con un mechón de pelo que debió de haber sido rubio, el residente era uno de esos ancianos añiados que, por su enfermedad, nunca habían llegado ni llegarían a adultos. Nos miró con una sonrisa inexpresiva agitando la cabeza.

–¡Hola, Marianito! Este es un señor amigo tuyo que viene a verte –introdujo sor Mercedes–. Mira, te trae un regalo.

Rodrigo le dio una caja de bombones y se sentó a su lado.

–¿Quién eres tú? –tartamudeó.

–¿Te acuerdas de Silvia, tu amiga?

–Sí, sí, claro. Guapa, m... muy guapa.

–Pues yo soy su hermano, su hermano Rodrigo.

–¿Qué quieres? ¿Para qué has venido? –preguntó con gestos de miedo y desconfianza.

–Mira, te voy a enseñar una cosa.

Rodrigo desenvolvió el paquete del retrato de Silvia.

–Mira, ¿la reconoces?

Mariano abrió los ojos y se puso a chillar y llorar.

–¡No, no! ¡Siiiilvia está muerta, muerta! Yoooo no tengo la culpa. Se cayó, se cayó solita... Ay, ay, ay. ¡Vete, vete de aquí!

Rodrigo intentó aplacarlo. Lo cogió de la mano. Le dijo una y mil veces que no tuviera miedo. Entonces el decrépito «muchacho» empezó a dar besos a la foto y se fue calmando poco a poco. Con mucha paciencia y durante más de dos horas consiguió sacarle frases sueltas e inconexas, piezas de un complicado puzle con las que finalmente pudo reconstruir una abocetada secuencia de lo que ocurrió aquella noche.

Sin duda, la escena del beso robado por Ramón a Silvia conmovió a Marianito en una mezcla de indignación, celos y excitación sexual. De esa manera siguió a la muchacha hasta su coche y consiguió meterse en él antes de que Silvia pudiera arrancar. Dentro, lo único que sacó en claro Rodrigo es que, mientras conducía su hermana, el disminuido le

gritaba continuamente «¡dame un beso, dame un beso!», agarrándola y zarandeándola del brazo. Silvia lloraba luchando por zafarse, hasta que decidió parar en un arcén e intentar calmar al muchacho. ¿Qué pasó entonces? Es difícil saberlo. Lo más probable es que, por misericordia y para que se tranquilizara, Silvia se dejara besar, lo que presumiblemente provocó una fuerte excitación en Marianito y explicaría la presencia del pañuelo de papel empapado de semen.

Tranquilizado de momento, Silvia pudo conducir tranquilamente durante un trayecto hasta que el disminuido debió de volver a las andadas y, al zarandearla de nuevo del brazo en una curva, quién sabe si pidiéndole otro beso, provocara el accidente. Cuando ya al fondo del despeñadero el chaval despertó del golpe que tenía en la sien, se encontró a su lado a Silvia muerta, o Dios sabe si aún moribunda. Asustado, salió del coche y la abandonó, y corrió a despertar a su hermano, lo que debió de emplearle más de una hora y media de camino campo a través. El coche de Silvia debió de volver a precipitarse un tramo más, lo que explica que la puerta estuviera bloqueada.

Esa era a grandes trazos, y a falta de matices, la explicación más probable de los últimos momentos de la vida de su hermana. Rodrigo se despidió de Marianito abrazándolo, dio las gracias a sor Mercedes, y buscó un chiringuito junto al mar para tomar un trago e intentar digerir el desenlace de su investigación.

De pronto el enigma de su hermana, su obsesivo dolor, la causa de sus desvelos desde la infancia se habían resuelto de manera sorprendente: Silvia había muerto de dar un beso a un discapacitado. Dicho más brutalmente y como lo expresaría la gente llana: su hermana había muerto al dejarse besar por el «tonto del pueblo».

Así de claro y sencillo. No había asesinatos, ni complot, ni narcotraficantes, ni más trampa ni cartón. Silvia había sucumbido en un gesto gratuito de misericordia hacia un ser que todos despreciaban.

Rodrigo miró al mar y estalló en un mar propio de llanto y congoja.

En aquellas lágrimas derramaba años de soledad y miedo, sobre todo la frustración de la duda, el complejo de su propia enfermedad e impotencia, la incapacidad de olvidar y perdonar, la búsqueda del sentido de la vida, el enigma del dolor humano, la cojera del alma. Sobre todo ello emergía una hermosa verdad:

Silvia había seguido siendo Silvia.

Es más, crecía a sus ojos ahora por la coherencia de sus últimos momentos. Y no tanto porque muriera virgen e intacta, como la inocente Purísima de su mesa de noche – lo cual para él en todo caso debería de haber sido lo de menos –, sino porque había conservado la limpieza del corazón, lo que más vale en un ser humano, la virginidad que nadie aprecia, su autenticidad.

Ahora podía comprender que los chavales de El Vertedero, y sobre todo Marianito, no eran sino la prolongación de sí mismo, del niño enfermo y solitario que preguntaba al mar en La Veleta. Silvia había renunciado a ella misma para hundirse en el barro de los últimos, y el barro la había engullido solo materialmente. Más allá de cualquier pietismo o práctica religiosa externa, había hecho vida aquello que había leído en el Evangelio de que «lo que hicierais con alguno de estos pequeñuelos, conmigo lo hacéis». Había caído

literalmente en tierra muriendo por dar vida.

Hundió la cabeza entre sus manos y oró a su hermana sin palabras, como una santa, una de esas santas sin aureola y peana que nadie canonizaría nunca como lo hacía ahora él mismo: «Perdona, hermana, por haber dudado de ti. Por meterte en el saco de los tópicos, por medirme con los parámetros de este mundo de apariencias y sospechas, por haber sido egoísta y egocéntrico hasta pensar que existías solo para consolarme a mí, solo a mí. Me has enseñado que el dolor puede ser la otra cara del amor, y que el amor más auténtico se oculta en la violeta escondida, el grano de trigo, la oveja perdida, la bazofia, el estercolero de este mundo. Despega, vuela al cielo de una vez, vete, echa una mano a los últimos, ya no te retengo, disuélvete del todo en el mar».

Volvía a ponerse el sol en el horizonte marino. Su calor íntimo y sangriento parecía abandonar el mundo una vez más con la puntual caída de la tarde. Enseguida se hizo de noche. Pero el sol no se había ido, no. Seguía allí mismo de una manera distinta y consoladora no solo en los rayos violáceos del crepúsculo. Ahora ardía dentro, en su corazón.

El mar y no pensar en nada

Con la llegada del verano el cielo y el mar se volvieron más azules, la brisa más cálida y la playa recobró su resplandeciente colorido de sombrillas, toallas, hamacas, bañistas y veleros al sol. Rodrigo tomó la decisión de gastarse sus ahorros en adecentar la casa. Un grupo de operarios enlucieron los desconchados de la fachada, la encalaron y devolvieron a las puertas, contraventanas y herrajes su vívido azul original. A Mila le encargó que, con ayuda de una compañera, emprendiera una limpieza general del interior para que La Veleta rejuveneciera y recuperara algo de la apariencia de sus años más felices.

Tenía con ello un propósito: reunir de nuevo a la familia entre sus muros y despertar en lo posible en el viejo chalé el espíritu alegre de los veraneos de la infancia. Tomó la decisión difícil pero firme de transformar la habitación de Silvia en un cuarto de huéspedes trasladando al desván sus recuerdos en un arcón. Eso sí, colgó fotos de su hermana en el salón y encargó a un pintor amigo que a partir de ellas le diera nueva vida en una acuarela sonriente con el mar y barcos de vela al fondo.

–*Zeñorito*, ay, perdón, Rodrigo; la casa parece nueva, como los chorros del oro. ¡Cuántos cambios! Y usted, perdona, tú –es que no me acostumbro *hiho mío*– tampoco pareces el mismo, como si hubieras vuelto a nacer. ¡Qué requeteguapo! Vamos, como si acabaran de hacerte un *lifting*, *por Dió*. Y todo eso en unos meses. *Vamo*, que viniste como de un velatorio y estás como unas castañuelas. Por cierto, ¿cuándo llega tu familia?

–Aún no lo sé. No es fácil reunirlos a todos. A ver si consigo que hagan coincidir sus vacaciones. Ya te avisaré. Pero vete pensando con tiempo un buen menú, como tú sabes hacerlo, para celebrar ese día como se merece.

Mientras tanto invitó a Macarena a un restaurante de la costa, cerca del faro, para comentar los últimos acontecimientos. Eligió una mesa junto al mar y pidió una copa de jerez que le sirvieron junto a una tapa sobre el mantel a cuadros. Maca se hizo esperar. Pero Rodrigo no se impacientó. Cada vez le gustaba más estar a solas con el mar. Al rato llegó su amiga corriendo como de costumbre, con el ordenador en bandolera, pantalones cortos, camiseta blanca sin mangas y un nuevo corte de pelo que le daba un aire informal de chico o quizás de joven parisina.

–Perdona, llego tarde. Uf, vengo de los Caños de Meca. ¡Dieciocho cadáveres de inmigrantes en la playa! Esto de las pateras no para, es un dolor, Rodri. ¡Qué impresión! Acabo de enviar un reportaje de urgencia al digital. ¿Y tú? ¿Cómo estás? Se te ve muy cambiado.

–Debe de ser la ropa de verano –bromeó.

–La ropa puede alegrar la cara, pero no cambiar el semblante. Ya me ha contado algo Vicente. ¡Finalmente lo has logrado! Habrás respirado hondo, ¿no? ¡Qué alivio! Aunque muy tremendo todo, ¿no? Morir así. ¡Qué absurdo! Con toda la vida por delante.

–Bueno, sí, efectivamente me he quitado un peso de encima. Reconozco que lo mío con Silvia no era normal. Respondía a un síndrome de infancia no superado y a una serie de circunstancias que se unieron en el deterioro de la familia aquellos años, ya lo sabes. Mi recorrido, si quieres, ha sido un proceso, una especie de viaje iniciático al fondo de mí mismo, ¡o al fondo del mar! Pero ahora, te lo garantizo, no pienso que la muerte de Silvia haya sido un absurdo, ni mucho menos.

–¿Por qué? Tan joven, a manos de ese pobre chico...

–Primero, porque de alguna manera hay que morir. ¿Es mejor morir viejo o joven? No lo sé. He llegado a la conclusión de que nuestra mirada sobre la vida y la muerte es miope. Lo tenemos todo demasiado cerca. Necesitaríamos una especie de *dron* para subir más alto, para mirar desde arriba el entramado de circunstancias, las idas y venidas que componen una vida. ¿Somos libres de elegir? Yo creo que nuestra libertad está muy condicionada. Piensa en los inmigrantes que acabas de ver muertos en la playa. ¿Es su vida igual que la de los veraneantes que estaban bañándose justo al lado? Todo es muy relativo.

–Pero Silvia tomó una decisión...

–Sí, salir de su burbuja y dar pasos hacia un compromiso muy difícil, sobre todo dada su educación y el polvorín donde se metía. Por encima de todo eso, creo que en nuestras vidas hay un plan. ¿La providencia? ¿Lo que llaman la voluntad de Dios? ¿Cómo se conjuga eso con nuestra libertad? Se me antoja que la vida nos deja pequeñas opciones, sí. Lo demás es un misterio que nos supera. Lo que ahora te puedo asegurar, después de mi experiencia estos meses, es que Silvia no está muerta.

Maca abrió descomunales ojos.

–Venga, tío, no alucines. ¿Que no está muerta?

–Mira, mi vivencia de estos días es que, aunque nos creemos separados, no lo estamos. La naturaleza, el cosmos, tú y yo formamos una unidad invisible. Llámala energía, divinidad, lo que quieras, el nombre da igual. Lo que sé es que tú, esa gaviota, el mar, el faro y yo somos uno. Con diferente frecuencia, si quieres, pero todo eso forma parte de la misma película. Hoy los científicos sostienen que en las últimas partículas de la realidad hay un misterioso vacío, lo que indicaría que esto que consideramos realidad no tiene consistencia, está moviéndose continuamente, viene a ser como la proyección de una peli que, cuando se rompe el celuloide –eso antes, hoy son los píxeles o lo que sea– deja de verse. La nada de san Juan de la Cruz, en otras palabras, que abre al todo. Aunque nada desaparece completamente. Detrás queda la luz del proyector, la energía.

Esa luz no se destruye nunca.

–Quieres decir que todos somos parte de esa luz que se manifiesta en el mundo concreto. ¿Y los muertos? ¿Y Silvia?

–Estoy convencido de que Silvia está aquí, solo que en otra frecuencia, de otra manera. No es cuestión de creer o no. Ni de chorradas de espiritismo u otras pamplinas. Es una experiencia profunda que tienes o no tienes, una vinculación después de lo que llamamos muerte. Por eso me fascina el mar, porque no es abarcable con los ojos, porque es horizonte y más allá, porque se mueve continuamente como la vida, porque es dulce y amargo, tranquilo y encrespado, pacífico y violento. Es quizás el mejor símbolo de lo divino.

–O sea, que ahora puedes decir que crees en Dios.

–Sí, solo que el nombre está gastado. La gente lo identifica con un señor con barbas sentado en un tribunal donde dispone de todo a su antojo, premia y castiga, una efigie antropomórfica y penosa hecha a nuestra imagen y semejanza. O con las barbaridades que a lo largo de la historia han hecho las religiones y sus administradores. Dios tiene mala prensa, pero existe. Esa brillantez de tus ojos, este azul impoluto, esta caricia de la brisa, hasta este magnífico lenguado y la innumerable y aún desconocida variedad que habita en los océanos me gritan que existe.

–Pero ¿eso no es panteísmo?

–Yo solo sé que, si de alguna manera yo no fuera Dios, al infinito Dios le faltaría un cacho. ¿Me entiendes? Teilhard de Chardin solía decir, cuando cogía como antropólogo un pedazo de mineral en el campo: «mi Dios hierro». Pero ese pedazo no agota el Ser. El espíritu, el perdón, la misericordia, el arte, la poesía también son reflejos de Dios. Sobre todo el amor, la sabiduría, la inteligencia. En ese sentido, Dios también sería persona. Pero, ¿sabes?, no dejan de ser elucubraciones, análisis. Y el análisis es incapaz de rozar y menos abarcar el infinito, porque el análisis divide, parcela. Solo el místico y el poeta se acercan gracias a la síntesis evocadora de la intuición a barruntar ese infinito que la razón no abarca.

El camarero llenó las copas de vino. Un velero competía en blancura con una nube sobre el horizonte azul.

–Me abrumas, Rodri. Reconozco que no te alcanzo. Pero ¿y el dolor, el mal, la injusticia? Ya hemos hablado de eso. ¿Cómo lo ves ahora?

–No deja de ser parte de ese misterio que solo se adivina o se presiente en la experiencia mística o espiritual. Me pregunto por qué Jesús, si efectivamente era el Hijo de Dios, tuvo que morir y de aquella manera. ¿Para expiar los pecados? No lo veo así –si Dios es absoluto y necesario, no necesita que le reparen nada–, sino como consecuencia de una vida y una predicación basada en el amor, por autenticidad con su mensaje. Si hubiera vencido con las armas como un mesías violento, ni los pequeños, ni los pobres, ni los que sufren, los perseguidos, los que lloran habrían tenido un salvador. Al asumir pacíficamente la muerte, la llena de vida, señala un reino de luz que existe más allá del dolor y la corrupción del cuerpo. En ese sentido creo en la resurrección, en cuanto que está señalando que en el fondo de lo que llamamos mal, en la semilla podrida, siempre

hay luz, hay vida. La muerte no existe. O si quieres con otras palabras, todo es transformación en esta película de la vida. Somos polvo, sí, pero, como decía Quevedo, «polvo enamorado».

–¿Eso has aprendido de Silvia?

–No solo eso. En medio de la vulgaridad hoy la gente sobrevive como puede. Pero de pronto aparecen personas transparentes, no sé si ángeles o santos, cuyo corazón palpita más cerca de esa fuente de luz, que ven más claro, que están conectadas, que sienten esa pertenencia o vinculación con la Presencia. Esas personas son como faros: maestros, avatares, líderes espirituales, hijos de Dios, como quieras llamarlos. Estoy convencido de que Silvia era uno de ellos. Desde muy joven fue un cascabel que cantaba la alegría de vivir, que disfrutaba de todo, que quería a todo el mundo sin esfuerzo, igual que brota un manantial de agua clara, a borbotones. Fue creciendo, despertando, aprendiendo como todo ser humano. Hasta que un día descubrió el mal del mundo, la negatividad, la injusticia. Su natural inclinación la había acercado a la religión, y más en concreto al Evangelio, donde captó enseguida la predilección de Jesús por los enfermos, los últimos, los pobres.

–Y estallaron las contradicciones.

–Sí. Al principio lo tuvo fácil. Tenía en casa a un niño enfermo al que además quería con toda el alma. Volcó su alegría y capacidad de amor en él. Luego se enamoró, como era lógico a su edad, de un guapo muchacho de su entorno y condición social. Pero al descubrir el mal, la sociedad desestructurada, las desigualdades creadas por la injusticia y el egoísmo humano, dio el salto a la vida real. Porque su sensibilidad porosa, su enorme compasión, no se contentaba con «obras de caridad», dar limosna desde arriba, desde su condición de instalada, sino que se metió de bruces en el barro, quiso encarnarse, convivir a tope con aquella gente, especialmente con los más débiles. Se acercó tanto al fuego que se quemó. Pero estoy convencido de que su muerte, Maca, no es absurda. Salvando las distancias, le pasó lo mismo que a Jesús y a los que lo han seguido de verdad.

Rodrigo calló asombrado de sus propias conclusiones. El silencio hizo aflorar los diminutos sonidos del mediodía: el bisbiseo de los comensales, el trasiego de platos y cubiertos, el graznido de las gaviotas, el sordo bramido de fondo del mar.

–Te admiro, Rodri, por tu búsqueda, tu camino, tu verdad. Gracias por haberlos compartido conmigo.

–Gracias a ti, Maca, que has sido mi espejo y compañía en estos meses duros de soledad y duda. No te olvidaré nunca. Pero ahora dime, ¿cómo te va desde nuestro último encuentro?

Macarena sonrió. Se sirvió un poco de ensalada y giró la cabeza hacia la escollera donde rompían las olas.

–¿Quieres que te lo cuente? Vale. Pues ahí va. Traigo novedades. Un buen día se presentó Luis en mi hotel de Algeciras. Venía roto, destrozado, llorando. Me juró que nunca había estado enamorado de Mariló, que fue un desahogo momentáneo, que jamás había habido nada serio entre ellos, y me suplicaba que lo perdonara y comenzáramos de

nuevo.

–¿Y qué has decidido?

–Al principio le eché sapos y culebras. Me puse de los nervios, discutimos como energúmenos toda la tarde. Finalmente nos hemos reconciliado. Además, ha coincidido con otra noticia, un cambio en el trabajo.

–No me digas.

–Sí, Fernando me llamó el otro día. Está muy satisfecho de cómo he cubierto la zona estos meses y me ha prometido que me quiere en Sevilla, en la redacción, como jefa de internacional. Fíjate qué coincidencia. ¿Qué te parece?

–Eso es formidable. Facilitará mucho tu vida con Luis, ¿no?

–Claro, aunque profesionalmente he aprendido mucho aquí, a las puertas de África, donde se está decidiendo el futuro, como tú dices. Ahora me da pena irme. Sobre todo me da pena dejarte. Llámalo como quieras, pero siento un vínculo muy profundo contigo.

–Yo también.

–Y tú, Rodri, ¿dónde piensas ir?

–No sé. Ten en cuenta que estoy jubilado. Puedo hacer lo que quiera. Me dedicaré a escribir sobre todo de lo que sobreabunda en el corazón. ¿El sitio? Aún no lo sé. Creo que por temporadas, entre esto y Madrid, ya veremos.

–¿Y Bea?

–Lo de Bea no ha cambiado. Pero en todo caso la he invitado unos días a La Flecha con el resto de la familia. Ha sido parte de mi vida y quiero que, aunque sea una semana, volvamos a estar todos juntos. Siento que esto es lo que le gustaría, lo que le gusta a Silvia –dijo tendiendo la mano hacia el mar.

–¿Y tú qué eres, un místico o un poeta? –preguntó Maca sonriendo.

–Ni uno ni otro, solo soy un simple buscador, un pobre caminante...

–Que ha encontrado su camino.

–No hay camino, Macarena. «Se hace camino al andar». «Todo pasa y todo queda, / pero lo nuestro es pasar, / pasar haciendo caminos, / caminos sobre el mar».

–Nunca mejor dicho. Así te recordaré siempre, acodado en tu terraza frente al mar, tu mar.

–Y allí estarás también tú siempre, querida Maca.

Dos semanas después llegó el día. Para recibir a su familia, invitó a comer a tres grandes amigos: a Eulalia, la tata de toda la vida, y a Salvador, el anciano guardiacivil, junto a su hijo Vicente. Sonaron los cláxones en la puerta, como en los viejos tiempos, y de sendos coches descendieron Isabel y Jorge con sus hijos y –oh, sorpresa– la madre de todos, a la que su hermana había convencido para que viniera, con silla de ruedas incluida.

–¡Mamá! –gritó Rodrigo desde la terraza.

Corrió a abrazarla.

–¡Qué bien que hayas venido! Así estamos todos juntos.

–No podía negarme, hijo. ¡Como en los viejos tiempos!

Sobre la gran mesa, ampliada con dos empalmes auxiliares, y junto a dos jarrones cuajados de flores, Mila había desplegado varias fuentes de aperitivos, seguidos luego por almejas a la marinera y un pescado inmenso, una urta a la roteña, que mereció el aplauso de todos. A los postres, arroz con leche y piononos, Isabel madre pidió la palabra:

–Hijos míos, este para mí es un día muy especial. Me recuerda a cuando erais niños felices y la vida, para todos, una verdadera fiesta. ¿Qué nos pasó para que dejáramos de creer en ella? No lo sé, ni vale la pena recordarlo ahora. Que nos rompimos por dentro quizás porque, como dice Rodri, no quisimos o no pudimos aceptar el dolor como parte de nuestras vidas. Ahora estamos aquí todos juntos. Papá ya no está, dejó de estar hace mucho tiempo. Pero ha regresado de otra manera. Lo recibimos contentos, envueltos en su perdón, como si entrara por esa puerta con su chaqueta de lino blanco y su espectacular sonrisa. Gracias por venir, gracias por reunir de nuevo a la familia.

Todos aplaudieron convencidos de que su madre había terminado su discurso. Pero ella levantó la mano:

–Esperad, no he terminado. Quiero añadir algo más, algo muy doloroso, pero que necesito decir. Lo he ocultado durante mucho tiempo. Ahora me quema dentro. ¡Hijos míos, yo maté a Silvia! –y se echó a llorar.

–¿Qué dices mamá? ¡Eso no es posible! –intervino Rodrigo.

–Sí, Rodrigo, yo la maté. No físicamente, sino de otra manera.

–¿Qué quieres decir?

–La noche de su muerte, antes de que ella se dispusiera a salir, la llamé a mi cuarto muy preocupada y le dije: «Silvia, tengo que decirte algo, algo muy importante». «¿Qué, mamá?» –me miró asustada–. «No puedo soportar que vayas con esa gente. Tú eres de otra clase. De modo que, si decides esta noche volver a El Vertedero, te prohíbo que vuelvas a esta casa. Si vas por ese camino, ya no eres mi hija». Ella se echó a llorar y me contestó: «¿Qué dices mamá? ¿Por qué no me comprendes? No es una chiquillada, se trata de algo muy serio, algo que he decidido delante de Dios. No me puedes impedir que siga lo que me pide mi conciencia». Yo me negué en redondo: «Ni una palabra más. No hay otra salida, hija, o tu casa, tu cultura, tu clase social, o El Vertedero. Tú decides». Eso fue todo. Se marchó llorando y no la vi más.

Las lágrimas irrumpieron a raudales en los ojos de doña Isabel y, con la voz entrecortada y mirando la acuarela que presidía la reunión, añadió:

–Silvia, hija mía, sé que es tarde, pero hoy vengo a pedirte perdón.

No pudo hablar más. Hundió llorando con angustia la cabeza entre las manos.

Se hizo un abismo de silencio. Enseguida sus tres hijos se levantaron y corrieron a abrazarla y besarla.

–¡Venga, mamá! No te sientas culpable. En ese momento, en aquella época, desde tu mentalidad no le podías decir otra cosa. Tú creías que era lo mejor para ella –le dijo Jorge.

Rodrigo tocó con un cuchillo el vaso.

–Mamá, queridos todos: en esta casa durante años todos nos hemos sentido culpables

de algo. Papá ya lo expresó en su carta. Yo, de estar enfermo y haber provocado la separación de nuestros padres. Isabel y Jorge, de no entender, por su edad, lo que estaba pasando. Tú, mamá, absurdamente, de un accidente que no provocaste ni por asomo. Ese sentimiento de culpa ha estado minando lo más importante de nuestra vida, el amor. ¿De qué sirven los remordimientos y darle vueltas al pasado desde una mente torturada? De niños nos han atosigado con el pecado, con el victimismo, con el coco o con el demonio. Siempre el miedo. Tú, mamá, y también muchos de nuestra generación hemos creído que acusándonos, revisando la vida con golpes de pecho íbamos a aplacar a Dios. ¿Qué Dios? ¿Un Dios destructor de la persona humana? ¡Menudo Dios! ¡Menudo Padre! No me extraña que la gente joven huya hoy de ese horrible concepto y no crea ni quiera creer. Si Dios es Dios, no es ese ogro que fulmina desde el cielo, ni siquiera el manipulador que envía pesares a la gente; es amor, libertad, perdón, alegría. Es el Dios de Jesús que se deja besar los pies por la pecadora, que perdona desde la cruz, que prefiere a la oveja perdida a todas las demás, que dice «venid a mí, pues soy sencillo y humilde de corazón, y descansad». Aún más, olvidemos el pasado porque el tiempo no existe, solo el presente que conecta con la eternidad, un ahora sin límites. Queridos todos: mamá –tú, papá, donde estés–, querida Silvia, hermanos, sobrinos, amigos, celebremos ahora gozosamente, es lo que tenemos, este instante, la fiesta de la vida. Celebremos el mar que nos ha vuelto a unir. Brindemos por ello.

Milagros escancié cava en las copas y brindaron todos. Luego añadió:

–Os tengo una sorpresa, una velada de cante flamenco. Os presento a Manolo el Sopas. ¡Adelante, Manolo!

El cantaor, pariente de Eulalia, gitano de largas patillas y cabello ensortijado, entró acompañado de un guitarrista. Se sentó y dijo:

–Voy a cantar las «Alegrías de tierra de nadie».

El rasgueo de la guitarra rompió la estancia con una herida, un desgarró de voz:

*Tierra de nadie está en ti
tierra de nadie está en mí,
tierra de nadie el espacio
que nadie puede invadir.
Si la quieres habitar,
navega rumbo a la orilla
y allí con ella darás*

*Existe, si no la nombras,
si la nombras ya no existe,
tierra de nadie es el nombre
del silencio que resiste.*

*No busques tierra de nadie
ni en los libros ni en los mapas,
que tierra de nadie está*

en tu soledad y el mar.

La velada se prolongó hasta tarde. En la terraza Rodrigo y Bea se asomaron a contemplar la despedida del sol.

Ella, mirándolo a los ojos, le dijo:

–Pareces otro.

Él respondió:

–No, Beatriz, creo que por primera vez empiezo a ser yo mismo.

Sabían que no era una vuelta al pasado, porque el tiempo avanza siempre irrecuperable hacia delante, pero instintivamente estrecharon las manos uncidos al horizonte, y la copla, triste y alegre a la vez, parecía repetir una y otra vez en las olas bañadas de crepúsculo sobre la escollera:

*que tierra de nadie está
en tu soledad y el mar.*

Índice

| | |
|--------------------------------|-----|
| Portada | 3 |
| Créditos | 5 |
| Índice | 8 |
| 1. La llamada del sur | 9 |
| 2. La Veleta | 13 |
| 3. El tesoro escondido | 18 |
| 4. La puesta de largo | 23 |
| 5. Preguntas al mar | 28 |
| 6. La otra verdad | 34 |
| 7. La soledad y el mar | 38 |
| 8. El Vertedero | 43 |
| 9. La invasión de los pobres | 50 |
| 10. Los hombres no son islas | 58 |
| 11. La risa y el llanto | 62 |
| 12. En ese penal de El Puerto | 69 |
| 13. Cuando declina el día | 74 |
| 14. El río y el mar | 83 |
| 15. Soy el que nunca estuvo | 87 |
| 16. Testigo del dolor | 93 |
| 17. El silencio de Dios | 101 |
| 18. Ahora sé que eres tú | 109 |
| 19. Pido no pedirte nada | 115 |
| 20. Dime adiós y sonrío | 121 |
| 21. El narcotraficante | 128 |
| 22. El mar y no pensar en nada | 136 |